

Escritos, Artículos escogidos  
por  
Joaquín Bertio

[San Salvador, Imp. "La República"]  
[s. f.] 20cm.



PRESBITERO DOCTOR DON JUAN BERTIS



## PODER DEL CRISTIANISMO

---

**E**L objeto del cristianismo fue sin duda traer al mundo la felicidad, que era imposible existiera sin él. “La carne había corrompido sus caminos,” según la expresión de la Escritura: pensamiento fecundo, que en tres palabras encierra cuanto podían discurrir los filósofos, é infinitamente más de lo que podían alcanzar sobre la situación del género humano y todos sus males progresivos, desde el pecado de Adán hasta el tiempo de la Redención. Este solo pensamiento nos presenta tres ideas que consideramos de suma importancia: primera, el hombre giraba por una esfera muy diferente de aquella que había de conducirle á la verdadera y sólida felicidad: segunda, no contaba de por sí ni con la luz ni con la fuerza necesarias para entrar en este único sendero: tercera, sólo un poder sobrenatural era capaz de obrar en el mundo esta universal regeneración. Hé aquí el poder del cristianismo: produce exclusivamente por sí en toda la tierra un cambio que no podía verificarse por ningún principio humano; y en la ejecución de esta obra estupenda fue contrariando ordenada y sucesivamente las causas todas que habían sumergido al mundo en la oscuridad de la ignorancia, en la confu-

sión de los errores, en el abismo de los crímenes; y que, sujetándolo exclusivamente al dominio tiránico de los sentidos y de la carne, le había quitado á un mismo tiempo su luz, su apoyo y sus esperanzas.

El cristianismo viene, como decíamos, á contrariarlo todo; y es claro que, contrariando las causas, debían ser opuestos los efectos. La primera causa, y que puede llamarse general, era el carácter peculiarísimo de la sociedad universal. Todo el sistema de los deberes en ella, se resentía naturalmente de los principios de las legislaciones, de las máximas de la conducta; y como así en unos como en otros obraban casi privativamente los objetos materiales y sensibles, los intereses del tiempo, las afecciones seductoras del mundo y las terribles tendencias de la carne y de la sangre, era del todo preciso dar un carácter opuesto al nuevo reino que venía á establecerse en la tierra: carácter que marcó Jesucristo con una precisión divina, diciendo á Poncio Pilatos: «Mi reino no es de este mundo.» Verdad es que ha de establecerse en el mundo, que ha de ser visible, que ha de someter á los hombres aun durante su vida; pero nada de lo que veo en el mundo de hoy tendrá parte ninguna en los principios constitutivos de mi gobierno: en el gobierno de este mundo, todo parte de la carne y de la sangre, todo termina en los sentidos y en las pasiones; en mi reino todo parte de Dios, todo se dirige al espíritu y todo conduce á la inmortalidad. En el reino de este mundo, el tiempo es quien mide los designios y las aspiraciones universales, y la muerte quien circunscribe los goces y la felicidad; mas el imperio del tiempo no toca á los umbrales de mi reino, y la muerte pierde su aguijón para las almas fieles que vivan en mi nombre. En el reino del tiempo, los bienes de la vida lo hacen todo; en mi reino, estos bienes no importan nada; porque el objeto de los deseos se pierde en el seno de la eternidad. Está di-

cho todo: al reinado de la carne y de la sangre, sucede el reinado del espíritu y de los cielos; y de este modo queda contrariado, en su causa más general, el principio de todos los errores y de todos los infortunios de la especie humana.

Hemos dicho que el hombre se encontraba, no sólo fuera de los caminos, sino al mismo tiempo en la más perfecta imposibilidad de volverse á colocar en ellos. ¿Por qué así? Por dos causas principales: primera, porque siendo semejante extravió una consecuencia neta del pecado, debía permanecer mientras éste durase, pues que el efecto no cesa sino con la extinción de la causa que lo produce; y por lo mismo, no teniendo el hombre por sí recurso ninguno en lo humano, para borrar sus crímenes á los ojos de Dios, estaba esencialmente condenado á permanecer por todos los siglos errante y extraviado de los caminos que conducen á la felicidad: segundo, porque aún independientemente de los obstáculos que debía encontrar por la circunstancia referida, no contaba con otros recursos que los de la naturaleza humana; y estos recursos eran impotentes en el orden especulativo y en el sistema de la práctica: porque ya se sabe que en el orden moral, la razón sin la fe nada comprende, y la voluntad sin la gracia jamás puede subyugar todas las inclinaciones irresistibles de la naturaleza humana: el entendimiento renueva sin cesar los sistemas, y la voluntad no consigue sino cambiar de pasiones. Sentados estos principios, no debe sorprendernos ya la condición miserabilísima de la especie humana, cuando todavía no se había manifestado en el mundo Jesucristo, ni el espectáculo maravilloso que las doctrinas y las costumbres iban presentando á medida que se multiplicaban los adoradores de la cruz.

El cristianismo vino, pues, á vencer estos dos im-

posibles, ofreciendo á Dios una víctima digna que borrara los pecados del mundo; y ofreciendo al mundo un nuevo principio intelectual y moral, que diese nueva existencia á la razón y comunicase al albedrío una especie de omnipotencia contra el furor deshecho de las pasiones.

El Verbo Divino se digna vestirse de la naturaleza humana; y desde el momento mismo de su encarnación, cambió de carácter el estado del mundo, pues pudieron decir los hombres, que había acabado su oprobio y tocado al último término su extremada miseria. El solo hecho de la encarnación divinizó esta naturaleza humana en la persona de Jesucristo: era ya evidente que cualquiera obra expiatoria que Jesucristo practicase, bastaría para satisfacer á la justicia divina, y reintegrar á todas las generaciones en la posesión de todas las cosas que se habían perdido por el pecado. No hay perdón sin penitencia, ni penitencia sin expiación, ni expiación admisible sin una igualdad proporcional á la ofensa que se hace. Estas consideraciones, que pueden explicarse perfectamente sin otro auxilio que los recursos filosóficos, nos preparan á comprender en todas sus partes las verdaderas causas de la Encarnación del Verbo, disponen al alma para el advenimiento de la fe; y ya desde entonces la razón y la fe, perfectamente unidas, disipan todas las tinieblas, y en vez de columbrar alguna cosa indigna de la Majestad de Dios en los padecimientos de Jesucristo, miran su pasión y su muerte como una cosa divina, y el Misterio de la Encarnación, en todas sus partes, como el principio exclusivo de la regeneración del mundo, el fundamento único de nuestras esperanzas, la causa primera de las virtudes y el título exclusivo de nuestra felicidad. Primer efecto de la Encarnación borrar el pecado, y habilitar al hombre para entrar en el camino de la felicidad.

Pero en las obras de Dios nada es incompleto, y por tanto, por la Encarnación del Divino Verbo, no sólo se reconcilia Dios con el hombre, sino que éste recibe á su turno una comunicación divina, que por razón de sus efectos parece cambiar de naturaleza. Jesucristo era Dios y hombre; y por esta doble circunstancia hacía resplandecer la divinidad constantemente en todas y cada una de sus acciones. Los sentidos de todas las personas que le veían hablar y obrar, lo hacían reconocer como hombre; pero la razón de todos los siglos, al examinar las palabras y las acciones de Jesucristo, no ha necesitado de otra cosa que de su mismo Evangelio y de su vida, para concluir evidentemente, que el que así hablaba y así obraba, no era sólo hombre, sino también Dios. Por parte de su entendimiento, deja traslucir el entendimiento divino en la naturaleza de sus dogmas; por parte de su voluntad, hizo reconocer la voluntad divina en el heroísmo de sus virtudes, en la pureza intachable de su conducta; porque, como hemos dicho, y la experiencia demuestra, ni el entendimiento es capaz de tan sublimes alcances, ni el corazón es árbitro de tan heroicas victorias. Contrayendo estas ideas al examen del hombre regenerado por el cristianismo, vemos desde luego, que sin una comunicación divina de luz y de fuerza no podría ni reunir los conocimientos que hoy atesora, ni hacer admirar las virtudes que hoy practica. La prueba es clara: cuarenta siglos de razón, no pudieron alcanzar la milésima parte de los conocimientos sobrenaturales que hoy enriquecen aun á la parte común de los cristianos; y toda la antigüedad, que tanto se jactaba de cultivar las virtudes, no consiguió más que reglamentar el orgullo. Si pues la causa de esto es, como se ha dicho, que antes de Jesucristo no contaban los hombres sino con las luces naturales y los esfuerzos comunes, el cristianis-

mo vino á contrariar estas dos causas, divinizando en cierto modo la naturaleza; pues tal nos parece la del hombre cuyo entendimiento está ilustrado por la fe, y cuya voluntad está sostenida por la gracia.

De todo lo dicho resulta, que el poder del cristianismo está montado sobre las bases de la fé, de la esperanza y de la caridad. El hombre antiguo no podía volver á los caminos que había corrompido la carne, por falta de luz: el cristianismo le da esta luz por medio de la fe; la fe le descubre su verdadero origen, su verdadero destino, y le señala, por tanto, la línea que debe recorrer para llegar por último á la posesión de la felicidad. Pero ¿qué habría conseguido el hombre con solo la fe? Al brillar en su razón esta antorcha divina, debió convencerle plenamente de que no era más que un hijo desheredado, sin humano recurso para reconquistar su herencia; y de este modo el nacimiento de la fe habría sido precisamente el sepulcro de la esperanza. ¿Pero qué sucedió? La religión no abandona un instante al hombre; pues en el momento mismo que descubre la felicidad, se la promete infaliblemente: la Encarnación del Verbo Divino todo lo repara, todo lo asegura; y este dogma consolador y sublime engendra la esperanza en el corazón del creyente, y adelanta considerablemente la grande obra de la felicidad. Mucho se adelanta con la esperanza; pero Dios ha querido poner condiciones á la felicidad que ella promete. Con la pasión de Jesucristo el hombre amerita sus acciones, pero no se exonera de practicar las virtudes. La grande obra de su ventura se consuma pues en la caridad, que no es sino el cumplimiento de la ley.

Mas esta ley, sin cuyo cumplimiento toda esperanza sería vana y presuntuosa, es una ley perfectísima, en cuyas aras debe hacerse el holocausto de todas las pasiones, es una ley de sacrificio continuo, y la primera

víctima que se le inmola es nuestro propio corazón. El hombre debe cumplirla; pero el hombre siempre es hombre, siempre abriga un corazón terreno, siempre le seducen las vanidades del mundo, siempre lo aprisionan los encantos de los sentidos, siempre lo asaltan las tendencias de la carne; y no puede dar un solo paso sin hallarse en abierta lucha consigo mismo, sin tener que combatir á diestra y á siniestra contra todas las pasiones. En una situación semejante, el hombre perecería sin remedio, víctima de tantos peligros y de tantos combates, si la religión lo abandonase un solo instante á sí mismo: pero sucede muy de otra suerte; y á la esperanza cristiana se unen los medios eficaces para cumplir la ley, y la posesión de la caridad viene á ser la última piedra que corona el grandioso edificio de la renovación evangélica. La caridad es un sentimiento recíproco, una verdadera alianza entre Dios y el hombre, alianza que se estrecha con el vínculo de la Encarnación del Verbo. Siendo un sentimiento recíproco, consiste de parte del hombre en el cumplimiento de la ley, y consiste de parte de Dios en la protección continua de sus criaturas.

El hombre negándose á sí mismo, inmola su propia naturaleza en las aras del Evangelio, y Dios corona esta inmolación por la comunicación perenne de un sér divino que nos da la voluntad y el poder de vencer todas las pasiones y practicar todas las virtudes. Este sér, que es la gracia, corre junto con la sangre de Jesucristo, y sigue al hombre y á la sociedad en todas sus situaciones, en todos sus estados y en todas sus vicisitudes. Nace apenas el hombre, y la gracia le sale al encuentro en la fuente pura que lo regenera; hé aquí la gracia comunicada por el bautismo: da sus primeros pasos en el curso de la vida, y la mano venerable del pontífice imprime

sobre su frente un nuevo carácter de santificación, que aumenta la riqueza del bautismo, y añade, por explicarnos así, luz á luz y fuerza á fuerza. Despierta la razón, y brillan por desgracia los primeros destellos de la ciencia del mal; la funesta escena del paraíso se renueva en las primeras acciones deliberadas del hombre; y peca, y pierde para sí todos los tesoros adquiridos en el bautismo y la confirmación. Mas no muere la esperanza en el naufragio de la inocencia: la gracia todo lo tiene previsto y preparado; y la sangre, que salvó al mundo, subsiste eternamente para salvar en particular á cada uno, cuando al sentimiento de su pecado une los primeros impulsos de su arrepentimiento. Jesucristo subió al cielo; pero no se llevó consigo las llaves de su reino; pues dejó á sus Apóstoles y en ellos á sus Ministros el más pleno y omnímodo poder para perdonar los pecados: hé aquí el sacramento de la penitencia. A este sacramento sigue el de la Eucaristía. Por él, el hombre recibe realmente á su Redentor, su cuerpo, su alma, su divinidad; y con esta adquisición, que puede renovar todos los días de su vida, se hace dueño de todas las esperanzas de la tierra y de todos los tesoros del cielo. Llega un tiempo en que el hombre sale del seno de la familia para formar una nueva en la sociedad, ó para segregarse de ella como una porción escogida exclusivamente para el santuario; y en estos momentos la gracia viene á ilustrar, rectificar y fijar la vocación y á consagrarla para el cielo. El matrimonio ya no es exclusivamente un contrato; es un sacramento de la nueva ley, una alianza que Dios estrecha, un nuevo plantel de virtudes, una nueva fuente de felicidad: el orden sacerdotal inscribe al hombre entre los ministros del santuario, y le reviste de una nueva fuerza para santificarse á sí mismo, y de un poder celestial para salvar á los hombres. Finalmente, la gracia no abando-

na al hombre ni aun en los últimos momentos de su vida. Cuando ya le ve luchando con la muerte, vierte sobre sus miembros el óleo sagrado, y para servirnos de la expresión de Bossuet, hace correr sobre el hombre la sangre de Jesucristo con este precioso licor; sana el alma, remite los pecados, limpia las tristes reliquias de la culpa, y también puede producir la sanidad del cuerpo. Hé aquí el sacramento de la Extremaunción.

Tales son las bases de este poder maravilloso, único, que hace admirar en el todo y en sus partes la religión de Jesucristo: tales son los elementos de vida que hicieron resucitar al antiguo mundo, sentado, como dice el profeta, á las sombras de la muerte; que hicieron volver la esperanza, que había volado con la inocencia, y que engrandecieron el poder con la caridad, á fin de que el hombre, caminando de virtud en virtud, como se explica el Salmista, pudiese incorporarse por último, dentro de los muros de aquella ciudad santa, donde reina para siempre el Rey de los reyes.

Antes de pasar adelante hagamos una sencilla reflexión. En todos los pueblos, sea cual fuese su sistema religioso y político, es de todo punto imposible que la sociedad subsista sin principios, sin probabilidades de adquirir algún bien, sin relaciones íntimas entre los individuos que la componen. De aquí tres necesidades sociales: primera, las doctrinas; segunda, las esperanzas; tercera, las conexiones: las doctrinas no pueden propagarse entre la multitud por el convencimiento, sino por el ascendiente de la autoridad: admitir una doctrina por autoridad es creer, más bien que persuadirse. Hé aquí una especie de fe aunque puramente humana. Someterse á un régimen establecido con el designio de alcanzar un bien que se mira como posible, ya consista éste en un goce positivo, ya en la simple privación de

una pena, es esperar: hé aquí pues una especie de esperanza, aunque puramente humana: obrar de concierto con los vínculos naturales ó las conexiones que se forman en la sociedad, es obrar por benevolencia y por amor: hé aquí un bosquejo de caridad, aunque puramente humana. Estas tres virtudes, fe, esperanza y caridad, están figuradas, pues, por la misma naturaleza entre los elementos sociales; de donde resulta que se hallan ligadas de tal suerte con el sistema de la felicidad, que el bienestar político y civil de las naciones, ha debido y debe estar siempre en razón directa de aquellas; en términos que, cuando se encuentren ellas en su más alta perfección, tocarán los pueblos en el zenit de su grandeza; y al contrario, á medida que ellas se disminuyan, se desnaturalicen y se acaben, irá siempre á menos, ó cambiará de carácter ó acabará totalmente el bienestar de los pueblos.

La fe del gentilismo era meramente humana; y como toda ella venía de los filósofos, era tan versátil como la filosofía incapaz de orden, de permanencia y de perpetuidad; porque, desprovista de razón, de todo título que le asegurase la infalibilidad, corrió siempre la suerte de las opiniones, y nunca ganó cosa notable ni en el número ni en la duración de sus conquistas. El género humano no podía, por lo mismo, regenerarse en este punto, sino dando á la creencia universal una irrecusable garantía: el Evangelio dió á los hombres esta garantía publicándose á nombre de Dios. Todo ha correspondido á la idea: la fe cristiana tiene ya diez y nueve siglos de vivir entre nosotros y en su esencia no ha cambiado un solo punto. El gentilismo, á pesar de su mitología, casi todo lo esperaba de los hombres y lo temía de los hombres, y esta circunstancia produjo dos males: primero, que la esperanza no tuvo nunca un carácter fijo, porque los bienes y los males debieron su-

frir la ley de las pasiones de aquellos que gobernaban al mundo: segundo, que la esperanza, limitada como estaba á lo puramente exterior, no podía ejercer el menor influjo en los principios secretos de la conducta. ¿Qué debía resultar de aquí? Que á la virtud siempre reemplazó el bien parecer, y que el arte de ser feliz quedó de hecho separado de la justicia natural, y exclusivamente sujeto á la destreza de la hipocresía y al cálculo de las conveniencias. Era pues consiguiente que desnaturalizada esta virtud, se alterase el sistema de las acciones, y que en vez del orden y la paz, estuviesen fluctuando los pueblos entre el desorden y la guerra, entre la tiranía de los gobiernos y el desenfreno de las masas.

No teniendo más apoyo la benevolencia mutua que las simpatías naturales á los intereses del momento, las relaciones sociales debieron ser muy precarias; y desprovisto el hombre de un principio eficaz que arreglase sus inclinaciones naturales, que destruyese sus antipatías caprichosas y le determinase al sacrificio de los intereses del momento, se exageraron, por supuesto, todos los sentimientos, se multiplicaron contra justicia ciertas conexiones, se destruían con frecuencia relaciones importantes; y por un resultado infalible de sistema, el gentilismo se abandonó por una parte á todos los desórdenes de la voluptuosidad, y se entregó por otra á todas las inspiraciones del odio.

La caridad cristiana todo lo transforma; inscribe la virginidad al frente de los estados perfectos; lleva la pureza hasta la región del pensamiento; hace de la continencia una virtud, y lleva el punto de la castidad hasta el lecho de los esposos; hace de todos los hombres una sola familia; inscribe el odio y la venganza en el catálogo de los crímenes: quisiera borrar de su idioma hasta la palabra enemigo; pero en defecto de esto, con-

cede á quien ha hecho el mal, un derecho sobre el corazón de la persona ofendida, y exige de ésta que ame y favorezca á su enemigo.

Resulta de lo expuesto, que la fe, la esperanza y la caridad cristianas tienen una verdadera plenitud, y que la religión católica presenta un plan cuyo primer carácter es la universalidad, cuyo segundo carácter, es la suficiencia absoluta, y cuyo tercer carácter, es una incontrastable perpetuidad. Mas para reunir este triple carácter necesitaba la fe una autoridad irrecusable, la esperanza unos datos infalibles, y la caridad unos medios seguros. Veamos ahora el concurso de todos estos requisitos en el plan sublime de la religión. Exige ella, sin duda, el omnímodo vasallaje de la razón humana, pero no lo exige sin garantía. Antes de decirle «cree» le presenta una serie de argumentos incontestables que la conducen desde las primeras nociones de la existencia hasta el convencimiento pleno de que Dios ha revelado los dogmas que propone y prescrito las leyes á que sujeta la conducta. Este mismo convencimiento afirma al hombre en su fe, y una vez afirmado en ella, reconoce que son infalibles los datos que fundan su esperanza. Entra en la carrera de las virtudes, experimenta en sí mismo la existencia de la gracia que se le comunica, y ciertos placeres de un orden elevado que acompañan siempre á los grandes sacrificios de la virtud. Llegando á este punto nada tiene de difícil para él la legislación evangélica; y las mismas experiencias que en sí practica, le hacen confesar con gloria, que ha inclinado su cerviz bajo un yugo muy suave, y puesto sobre sus hombros una carga muy ligera. Hé aquí la caridad practicada, y hé aquí el plan de la religión en cuanto á los medios indispensables para establecer la fe, plantear la esperanza y cultivar la caridad.

No nos detengamos aquí: la religión ha dado un paso más, y un paso de primera importancia. No contenta con presentar dogmas infalibles, máximas eternas y medios auxiliares para gobernar la conducta, y teniendo presente que dejando al uso individual, el empleo y conservación de tan ricos tesoros, ellos desaparecerían bien pronto de la tierra; organizó una sociedad visible que fuese la depositaria de todo, y el órgano por donde se comunicase á cada uno cuanto fuese necesario para adquirir los frutos de la fe, de la esperanza y de la caridad; que explicase todos los dogmas, predicase todas las máximas, sostuviese todas las leyes, administrase todos los sacramentos y comunicase todas las gracias: esta sociedad es la Iglesia, último punto de vista bajo que nos proponemos considerar el plan general del cristianismo.

La Iglesia constituye pues una verdadera sociedad, y bajo este respecto, es una reunión de individuos unidos entre sí por cierto género de relaciones, sujetos á una regla común, y gobernados por cierta autoridad. Los individuos son todos los católicos; sus relaciones consisten en la comunión espiritual que forman entre sí por los vínculos de la caridad cristiana; sus reglas están consignadas en el Evangelio y en las leyes que expide por la autoridad competente; y su gobierno está depositado en los ministros, á quienes Jesucristo comunicó el poder de gobernar su imperio.

En último análisis queda pues reducida la economía de esta sociedad á dos clases principales; la de los ministros de Jesucristo, que instruyen y gobiernan; y la de los fieles, que reciben esta instrucción y son gobernados.

Las funciones públicas de los ministros de Jesucristo abrazan la enseñanza, que se refiere á la fe y se

comunica por la predicación; la comunicación de la gracia, que se verifica por la administración de los sacramentos, y la conservación del orden social, que se consigue por el ejercicio de la jurisdicción.

El ejercicio de este triple poder no nace de los hombres, («non vos me elegistis») sino inmediatamente de Jesucristo, («sed ego elegivos») y su ejercicio tiene un carácter de progreso continuo que no cesa jamás, («ut eatis»); un carácter de fecundidad que lo hace producir de continuo frutos de bendición, («et fructum aferatis»), y un carácter de perpetuidad, que desafía el poder de los tiempos, [«portae inferi non praevalent adversus eam»], y que reviste con caracteres de inmortalidad los bienes espirituales que produce, [«et fructus vester maneat»].

Estos poderes espirituales no están expuestos al flujo y reflujo de las opiniones humanas, sino consignados del modo más expreso en las páginas del Evangelio. «Id, les dijo Jesucristo á sus ministros, por todas las naciones, enseñándolas á observar todas las cosas que os he prescrito. Predicad el Evangelio á toda criatura. El que os escucha á vosotros me escucha á mí.» Hé aquí la primera facultad, la de predicar la fe y enseñarla. Nótese aquí que se distinguen dos cosas, la predicación y la enseñanza. No basta pues anunciar los dogmas y la moral; es necesario, sin duda, exponer y definir. La Iglesia pues, y sólo ella, puede explicar el sentido de las Santas escrituras, reglamentar la creencia y establecer las reglas de la moral. Si así no estuviese mandado; si la inteligencia de los dogmas quedase al arbitrio de cada razón individual, por este solo hecho se extinguiría la fe, porque donde no hay un centro común de inteligencia, no hay unidad de doctrina; y donde no hay unidad de doctrina, tampoco puede existir la fe social. El primer elemento del plan de la

Iglesia es la autoridad universal y absoluta que le ha comunicado su Divino Fundador, para establecer, propagar, definir y conservar en la unidad de todos sus miembros los dogmas que predica y la moral que prescribe.

El poder espiritual que ejerce para sostener, conservar y garantizar la esperanza en cada uno de sus miembros, por la difusión perenne de estas gracias, que emanan de los sacramentos, está no menos terminante en el Evangelio: después de haberles mandado predicar, les manda bautizar, añadiendo que «el que creyere y fuere bautizado se salvará». En otro lugar se ve la misión especial de perdonar los pecados por el sacramento de la penitencia: «recibid el Espíritu Santo: se perdonarán los pecados de aquellos á quienes vosotros se los hubieseis perdonado.» Hé aquí el sacramento de la penitencia. Del mismo modo se hallan consignados los poderes espirituales en el Nuevo Testamento, y comunicados á los ministros de la Iglesia para dispensar las gracias de los otros sacramentos.

«Yo te doy las llaves del reino de los cielos,» dijo Jesucristo á San Pedro; y en otro lugar le dijo también, «apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» Hé aquí el poder universal concedido á San Pedro, y en él á todos sus sucesores en el Sumo Pontificado, para gobernar y conducir á la totalidad de los fieles.

«Todo lo que atáreis en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatáreis en la tierra será desatado en el cielo.» Hé aquí las credenciales que dió Jesucristo á sus apóstoles, y en ellos á todos los obispos, para que ejerciesen su autoridad en el gobierno de la Iglesia, encadenando á sus súbditos por leyes espirituales, ó dispensándoles de su observancia según las reglas de la prudencia.

Hé aquí pues la Iglesia establecida, su poder pres-

crito y sancionado. El Padre Eterno al reconocer á su hijo en el Tabor, impuso á todos los hombres el precepto de escucharle. El hijo, al delegar este poder á los apóstoles, mandó á todos los hombres que los escuchasen; y dejó terminantemente á sus discípulos, que considerasen como gentil y publicano al que no quisiese escuchar á la Iglesia. Se sabe muy bien lo que aquí significa la palabra «escuchar»; escuchar, es oír con atención lo que se dice, y practicar lo que se oye, escuchar es obedecer. No es arbitraria esta inteligencia, ni está reservada tampoco á las decisiones que forma en materia de idioma el uso de los pueblos: el mismo Jesucristo la fijó, prometiendo la felicidad á los que oyen lo que se dice, y practican lo que se oye. «Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan». Es pues evidente que los ministros de la Iglesia ejercen una plena autoridad sobre los fieles, y éstos están rigurosamente obligados á prestar una completa obediencia.

Quedan pues perfectamente bien distinguidas las dos clases de que se compone sobre la tierra la Iglesia de Jesucristo: la de los pastores que enseñan los dogmas revelados; y la de los fieles que creen y profesan esos dogmas: la de los pastores que administran los Sacramentos instituidos por Jesucristo; y la de los fieles que reciben estos mismos sacramentos: la de los pastores, que conducen á los prados de la vida eterna el rebaño de Jesucristo; y la de los fieles, que obedeciendo á su autoridad, se dejan conducir al alto fin que constituyen su verdadera felicidad.

Pero qué, ¿no ha de llegar un tiempo en que la razón, celosa de sus fueros, intente desquiciar el imperio de la fé; en que las pasiones formen un sacrílego complot para desnaturalizar el sistema de las costumbres; y en que los mismos pueblos cristianos, impelidos de

principios diferentes, formen escandalosos cismas, aspirando cada uno de por sí á la felicidad que se debe á la verdadera Iglesia? Sin duda alguna; pero esta circunstancia, inevitable en los extravíos de la razón y el desenfreno de las pasiones no influirá en lo absoluto contra la existencia de la iglesia. Ella tiene pues, no solamente los títulos que consignan el divino origen de su poder, sino también los caracteres infalibles, esencialmente indelebles que la harán reconocer y distinguir universalmente en todos los pueblos y en todos los siglos.

¿Cuáles son estos caracteres? La unidad y la universalidad. La unidad en la fe, en la comunión, en el gobierno espiritual; esto es lo que quiso figurar Jesucristo cuando, hablando de los corderos y las ovejas, dijo estas terminantes palabras: ellos oyen mi voz, y no habrá más que una sola grey, un solo pastor. «Si ellos oyen su voz, dice Pointer, deben estar unidos por una misma fe; si no constituyen más que un solo rebaño, deben en consecuencia estar unidos todos por una misma comunión; sino reconocen más que un solo pastor, deben por tanto, no estar unidos más que á una sola autoridad. Jesucristo puso la universalidad de su grey al cuidado y bajo la autoridad suprema de un solo pastor, cuando mandó á San Pedro que apacentase sus corderos y apacentase sus ovejas: corderos y ovejas que constituyen la totalidad de su grey, figura de la Iglesia universal.»

«Para formar así la Iglesia era necesario, sin duda, llamar todas las naciones al conocimiento de la fe en Jesucristo, que es uno; iniciarlas y reunir las en un solo cuerpo por medio del bautismo, que es uno; y determinarlas á observar todas las cosas que Jesucristo había ordenado «en su Evangelio,» que es uno. Así lo hizo Jesucristo, como acabamos de verlo, pues mandó á sus apóstoles que instruyesen en sus dogmas y ense-

ñasen á practicar sus preceptos, no á un pueblo, no á una provincia, no á un Estado, sino á todos los pueblos, á todas las provincias, á todas las naciones, á todos los habitantes de la tierra.»

«Nada más opuesto á la verdadera noción que debe tenerse de la Iglesia establecida por Jesucristo, como una idea que la representase como un conjunto de sociedades religiosas. ¿Qué caos resultaría de aquí? Una de estas sociedades profesaría como artículos de fe ciertas doctrinas que otras repeliesen como punibles errores. Aquí se propondrían como santas y agradables á Dios algunas formas del culto que otras despreciarían con horror como una infame idolatría. Esta sociedad, sometida á cierta autoridad espiritual, se dejaría gobernar voluntariamente por leyes que considerase como emanadas de Jesucristo, al paso que aquella otra no encontraría en esto sino el insoportable yugo de una usurpación tiránica. ¿Y podría decirse que estas dos sociedades tienen una misma fe, forman un solo cuerpo, están animadas de un solo espíritu, constituyen un solo rebaño, son conducidas por un solo pastor; en una palabra, que constituyen la Iglesia de Jesucristo?»

«Nada importa que las comuniones cismáticas y protestantes se consideren como Iglesia de Jesucristo, porque profesen los principios generales; semejante modo de raciocinar es no solamente sofisticó, sino de todo punto monstruoso; porque al discurrir de esta suerte, bien pudiéramos decir otro tanto de las naciones independientes que pueblan el globo, afirmando que todos los Estados políticos no componían más que una sola nación, un solo gobierno, no eran regidos más que por una sola constitución, ni tenían más que un solo código común & &, tan sólo porque profesan en lo general los principios universales, el Derecho natural y de gentes.»

«Sólo la Iglesia que Jesucristo ha establecido, es esencialmente una en su fe, una en su comunión, una en su gobierno; y sólo pueden aspirar al título de miembros de esta Iglesia aquellos hombres que están unidos por la profesión de una misma fe, como la Iglesia la enseña en todas partes, por la participación común de unos mismos bienes espirituales, como ella los dispensa en todas partes, por la sumisión común á una misma autoridad que ella ejerce en todas partes, y sobre todo, por una suma deferencia á la supremacía de la autoridad espiritual del solo Señor, del solo Pastor, del único Guía, que tiene sobre el todo, un pleno derecho de jurisdicción.»

Hemos visto que la unidad y la universalidad son dos caracteres de tal modo esenciales, que no pueden hallarse fuera de la verdadera Iglesia de Jesucristo. La autoridad del Evangelio y las deducciones legítimas del raciocinio engendran, como ya se ha notado, sobre este punto, la más plena convicción en el alma. Pero estas ideas especulativas vienen á concretarse, digámoslo así, cuando al pasar la vista, por todas las sectas desprendidas de la unidad católica, nos detenemos á considerar el espectáculo que ha presentado la Iglesia de Roma.

«Ese sol, dice el autor citado, que extendido por todos los puntos del globo, ilustra y vivifica hoy toda la naturaleza, es el astro mismo que desde el principio de las cosas, desplegó sobre el mundo toda la rica pompa de los tesoros de su luz. Tal es la fe divina: sus rayos brillan hoy sobre todas las comarcas en que subsiste esa Iglesia á quien se ve unida en comunión con la silla de Roma, y este celestial esplendor es el mismo que desde los primeros siglos de la Era cristiana cobijó con sus rayos, por toda la extensión de sus partes á la Igle-

sia de Jesucristo. Por todas partes se reconoce la identidad en los dogmas, en los ritos y en las prácticas; por donde quiera se profesan los mismos artículos de fe en los símbolos de Nicea, de Atanasio y Pío IV.» En todos los pueblos donde hay Iglesias católicas, esto es, Iglesias unidas con la silla de Roma, se ofrece el mismo sacrificio de la misa, se administran los sacramentos en su mismo número, por sus mismos ministros y bajo idénticas formas; donde se quiera se nota el mismo orden en la gerarquía eclesiástica, que pone á los fieles bajo el gobierno de sus inmediatos pastores, á éstos bajo la jurisdicción de sus respectivos obispos, y á los obispos todos bajo la supremacía del Soberano Pontífice, Obispo de Roma. Estos hechos son de pública notoriedad, tan antiguos como el cristianismo, y tan modernos como el presente día: porque este fenómeno sorprendente de unidad íntima que ofrecen hoy á nuestra vista todas esas Iglesias unidas con la silla de Roma, en medio de su universal dispersión, puesto que las hay en toda la tierra, y hasta entre los cismáticos y protestantes, este fenómeno, repetimos, lo han venido presentando á su turno todos los tiempos, como puede reconocerlo cualquiera que, con la historia en la mano, recorra todos los siglos del cristianismo.

¡Qué espectáculo tan sorprendente ofrece á nuestra admiración el contraste que forma la Iglesia de Jesucristo con todas las instituciones humanas! Recórrese la historia profana: ¿qué se ve en ella? Una perenne sucesión de doctrinas diversas, de constituciones diferentes, de sistemas políticos, de leyes y de gobiernos. Grecia, lo mismo que Roma, hizo todas las experiencias y pasó por todas las vicisitudes. El entusiasmo de la libertad, los tormentos de la tiranía, los efectos del despotismo, las furias de la demagogía, las nobles y osadas formas de la república, el ignominioso yugo

de los emperadores, la insoportable altanería de la aristocracia, la marcha inconstante y peligrosa de la democracia pura, el gobierno militar, la dictadura en sus diferentes modificaciones, &, &, nada de esto fue extraño ni á la sabia Grecia, ni á la fuerte Roma. Después acá no hemos visto tampoco sino mudanzas y vicisitudes: acaban ó se mudan las dinastías, cambian de aspecto político los Estados, renacen unas constituciones de las cenizas de otras: el poder y el ministerio pasan de ordinario por mil diversas combinaciones; si no es que, cediendo á este poder invisible y destructor que parece posar sobre la atmósfera política de las naciones, sucumban de una vez al golpe fatal, y como la antigua Esparta, la soberbia Thebas y la hermosa Palmira, queden borradas para siempre del catálogo de los pueblos.

Entre tanto, la Iglesia católica de Roma ha conservado la misma constitución y la misma forma, siempre intacta de su poder espiritual. Colocado en medio de los reyes, el Vicario de Jesucristo ve nacer, encontrarse y morir todas las vicisitudes que agitan y conmueven sin cesar á los Estados más opulentos y mejor constituídos, sin que vacile un instante su trono. Esa silla invulnerable, esa luz indeficiente, ese principio eterno de constitución que ni espera ni teme de las opiniones humanas; esa unidad siempre constante, siempre la misma; esa universalidad tan duradera cuanto espontánea; esa inalterable pureza en la moral y en los dogmas que no ha recibido una sola mancha en el curso de diez y nueve siglos, y que nos hace reconocer su santidad en la perfección más sublime; ese carácter de fe y caridad, donde reconocemos el espíritu y la conducta apostólica, circunstancias todas que no ha reunido hasta aquí ni reunirá jamás otra Iglesia, que la que está unida á la silla de Pedro, convierten de continuo nuestras mi-

radadas á Roma y arrancan de nuestros labios la confesión espontánea de que allí está la Iglesia una, la Iglesia universal ó católica, la Iglesia santa, la verdadera y única Iglesia de Jesucristo.

Si pues la Iglesia que está en comunicación con la silla de Roma, tiene estos caracteres, y es por tanto la única depositaria y dispensadora de todas las verdades y misterios de la religión cristiana, debe concluirse de aquí, con una evidencia infalible, que de esta Iglesia misma, esto es, de sus ministros, los sucesores legítimos de los apóstoles, deben todas las naciones del mundo esperar el conocimiento de los dogmas particulares que Jesucristo ha revelado á nuestra fe, y de los preceptos morales que ha prescrito á nuestra observancia, y de los ritos y reglamentos sagrados que ha instituído para dar á Dios el culto que le corresponde.

Hemos presentado, aunque con suma rapidez, el plan del cristianismo y la economía de la Iglesia, y creemos que esto basta para reconocer la mano divina en todas y cada una de las partes que constituyen este grandioso y eminente edificio. Pero no se necesita sin duda prolongar demasiado nuestra reflexión, para descubrir con la mayor evidencia que resplandecen aquí todos los caracteres indelebles de una perfección infinita. El cristianismo es el depósito de todas las verdades y el fundamento de todas las ciencias que se dirigen á la perfección del hombre y al bienestar de la especie humana. «Su carácter distintivo, dice La Muorette, es comunicar una fuerza grandísima al sentimiento de nuestra correspondencia y de nuestras relaciones naturales con la divinidad y con todo el cuerpo de nuestros conciudadanos.»

«En la economía del cristianismo, el hombre es eterno, y tiene la misma razón que Dios, para no reposar sinó en la verdad, que no perece jamás. Las relacio-

nes por donde se comunica con este Sér infinito se multiplican y afirman en todos los grados que son posibles á su naturaleza; y esta naturaleza misma está adaptada á la excelencia y á la inmutabilidad de la naturaleza divina, por la ejecución del más vasto y profundo designio que ha podido ser concebido en la inmensidad de la Soberana Inteligencia; pues á fin de hacer al hombre un equivalente de la Divinidad, la sabiduría del Omnipotente quiso asociarse nuestra naturaleza, nuestra alma, nuestros órganos, haciéndonos subsistir por este medio en la unidad de su perpetuidad y de su gloria.»

En cuanto á la moral, ella se modificó de una manera magnífica en el cristianismo. Nada es tan majestuoso y venerable sobre la tierra como la sociedad, considerada en la perspectiva en que la fe cristiana la expone á nuestras miradas. Nuestras relaciones con el resto de los hombres están afianzadas aquí con vínculos tan estrechos como los que nos unen con Dios; y de esta manera la idea de la justicia se fortifica y engrandece en todo lo que aumenta la fuerza y la santidad de unas y otras relaciones. Hemos visto ya de qué modo constituye y afirma la sociedad este magnífico sistema de verdades, de consuelos, de esperanzas y de afectos recíprocos que hacen correr por el mundo, como de un triple raudal, la fe, la esperanza y la caridad evangélicas, y nada puede concluirse con mayor seguridad, en materia de política y de gobierno, como que el Evangelio es el único que puede regir bien las sociedades y los imperios; «y por un procedimiento directo, dice el autor citado, á la verdadera constitución de toda la especie humana, es una necesidad imperiosa buscar exclusivamente aquí los verdaderos principios de una legislación perfecta.»

Concluiremos este artículo con las observaciones

que hace un escritor inglés del siglo pasado, el cual, después de haber hecho á su propósito un análisis filosófico del Evangelio, concluye con estas notables palabras, que resumen en cierto modo cuanto dejamos expuesto.

«De todas estas consideraciones sobre la excelencia de los Evangelios, resulta que ellos encierran el plan de la religión y moral más perfecta que puede existir. Los sistemas de los más sabios filósofos del paganismo eran muy defectuosos en muchos puntos, y corrompidos en extremo sobre otros artículos importantes. El sistema evangélico es completo: comprende en su extensión debida, y sin mezcla ninguna de error, todos nuestros deberes, nos enseña la perfección de la virtud, sin precipitarnos en excesos de ningún género.»

«Por muy completo y excelente que sea un sistema de moral, jamás podrá llenar su objeto, que es la perfección de las costumbres, si no está revestido al mismo tiempo de una autoridad suficiente para hacer que se le reciba, y de motivos bastante poderosos para persuadir su práctica. El Evangelio goza de esta ventaja gloriosa. Sus preceptos son leyes del mismo Dios, que es árbitro de todas las cosas, que conoce los pensamientos más secretos del alma, y á quien hemos de dar cuenta, no solamente de nuestras acciones exteriores, como á los magistrados de la tierra, sinó de las disposiciones internas de nuestro corazón.»

«Otra grande ventaja del cristianismo es que Jesucristo, el hijo de Dios, vino expresamente á la tierra para enseñarnos á practicar su ley: nos dió las pruebas más auténticas de su misión, y nos dejó consignado en el curso de su vida pura y santa un ejemplo continuo de los preceptos que enseñaba.»

«Una de las cosas que contribuyen maravillosamente á comunicar una nueva fuerza á los preceptos del E-

vangelio, son los motivos más poderosos de que estos preceptos vienen acompañados: pues al paso que nos prescriben desprendimiento y austeridad, nos abren todos los tesoros de la gracia y de la bondad de Dios.»

«Los gloriosos privilegios que adquirimos por el Evangelio, son también motivos poderosos de virtud. Hé aquí la causa por qué los cristianos son llamados santos, miembros de Jesucristo, hijos de Dios, herederos del reino celestial, pueblo de escogidos, que practica las buenas obras y muestra en ellas las acciones y virtudes de aquel que se dignó sacarlos de la espesura de las tinieblas para colocarlos en medio de la luz.»

«El Evangelio ha venido á dar á los hombres nuevas garantías de un estado futuro de penas y recompensas: de aquí nace una nueva causa para vivir en la virtud y merecer la corona de gloria y de dicha prometida al justo.»

«En fin, lo que debe sostener y animar nuestro valor en la carrera penosa de la virtud, es la consideración de la asistencia divina que se nos ha concedido por la necesidad que de ella tenemos. Esta seguridad es un nuevo motivo de consuelo para las criaturas que conocen su debilidad y la corrupción de la naturaleza humana en el estado presente. Estamos rodeados de enemigos, expuestos á tentaciones violentas; pero no ha querido abandonarnos á nuestra propia debilidad: nos ha prometido enviarnos su Espíritu para ilustrarnos y santificarnos, con el fin de sostenernos y darnos valor para el cumplimiento de su ley. Dios es fiel á sus promesas.

«La extrema corrupción de costumbres en que los hombres se habían precipitado, las profundas tinieblas que por todas partes rodeaban á los espíritus antes del nacimiento del cristianismo, los extraños y universales desórdenes de que la especie humana se había formado u ·

na especie de hábito y necesidad, hecían su estado cuanto más deplorable podía ser. Estrechaba en gran manera la necesidad de un sistema de moral que les enseñase todos sus deberes, porque todos los habían olvidado y traspasado; que se los enseñase en toda su extensión y de la manera más formal y más precisa, como leyes de Dios mismo, revestidas con su autoridad y acompañadas de los motivos más urgentes y más persuasivos. Esto es lo que ha ejecutado perfectamente el Evangelio de Jesucristo.»

Por lo demás; la pureza de la doctrina y su inagotable fecundidad, el manantial perenne de las gracias que fertilizan y conservan la esperanza del hombre, la fuerza protectora de las costumbres, indispensable para mantener las relaciones universales de benevolencia y amor que prescribe la caridad; todo ésto forma un rico depósito, que Jesucristo Fundador del nuevo reino ha puesto en las manos de sus ministros para el gobierno de su Iglesia. Esta sociedad, sostenida constantemente por un poder divino, mantiene sin menoscabo alguno la fe, distribuye la doctrina, difunde las gracias, gobierna todos los espíritus que le están sometidos; y siempre alerta contra los extravíos del entendimiento y los desórdenes de la voluntad, no permite jamás que las heregías y las pasiones alteren su constitución divina y desconcierten en manera alguna el plan general de su gobierno. Oponiendo su unidad á los avances de los cismáticos, su universalidad á las pretensiones inicuas de los heterodoxos, su apostólica antigüedad á las ruidosas novedades de los protestantes, y por último, su inmaculada santidad á los vicios más ó menos encubiertos de cuantos pretenden comba- tirla con la suplantación de nuevas doctrinas é instituciones, se muestra en el siglo diez y nueve, como en los

---

[1] Leland.—La revelación probada por el paganismo.

primeros días de su existencia, una, santa, católica y apostólica en la silla de Roma, capital del universo cristiano

Es imposible que una religión, donde vemos resplandecer por todas partes los eternos designios del Sér augusto que preside á todas las cosas, sucumba jamás, á pesar de los rudos encuentros que ha sostenido, sostiene y sostendrá por todos los siglos; y este milagro constante, de orden, de armonía y conservación, que tan perfectamente garantiza la perpetuidad que se ha concedido al nuevo reino, mantiene siempre vivos, siempre ostensibles y brillantes los caracteres divinos de su institución y los elementos únicos de felicidad que pueden asegurar en la posesión del bien á la inmensa familia de los hombres. Tal es el poder del cristianismo.

---



## II

### LA GENERACION ESPONTANEA

---

La vida comenzó sobre la tierra: éste es un hecho que la filosofía y el simple buen sentido no tenían ningún inconveniente en demostrar aun antes de que la geología le hubiera dado el carácter de una verdad científicamente demostrada. Hubo un tiempo en que ningún sér organizado existía sobre nuestro globo, en que la corteza terrestre aparecía *árida* y *desnuda*, como dice la Escritura, sin que la más pequeña hierba rompiera la monotonía, sin que el más pequeño animal turbara el silencio y la inmovilidad de sus tristes soledades.

¿Cómo tuvo fin este estado de cosas? ¿Cuál ha sido el origen del primer sér viviente, vegetal ó animal?

Filósofos y naturalistas han tratado bien frecuentemente esta cuestión. Dios sólo, han dicho los unos, pudo dar al globo su primer organismo y dotarle de este conjunto de propiedades misteriosas que constituyen la vida. La tierra, dijeron los otros, debió producir espontáneamente, por consecuencia de un feliz concurso de circunstancias, uno ó muchos seres vivientes, de donde salió progresivamente toda la flora y toda la fauna actuales, sin exceptuar tal vez al hombre mismo.

Esta teoría del origen espontáneo de la vida pudo ofrecer cierto grado de verosimilitud á los antiguos naturalistas. La observación, que en nuestros días la ha desmentido del modo más serio, parecía apoyarla entonces. Toda la antigüedad creyó la producción espontánea, no solamente de cierto número de vegetales ínfimo, como las algas, los hongos, sino también de muchos animales que ocupan un rango relativamente elevado en la escala zoológica. Bastaba que se ignorase el modo de generación de un animal para afirmar su formación espontánea de la materia inerte y fuera de los fenómenos ordinarios de la reproducción natural. Los ratones, las anguilas y las ranas fueron considerados mucho tiempo, por este motivo, como producidos espontáneamente en el seno de la tierra y de las aguas. Epicuro, Aristóteles, Platón, Diodoro de Sicilia y muchos otros no tuvieron ninguna dificultad en admitir este extraño fenómeno. Uno de ellos asegura, además, que en el alto Egipto se encontraron ratas á medio formar, teniendo sólo todavía la forma animal la parte anterior del cuerpo.

En cuanto á los insectos y otros animales de un orden inferior, es inútil observar que se les consideraba igualmente como producidos espontáneamente por la naturaleza en el seno de la materia orgánica ó inorgánica. Virgilio se hizo eco de esta creencia, entonces universal, cuando, en su famoso episodio de Aristeo (Georg. IV), presenta las abejas tomando nacimiento en las entrañas corrompidas de un toro. En dicha época se pensaba efectivamente que toda carne en putrefacción produce animales inferiores, teniendo la carne de cada animal sus propiedades especiales. Mientras la carne de los toros daba origen á las abejas la del asno producía escarabajos; la del caballo, avispas; la del ánade, sapos; etc.

Estas ideas, debidas en su mayor parte á Aristóteles, predominaron durante toda la Edad Media.

Algunos de los genios que ilustraron los grandes siglos cristianos emitieron algunas dudas sobre este punto, admitiendo sólo para las plantas la generación espontánea; pero tal es la fuerza del prejuicio, hasta para los mejores espíritus, que algunos de aquellos admitían la posibilidad de que también los animales imperfectos fueran producidos espontáneamente.

Alguien hubo que todavía fue más lejos, pretendiendo que después del diluvio, las islas produjeron por sí mismas las plantas y los animales que las habitan.

Estas ideas, que hoy día nos parecen divorciadas de la ciencia, del buen sentido y de la fe religiosa, se han perpetuado, sin embargo, hasta la época moderna. El famoso Kircher, á pesar de su sabiduría, enseñaba en pleno siglo XVII que, para obtener serpientes y escorpiones, bastaba enterrar en tierra húmeda la carne desecada y pulverizada de dichos animales.

Afortunadamente, aunque á primera vista parezca que dichas teorías pueden perdudicar á la fe católica, no es así; porque, después de todo, la producción de un sér viviente en el seno de la materia bruta, por ser anormal y más misteriosa todavía que el modo ordinario de generación, no excluye la acción de un poder creador. Dicha producción la supone, por el contrario, porque no es admisible que la materia tenga por sí misma la propiedad de engendrar seres vivientes.

Esto no obsta, sin embargo, para que la doctrina de la generación espontánea pueda ser explotada por los materialistas. Combinada aquélla con otra doctrina reciente, con el transformismo, pretenden explicar, sin ninguna intervención del Creador, el estado actual del mundo orgánico. Porque, que haya seres, por pequeños que sean, que nazcan espontáneamente, y que estos seres puedan desarrollarse y

revestir con el tiempo formas variadas y más ó menos complejas por una serie de trasformaciones sucesivas, desaparece el misterioso origen de la fauna y de la flora, sin que haya necesidad de acudir á un poder exterior.

Quedará, es verdad, más de un punto obscuro; se podrá preguntar, por ejemplo, si las leyes que rigen la naturaleza no suponen necesariamente un legislador; pero el materialismo y el ateísmo, que no se paran en estas dificultades, no dejarán de cantar victoria.

Desgraciadamente para estas doctrinas, su gran argumento, es decir, el hecho de que la materia se organice por sí misma para producir la vida, se desvanece ante los progresos de la ciencia. Si el transformismo, ya desprestigiado por investigaciones recientes y por la observación, conserva todavía cierto grado de verosimilitud que seduce las imaginaciones, la generación espontánea es condenada seriamente por la experiencia, y rechazada por la inmensa mayoría de los sabios, como contraria á los datos positivos de la observación.

Sería curioso referir su historia, porque ella demuestra hasta qué punto las falsas doctrinas, nacidas de una ciencia incompleta, son difíciles de desarraigar. Cuando se probó que los animales relativamente elevados en la serie zoológica, los ratones, los peces y las ranas, nacían por generación sexual de seres semejantes á ellos, los partidarios de la generación espontánea, obligados á abandonar este terreno, se parapetaron sobre otro, menos explorado entonces. Pretendieron que los insectos, por lo menos, escapaban á la regla general. Se fijaban en las abejas, que, aunque desprovistas de sexo, producen cada año nuevos enjambres; en las innumerables familias de los pulgones que invaden en pocos días las jóvenes ramas de los rosales, y en los gusanos, que nacen, sin causa aparente, en las viandas en descomposi-

ción y en los que se desarrollan en las frutas y en las excrescencias de los robles. Pero vienen los naturalistas de los siglos XVII y XVIII, el holandés Swammerdam, el genovés Bonnet y los italianos Redi y Vallisneri, y sus ingeniosas observaciones hicieron que otra vez se batieran en retirada los partidarios de la generación espontánea.

El primero demostró que las abejas provienen de huevos puestos por un individuo único, llamado primeramente *rey*, y más tarde, y con más propiedad *reina*.

Redi estableció que los gusanos de que se cubren las carnes en descomposición deben su origen á huevos puestos por moscas, y los cuales no son otra cosa que larvas de moscas futuras. Vallisneri descubrió que los insectos que roen las manzanas y las peras son asimismo larvas de un gusano nocturno, resultando aquéllos del desarrollo de un huevo introducido por este insecto en el fruto naciente en la época de la florescencia.

A su vez Bonnet, que había hecho de los pulgones el objeto especial de sus investigaciones, probó que la asombrosa fecundidad de estos insectos no se debe á su producción espontánea, sino á un modo especial de generación, al hecho extraño de que durante la estación de los calores el pulgón no da origen más que á hembras, todas las cuales tienen la propiedad de producir nuevas hembras sin unión sexual. Se ha calculado que, gracias á este modo de reproducción, conocido bajo el nombre de *partenogenesis*, pueden nacer de un solo individuo millones de pulgones en el curso de una sola estación. Pero esta maravillosa fecundidad, que cada generación comunica á la siguiente, desaparece con la estación calurosa. El animal, hasta aquí vivíparo, se hace ovíparo en otoño, y de sus huevos nacen luego machos y hembras, que por su unión á la vuelta de los calores primaverales, darán nuevamente nacimiento

á una serie ilimitada de generaciones representadas sólo por hembras.

Obligados á reconocer su error en el terreno de la entomología, los partidarios de la generación espontánea ó de la *heterogenia* han pretendido defenderse en el dominio de los seres infinitamente pequeños. Han pretendido que los infusorios y demás animales microscópicos nacen espontáneamente, sino en el seno de la materia inorgánica, al menos en el de elementos orgánicos que han pertenecido á seres vivientes.

Esto era, como se ve, apoyarse arbitrariamente en lo desconocido. Del hecho de que no hubiera podido ser observado, por lo imperfecto de nuestros medios de observación, el modo de reproducirse los infusorios, no resulta que esta reproducción no exista. Las leyes de la analogía deben conducir más á la opinión contraria. Mientras no se probara lo contrario, debía creerse que la reproducción observada en todo el resto de la serie zoológica existía igualmente en los grados inferiores, ó sea donde no es posible la observación directa.

La opinión de los heterogenistas no hubiera sido legítima mientras no descansara en hechos precisos. La observación le ha sido siempre más contraria que favorable. Las experiencias hechas desde el siglo último por Spallanzani no estaban lejos de establecer que los infusorios no se desarrollan en los líquidos más que en tanto se hallan éstos en comunicación con el aire; de donde es natural concluir que aquéllos resultan de gérmenes contenidos en la atmósfera.

Sin embargo, estas primeras experiencias no eran del todo definitivas. Si Spallanzani impedía la aparición de infusorios de un orden superior, todas sus precauciones eran deficientes tratándose de animales de una extrema pequeñez, y ha sido necesaria la intervención de M. Pasteur para resolver definitivamente la cuestión:

Las experiencias de este ilustre sabio se remontan hasta el año de 1858. Provocado en cierto modo por dos zoologistas que se han distinguido entre los defensores de la heterogenia, MM. Ponchet y Joly, profesores de Ruan y Tolosa respectivamente, M. Pasteur demostró á sus colegas de la Academia de Ciencias de Francia que ningún ser organizado, por ínfimo que sea, se desarrolla en un líquido cuando hay bastante habilidad para sustraerlo á los gérmenes adherentes á los cuerpos inmediatos ó en suspenso en el líquido mismo. Para esto, basta elevar á cien grados la temperatura del líquido, y tapar con un lienzo ó con un amianto el frasco que lo contiene. Estas sustancias, dejando penetrar el aire exterior durante el enfriamiento, retienen las partículas sólidas, y con ellas los gérmenes de seres vivientes. En estas condiciones por poco bien que la experiencia se haga no solamente no se desarrolla en el líquido ningún animalito, sino que, además, el líquido en cuestión no se altera nunca por muy apto que sea para fermentar.

No se puede atribuir este resultado, como se ha pretendido, al cambio operado por el calor en las condiciones del medio, porque la mejor prueba de que el líquido putrefaccionable que haya hervido es apto todavía para fermentar, está en que si se dejan caer en el frasco algunos pedacitos del lienzo ó del amianto que interceptaron las partículas materiales contenidas en el aire, no tardará en manifestarse la fermentación; es decir, que las producciones vegetales ó animales, á las que se debe la alteración de sustancias orgánicas, toman nacimiento y se desarrollan, aun sin que el aire exterior haya podido penetrar libremente en el frasco.

El mismo fenómeno se manifiesta cuando se hace uso de un globo de cristal, cuyo cuello se extiende en diversos sentidos, de modo que produzca numerosas sinuosidades. Si se hace hervir el líquido fer-

mentable que contiene un globo de este género, y se le deja enfriar lentamente sin agitar la vasija, no se observará ningún organismo, porque las sinuosidades del cuello habrán retenido los gèrmenes que el aire contuviera. En cambio, si luego se inclina de modo que se hagan caer en el líquido algunas de las partículas materiales detenidas en el cuello del globo, los seres microscópicos, que son los agentes de la fermentación, no tardarán en producirse y el líquido se alterará. Seguramente, aunque esto no sea más que una prueba negativa en apoyo del *panspermismo* ó de la diseminación en el aire de los gèrmenes de organismos inferiores, se debe reconocer que no es por eso menos concluyente.

Pero M. Pasteur no se ha satisfecho con hacer conocer por sus efectos los gèrmenes contenidos en la atmósfera: también ha demostrado á aquellos dos profesores, con la ayuda de procedimientos ingeniosos y de potentes microscópios innumerables partículas inorgánicas, que aparecían aisladas á los ojos de sus adversarios. Balbiani había ya descubierto el modo de reproducirse los infusorios, los cuales no se reproducen sin el concurso de otros individuos.

No referiremos detalladamente las experiencias y las observaciones de Pasteur mediante las cuales demuestra con claridad la organización de animalillos extraordinariamente pequeños: quien tenga un especial interés en tener de ellos noticias minuciosas, las hallará en las colecciones científicas de la época en que tan interesante cuestión fue debatida (1858 á 1865.) Lo que importa ante todo es la conclusión, y esta fue una extraordinaria victoria del ilustre químico católico sobre los representantes de la heterogeneia. Una comisión nombrada por la Academia de Ciencias para estudiar sus experiencias, no tuvo otro remedio que confirmar "perfecta exactitud", y, ante esta declaración oficial de los éxitos de M. Pasteur,

los heterogenistas hubieron de inclinar la cabeza y declararse vencidos.

Pero aunque los recientes trabajos de M. Pasteur hayan venido á dar más fuerza á su tesis sobre el panspermismo, la doctrina de la generación espontánea encuentra siempre simpatías, más ó menos declaradas, entre ciertos naturalistas contemporáneos. Pero nadie puede ya ser sorprendido. Negar la generación espontánea es afirmar el hecho de la creación original, y ya se sabe que la ciencia moderna, impregnada de materialismo é infortunada con sus pretendidos progresos, siente mucho hacer esta concesión á las ideas tradicionales. La creación, dice dicha ciencia, es un milagro, y, á priori, declara imposible el milagro siendo inútil sacar la conclusión.

Esa ciencia no se apercebe, sin embargo, en medio de su hinchazón, de que lo que afirma descansa sobre un error. Ninguna razón hay para que sea imposible el milagro. ¿Acaso el milagro no es cosa sencilla para Aquél que ha puesto leyes al universo? Pero la necesidad de semejante ciencia es tan grande que niega los milagros, sin tener en cuenta que sólo en ellos descansa su doctrina. Porque milagro y muy milagro sería que la materia se organizara por sí misma y que los seres se formaran sin parentesco alguno, pues semejantes hechos serían manifiestamente contrarios al modo de reproducción observada en todo el mundo orgánico en que ha sido posible estudiarlo, de modo que la ciencia moderna está incurriendo en la contradicción más flagrante, porque pretende sostener su error afirmando para sí un principio que niega á los demás.

Los biólogos más recalcitrantes deben reconocerlo: después de las célebres experiencias de M. Pasteur, la hipótesis de la generación espontánea ha perdido ya todo carácter científico, y debe relegarse al panteón de los errores y de las aberraciones humanas.

La doctrina de que de la materia *orgánica* en descomposición, pueden nacer organismos de un orden inferior, tales como los que determinan la fermentación, no explica el origen de la vida; porque desde el momento que un organismo sólo puede nacer de elementos descompuestos de un organismo anterior, queda siempre por preguntar cómo apareció el primero de todos.

Para resolver esta dificultad, verdaderamente insuperable, se ha dicho que el primer germen viviente había sido traído á la tierra por un aereolito; es decir, por uno de esos pequeños cuerpos celestes que, á fuerza de circular por el espacio, acaban por penetrar en la esfera de atracción de nuestro planeta y por caer en su superficie. Verdad es que un día se creyó reconocer algo de humus en un aereolito, que este humus no podía provenir mas que de la descomposición de sustancias orgánicas y que esta descomposición supone fermentos; es decir, organismos mono celulares; pero este descubrimiento, muy discutible por otra parte, no tiene la importancia que se le atribuye; porque si se creyó encontrar humus en el aereolito en cuestión, no se encontró la menor célula, el menor organismo viviente. Si hubiera organismos en los aereolitos, no dejarían de ser destruidos, ya por el frío del espacio, ya, al contrario, por el intenso calor que produce el paso de estos cuerpos á través de nuestra atmósfera. Se ha notado, en efecto, que los aereolitos, inmediatamente después de su caída, quemaban en la parte exterior y tenían una temperatura glacial en el interior.

Pero, después de todo, aunque se demostrara que la vida fuese traída á la tierra por un cuerpo celeste, no por eso quedaría resuelto el problema de su origen; porque siempre habría motivo para preguntar cómo apareció la vida en aquel cuerpo. Si la generación espontánea no existe en nuestro globo, nada nos autoriza á suponerla en los extraños.

Algunos naturalistas pretenden que la materia mineral habría podido, en ciertas circunstancias, asociar sus elementos de manera que constituyeran una de esas sustancias semi vivientes, á las que sólo falta organización para ser dotadas de una vida real, aduciendo en confirmación de esta hipótesis el *Bathybius*, recientemente descubierto en el fondo de los mares. Pero el triunfo de Heckel y de otros partidarios de este nuevo modo de generación espontánea no ha podido ser de larga duración, porque la naturaleza absolutamente inorgánica del *Bathybius*, simple precipitado de sulfato de calces, no ofrece hoy casi ninguna duda para nadie. Por lo demás, se podría ver en él una materia viviente ó semi viviente sin creer por esto en su formación espontánea, toda vez que pudo ser muy bien que esta misteriosa sustancia fuese una secreción de algún animal.

También se hace observar que la química moderna ha reproducido un sinnúmero de compuestos orgánicos; y se dice que la naturaleza podría hacer espontáneamente lo que los sabios obtienen artificialmente; pero esta es una suposición que carece de apoyo y que los hechos rechazan. Por lo demás, producir sustancias, orgánicas y sobre todo, sustancias orgánicas de segundo orden no es producir la vida. Nuestros químicos lo saben bien: no sólo no tienen la pretensión de producir un sér viviente, sino que reconocen que hasta la reproducción de una sustancia organizada, que hasta la constitución misma de una simple célula escapa á su poder.

Como se ha visto, la generación espontánea, aun reducida á su más simple expresión y refugiada en sus últimas trincheras, es una doctrina que la experiencia y la observación condenan cada vez más. Se comprende que esta doctrina tuviera partidarios en una época en que se ignoraba el modo de reproducirse los animales inferiores; pero en el día de hoy, en que la ciencia ha extendido su dominio hasta los

infinitamente pequeños, y en que se ha demostrado hasta el error de los heterogistas, no habría más que obstinación en suponer que puede tener excepciones una ley universal como es la que preside á la conservación de la especie y á la reproducción de los seres.





## LA MONEDA ACUÑADA

**E**L modo más antiguo de comerciar de que se tiene noticia, es el que se hace cambiando una cosa por otra. En los principios cada uno daba lo que tenía sobrante ó supérfluo para recibir lo que le era necesario ó cómodo. Mas como no siempre sucedía que faltara á uno lo que le sobraba á otro, ó que éste quisiera deshacerse de aquello por cambio, los hombres se vieron pronto obligados á tomar una materia preciosa, de valor conocido é invariable que sirviese para fijar el precio de las cosas, y allanase así las dificultades que presentaba el cambio. Les ocurrió después señalar esta materia con una figura pública que acreditase su valor, asegurase su peso y ley, y la hiciera propia para el comercio. Esta marca no tuvo al principio otro fin que ahorrar el trabajo de pesar el metal y de examinar su bondad y pureza.

Los reyes y los jefes de los estados y repúblicas se reservaron el derecho de fijarla, de determinar el valor y de hacerla correr entre los pueblos. Pero es fácil conocer que estas mudanzas no pudieron hacerse de repente y á un tiempo en los diversos países del mundo; por esto encontramos el origen de la moneda acuñada

en tiempos bastante diversos y sucesivamente entre los Persas, los Griegos, y los Romanos.

En tiempo de la guerra de Troya no se conocía todavía la moneda entre los griegos. Homero y Hesiodo que vivieron después, no dicen una palabra de moneda de oro ni de plata, ambos explican el valor de las cosas diciendo que valían tantos bueyes ó carneros, y calculan las riquezas de un hombre por el número de sus ganados, y las de un país por la abundancia de sus pastos y cantidad de sus metales.

Homero dice que Glanco trocó sus armas por las de Diómedes, armas de oro, por armas de bronce. Las de Glanco valían cien bueyes, y las de Diómedes no pasaban de nueve. El mismo poeta describiendo el modo con que se comerciaba en el campo delante de Troya, dice que se compraban vinos de Lemnos dando unos cobre y otros hierro.

Los antiguos y los modernos están divididos sobre el primer autor de la moneda entre los Griegos. Lucano atribuye este honor á Iton, Rey de Tesalia, hijo de Deucalion.

Goza el alma saboreando estos preciosos versos:

Primus Thesalicae ductor telluris ithonus  
 In formam calidae percussit pondera massae  
 Fudit et argentum flammis aurumque moneta  
 Fregit, et immensis corit fornacibus aera.

Otros quieren que Erictonio sea el primero que comunicó el uso de la moneda á los Atenenses y á los Liceos. Este Erictonio, hijo de Vulcano, dicen haber sido educado por los hijos de Ceerope, rey de Atenas, y por allí puede juzgarse de su antigüedad. Aglosterses citado por Polux da á los habitantes de la isla de Naxos la gloria de haber inventado la moneda; pero la sentencia común es que Iridon, rey de Argos, contemporáneo de Licurgo y de Ifilo, estableció su uso en la is-

la de Egina para facilitar á los habitantes el comercio que la esterilidad de su isla no les permitía hacer de otro modo. Se ven todavía algunas monedas de este príncipe que representan por un lado aquella especie de escudo que los Latinos llaman «Ancile,» y por el otro un pequeño cántaro y un racimo de uvas con esta palabra griega «Fido».

Licurgo con un fin enteramente contrario, acuñó moneda muy pesada de hierro. Deseaba, dice Trogo, que se traficase no con plata, sino cambiando efectos: *Emi singula non pecunia, sed compensatióne mercium, jussit.* En Lacedemonia no se permitía oro ni plata. En la época del rey Polidoro que gobernaba ciento treinta años después que Licurgo, se dió á la viuda de este rey un cierto número de bueyes para que comprara su casa.

Después que Lisandro saqueó á Atenas, los Lacedemonios comenzaron á tener moneda de oro y plata, pero solamente para las necesidades públicas, prohibiendo á los particulares el uso de ella con pena de la vida. Los habitantes de Clazomene no tenían otra que la de hierro, como tampoco los antiguos Bretones.

Los Bizantinos tenían también una especie de piezas de hierro; y Aristófanes dice que juraban por esta moneda. Algunos antiguos han pretendido que los Lidios y Persas usaron de moneda antes que los Griegos. Herodoto asegura que los Dilios fueron los primeros que acuñaron moneda de oro y plata y se sirvieron de ella en el comercio. Xenofanes, citado por Polux dice lo mismo, pero no se nos fija el tiempo en que los Lidios comenzaron á fabricar monedas de metal. Parece que no las tenían aun en tiempo de Creso. Las riquezas y tesoro de este famoso príncipe consistían solamente en oro y plata, en masas ó láminas, como se puede inferir del mismo Herodoto, el cual refiere que habiendo dado licencia á Creso á Alcemeon de tomar de su tesore-

ría cuanto pudiera llevar, Alcemeon se puso vestidos muy anchos y los cargó todos aun sus zapatos de granos de oro. Los antiguos llaman al oro en masa ó en barra, «aurum factum»; y al oro en granos como se sacaba de la minas «aurum infectum», de donde viene esta expresión de Virgilio.

.....Sunt auri pondera facti  
infectique mihi

Antes del tiempo de Darío, hijo de Histapes, no parece que los Persas usaron de moneda. Este príncipe arregló los tributos de oro y plata que le debían pagar sus súbditos.

En tiempo de la primera guerra contra los cartagineses se hizo moneda de cobre de dos clases: la más pesada y gruesa [aes grave] tenía por un lado la cabeza doble de Jano, y por el reverso una proa de embarcación. En los As, de dos onzas se representaban barcos; y en las monedas de plata se veía un carro con dos ó cuatro caballos, lo que le hizo dar el nombre de «Bigati» ó de «Quadrigati.»

No tenemos prueba alguna de que los Egipcios y Fenicios acuñaran moneda antes del imperio de los Griegos en Oriente. No existen monedas ni medallas antiguas de Fenicia ni de Egipto. Los Galos parece que no usaban de moneda antes que los dominasen los Romanos. El oro y plata que se hallaron en Tolosa en el templo y en los lagos sagrados, era un metal bruto é informe, piezas redondas de plata trabajadas á martillo.

Los Escitas y los Sarmatas no conocían el oro ni la plata, y todo su comercio se hacía cambiando lo que necesitaban con otra cosa. Los pueblos de la Albania y de las cercanías del Araxes no tenían monedas, ni pesos ni medidas.

Las palabras de pesar el metal que se usan en algunos lugares de la Escritura Santa, manifiestan la an-

tigua costumbre de entregar la plata por peso, antes que el valor de cada pieza fuese determinado por la marca que se le puso después. Abraham pesó cuatrocientos síclos por el sepulcro de Sara.

Los Judíos antiguos no empleaban en el comercio sino oro y plata. Se ven medallas de esta nación en bronce; pero ó son falsas ó son del tiempo de Simón Machabeo.

Aunque los doctores hebreos no están totalmente de acuerdo entre sí sobre el sentido de la ley que les prohíbe hacer representaciones y figuras, y algunos defienden que es permitido representar figuras enigmáticas y gerárquicas que no existen realmente en la naturaleza; es verdadero sin embargo lo que la mayor parte sostiene con argumentos indestructibles.

Se encuentran en la Santa Escritura diversas clases de moneda; por ejemplo el talento, el síclo, el medio síclo, llamado en hebreo «Becca,» y el obolo en hebreo «gerah: se encuentran también algunas otras más desconocidas; por ejemplo, «kesitah,» «adarconim». Hay tan poca conformidad entre las diversas sentencias de los autores que han escrito sobre el valor y el peso de las monedas hebraicas, que es difícil determinarse con seguridad en esta materia. Los síclos que se conservan del tiempo de Simón Machabeo, no tienen un peso exacto y uniforme según testifican los más instruidos que las han pesado. De esta opinión es Mr. le Polletier de Bonen, cuya profunda erudición y exactitud en estas materias son bien conocidas.

---



#### IV

### SEISMOLOGÍA

---

¿EXISTEN señales por las que pueda conocerse la proximidad de los terremotos y puedan precaverse sus efectos?

Como esta cuestión es siempre oportuna por las consecuencias que tan terribles catástrofes suelen tener y por el pavor que infunden aun en los ánimos más fuertes, creemos conveniente tratar de ella ya que tantas predicciones hay para el presente año.

Pero hablar de los temblores de tierra sin decir algo de los ensayos hechos para precaverse del fenómeno, sería no corresponder á la atención de los lectores. Muchos sabios se han empleado con convicción en esta tarea, y hasta podría citarse alguno que ha consagrado toda su carrera á reunir estadísticas para comprobar la concordancia de los movimientos seísmicos, ya con las diversas posiciones de la luna, ya con las variaciones de la temperatura, ya en fin en las oscilaciones de la columna barométrica. La mayor parte de estas estadísticas carecen de valor, no solamente porque se han confundido en ellas verdaderos temblores de tierra con algunos movimientos locales debidos á la poca firmeza del terreno, sino porque, formadas en una

época en que la observación no existía aún, los catálogos tienen forzosamente que ser incompletos. No sería posible formar una verdadera estadística sino cuando los observadores seismográficos estuvieran instalados en todas partes, y no tenemos inconveniente en afirmar que entonces la luna resultaría tan inocente en la producción de los terremotos, como lo es en los cambios de tiempo en la superficie.

No es absolutamente imposible que en el estado del barómetro tenga influencia la facilidad del desprendimiento de gases. Sin embargo, este factor debe ser de muy escasa importancia, ya se admita la teoría de las montañas, ya se pretenda dar preferencia á la hipótesis del desprendimiento de bloques húmedos.

Pero ¿existen signos precursores en los que se pueda reconocer la proximidad de un movimiento sísmico? Los observadores italianos lo afirman, y á darles crédito, toda manifestación eruptiva se halla precedida de «borrascas microseísmicas», es decir, por una agitación particular que no se traduce al exterior, y que sólo es perceptible disponiendo de instrumentos muy delicados.

En rigor, si se trata de una región homogénea determinada, es muy fácil que sea así: para ser brusco el desprendimiento de gases, no es necesario que sea repentino. Una gran explosión puede ser precedida por algunas tentativas de ebullición mucho menores en importancia, y los aparatos instalados encima del lugar en cuestión, podrían muy bien dar algunas indicaciones. Pero si la explosión debe producirse en otro lugar independiente del primero, no es posible ser advertido. La mejor prueba que de ello encontramos es la catástrofe de la costa liguriana, que sobrevino sin que ninguno de los seismógrafos italianos hubiese tenido el menor indicio preliminar. Si, pues, no se descubre en el por-

venir, por el momento puede decirse que el arte de preveer los temblores de tierra está aun por crearse.

Siendo preciso renunciar á la esperanza de adivinar, por ahora, estas catástrofes, ¿no sería posible siquiera conjurar, ó, por lo menos, atenuar sus desastrosos efectos? Aquí pudiéramos muy bien, si la ocasión fuera á propósito para reír, mencionar el remedio que un ingeniero anónimo dirigía á los pocos días del terremoto de Niza á un periódico de París: ¡Destapar el Vesubio, para restablecer la válvula que permite al gas disipar su fuerza expansiva sin perjuicio de la corteza! Evidentemente esta proposición no puede mirarse más que como una chanza agradable: en revancha, se halla muy difundida la idea que se funda en ver en los volcanes unos verdaderos aparatos de seguridad. Es seguro que si todos los orificios volcánicos llegaran á cerrarse, la actividad interna se vería en la precisión de volverlas á abrir; pero eso no deja de confirmarnos en la idea de que la proximidad de estas pretendidas válvulas de seguridad se halla muy lejos de constituir una garantía de reposo. En las Antillas, México, Centro-América, Ecuador y Chile ¡Dios sabe cuán frecuentes son las erupciones y que poco obstruidos se hallan los orificios de salida! Y, sin embargo, en estos países es en particular donde más frecuentes son los temblores de tierra.

Por otra parte, puesto que se ha hablado de destapar el Vesubio, (el cual, digámoslo de paso, no está tapado del todo), no será demás recurrir á la historia para darnos cuenta del resultado posible de esta operación. Desde la fundación de Roma hasta el año 79 de nuestra Era, la montaña que dominaba la campiña de Nápoles no había dado señal ninguna de actividad. Era indudablemente un volcán nacido en medio de convulsiones, de que habrían sido testigos talvez los prime-

ros habitantes de Italia; pero la tradición no guardaba el menor recuerdo de aquellas catástrofes, y como todavía entonces no se había inventado la geología, nadie se había ocupado en averiguar si el suelo de la montaña era un producto de origen ígneo. Algunas descripciones nos cuentan que en la cumbre del antiguo Vesubio, formada por una especie de meseta un poco deprimida y ocupada por un viñedo virgen, se encontraban piedras que parecía habían sido calcinadas; pero entonces se creía que el fuego del cielo era muy suficiente para explicar esta particularidad, y la montaña, lo mismo que sus alrededores, se mostraba tan completamente tranquila, que Espartaco con sus esclavos no hubieran vacilado en plantar su campo en ella. De repente el año 79, el Vesubio lanzó al aire sus fuegos, no dejando en pie más que esa muralla semicircular llamada la Soma y en el centro de la inmensa abertura las proyecciones elevaron un nuevo cono, más pequeño, que es el Vesubio actual, cuyo nacimiento costó la vida Plinio y causó la destrucción de Herculano y de Pompeya. Y después de esta operación causada toda á expensas de la Naturaleza, la comarca napolitana conocí los terremotos, de los que hasta entonces había estado exenta. Por esto podemos juzgar de la eficacia de un volcán como aparato de protección contra los temblores de tierra.

Los habitantes de las comarcas que sufren con frecuencia temblores de tierra ponen en práctica diversos medios para librarse del azote. Construyen las casas de madera, y en lugar de apoyarlas en cimientos en el suelo, se les da por base una especie de tablado puesto sencillamente encima del suelo y formado de vigas reunidas. Además, habiendo demostrado la experiencia que la propagación de las sacudidas se verifica á merced de la continuidad del terreno, tienen cuidado de interrumpir

pir esta continuidad, haciendo en la proximidad de las fundaciones cavidades artificiales en las que la vibración se extinga sin dar lugar á choques.

Larga es la historia de los desastres causados por los temblores de la tierra ¡cuántas ruinas amontonadas, cuántas riquezas destruídas, cuántos millares de vidas sacrificadas! Y, sin embargo, ¿podrá creerse? los movimientos sísmicos han hecho un servicio á la ciencia: han permitido conocer, sin ocasionar los gastos y trabajos de sondaje, la profundidad de diversas partes del Pacífico, y véase de qué manera.

Cuando un temblor de tierra da principio al pie de la cadena de los Andes, se propaga primero hasta la costa y después se interna en el Océano Pacífico, donde la sacudida hace nacer una «ola de traslación»; y esta ola no es solamente un pliegue superficial, sino que es un verdadero movimiento vibratorio, que agita á su paso todo el conjunto de la masa oceánica á través de la cual se trasmite regularmente con una celeridad menor que en un terreno sólido. Pero el cálculo indica que en una masa de agua, la trasmisión de la onda se halla unida necesariamente á la profundidad de la masa conmovida: si la profundidad varía, la celeridad variará también forzosamente.

Imaginemos, pues, dicha onda partiendo de la costa del Perú para llegar á la Australia después de haber tocado sucesivamente en las islas de la Polinesia. Si se tiene cuidado durante su curso de notar exactamente la hora de llegada de la ola á cada isla, comparando las diferencias con los espacios recorridos, se conocerán las variaciones de celeridad, y, por consiguiente, las de profundidad. Aplicado en 1868 al terremoto de Arica este método, dio resultados completamente de acuerdo con los sondajes practicados recientemente.

No vaya á creerse que pretendemos que este resultado satisfactorio es suficiente para compensar las ruinas que han causado los movimientos seísmicos; sino que hemos querido dejar consignado que no hay catástrofe de que la ciencia no pueda sacar algún provecho muchas veces inesperado. Sin embargo, los temblores de tierra no dejan de ser la amenaza uás terrible que pesa sobre la humanidad, y su papel más importante parece ser demostrarnos mejor que ningún otro acontecimiento, la fragilidad de las cosas humanas, desconcertando las precauciones mejor tomadas en apariencia. No sabemos si en esos momentos de espanto en que los animales tiemblan, en que toda la Naturaleza se extremece, en que las obras más sólidas del hombre se hundan con estrépito, podrán encontrarse corazones bastante fuertes, y sobre todo inaccesibles á la sorpresa, que puedan repetir las palabras famosas «impavidum ferient ruinae», pero creemos que los que han pasado por estas terribles agonías harán tenido otro pensamiento, que es el que naturalmente debe habérseles ocurrido: el que expresa el «Quantus tremor est futurus» de la terrible prosa de los muertos.

---



V

LA IMAGINACION.

---

LA antigua *Sicología* no veía en la imaginación sino una simple capacidad para conservar y reproducir las percepciones del sentido de la vista en ausencia de los objetos. Platón no nos dejó ninguna teoría de esta facultad: tal vez en ella no miraba otra cosa que la memoria imaginativa. Aristóteles consagra en su tratado "del Alma", todo un capítulo al análisis de esa facultad. Hácela entrar en el alma sensitiva, y la coloca en el orden de las facultades, entre los sentidos y la opinión; pues que se distingue de los primeros en que no necesita de la presencia real de los objetos, y de la segunda, en que no complica en grado alguno la creencia. La *Sicología* estoica modifica muy esencialmente la teoría de Aristóteles, pues que considera el alma como una fuerza, y la vida como una acción: atribuye á su actividad todas las facultades del alma, inclusa la sensación, y reputa en consecuencia, la *imaginación* como un poder activo, reducido, por otra parte, á la única tarea de conservar las impresiones sensibles. Los Alejandrinos adelantaron más la teoría de los Estoicos: Plotino reconoce una *imaginación* superior, cuyo destino

es representar en imágenes todas las ideas. Verdadero espejo de que se sirve la razón para reflejar sobre la naturaleza sensible las iluminaciones de la inteligencia pura, esta *imaginación* es para ellos una facultad intelectual que sobrevive á la separación del alma y del cuerpo. Libre y exenta de todo vínculo sensible, sigue á el alma en su vuelo hacia las regiones celestes, y es una de las facultades que se hacen sentir en la bienaventuranza. Esta teoría de la *imaginación* es profunda y original, porque ningún filósofo anterior la había presentado, ni podía tampoco traducir como Plotino en imágenes centellantes las abstracciones más sutiles de la dialéctica.

La *Sicología* moderna volvió á la imaginación sensible. Para Descartes no es la *imaginación* sino un intermedio que convierte la sensación en recuerdo. Malebranche, considerándola también como una facultad sensible, emplea para explicar su origen, la hipótesis fisiológica de un sistema de pequeños filamentos nerviosos que parten de los órganos exteriores de la sensibilidad, y van á terminar al cerebro. La conmoción de este sistema puede provenir de una doble causa, esto es, ó de la impresión de los objetos sensibles sobre la parte de los nervios que termina en los órganos, ó de la influencia de los *espíritus animales* sobre la parte de los nervios que termina en el cerebro: en el primer caso hay una simple percepción, en el segundo no hay más que imaginación. Si la acción de los espíritus animales es fatal, la imaginación será pasiva; si es, empero, provocada por la voluntad, será activa. La escuela de Condillac suprime la distinción de pasivo y activo en el sistema de las facultades, y reduce la *imaginación* á la simple capacidad de conservar las impresiones sensibles. Laromiguiere restituye la actividad á la *imaginación*, convirtiéndola en una reflexión que combina las imágenes. Maine de Byran, llamando á la doctrina esotérica de las facultades activas la *Sicología*, distingue

dos imaginaciones, una enteramente pasiva, que nos es común con los animales, y se ejerce principalmente en el delirio, en el sueño, en el sonambulismo; y otra activa y voluntaria, que es propia del hombre, y no se desenvuelve sino en los estados en que el alma tiene perfecta conciencia y plena posesión de sí misma. Por lo demás, ambas se limitan á reproducir imágenes. Kant parece haber considerado la *imaginación* como la facultad de *schematizar*, es decir, de representar bajo las formas generales los objetos de nuestras sensaciones: por ejemplo, las concepciones abstractas de *ensina* y árbol, de león y animal son *schemas* propiamente dichos, y deben referirse á la imaginación.

De las diferentes opiniones y teorías filosóficas sobre la imaginación, ninguna de ellas ha tenido, á excepción de la de Plotino, una boga general. Que el ejercicio de esta facultad sea fatal ó voluntaria, que termine en una reproducción concreta y pasiva, ó en una representación abstracta y general de los objetos sensibles, nada anuncia en las definiciones precedentes, excepto la de Plotino, la imaginación que inventa, cria, idealiza, la verdadera imaginación. La memoria imaginativa, lejos de ser toda la imaginación, no podría considerarse ni como su primer grado sino apenas como una condición esencial de ella. En efecto, esta bella facultad no está reducida exclusivamente á sacarnos de la inmensa realidad que nos circunda, para trasportarnos á la realidad todavía más inmensa que ella forma con sus creaciones á ese mundo de prestigios y de encantos donde hallan sus tipos magníficos las bellas artes y de donde emanan las impresiones sublimes que ocupan el alma del poeta; sino antes bien, dilatando casi hasta lo infinito la esfera de su acción, nos hace componer seres que no hay en la naturaleza, modificar los que existen, y presentarlos de ordinario con los atractivos de la novedad. La *imaginación* en su más alto grado

constituye el *Genio*, este rey de la inteligencia humana, que todo lo rinde á su poder, que rige los sentimientos subyugando la imaginación, y á quien reconocen por soberano las maravillas de las artes y las obras maestras de la elocuencia y de la poesía. Su esencia consiste, en combinar las impresiones de lo pasado de tal modo, que formen un compuesto un todo cuyo tipo buscaríamos es vano en el mundo real: los recuerdos son los materiales de que usa; el acto de reunirlos es propio suyo: de ella nace el soplo de la vida que los anima, y por eso se califica de facultad creadora. Claro es que en la creación ha de entenderse restringida, como todo lo que pertenece á un sér infinito, cual es el hombre. Los recuerdos proceden de ideas que tuvieron origen en las impresiones que las cualidades de los cuerpos ocasionan en los sentidos: estas cualidades no dependen de nosotros, ni por consiguiente las especies que de ellas se conservan en la memoria. Así aun en el ejercicio de la facultad más brillante y en que se manifiesta más la excelencia del alma humana, se descubre la imposibilidad de que ésta se libre absolutamente de la ley que la sujeta á lo exterior. En este sentido puede decirse que los *recuerdos* son el vínculo que une las creaciones de la imaginación con las realidades.

Con esto hay lo suficiente para comprender cuán vasto es el campo que se ofrece á su energía y cuán variadas han de ser sus creaciones: mas para que éstas se verifiquen, no basta que haya materiales; es preciso también un artífice que los disponga y les dé la forma conveniente. Hasta ahora sólo hemos considerado la parte mecánica de la imaginación; pasemos á la parte espiritual. Examinando el análisis de las facultades intelectuales propuesto por Condillac, observamos que al describir la imaginación había prescindido, lo mismo que al tratar del juicio y de la reflexión, del sujeto á quien estas cualidades pertenecen. Enumeró los elementos necesarios para que sus

actos lleguen á efectuarse; mas no tuvo presente que sin el *yo*, las combinaciones que se atribuyen á esa facultad fueran tan inconcebibles, como lo sería la formación de la luz sin el *fiat* del Eterno.

Pero hay que tener en cuenta, que á más del *yo* y de los recuerdos producidos por las sensaciones, se encuentra en las obras de la imaginación otro elemento que no puede referirse ni á éstas ni aquel. Fácil es comprender que, habiendo tanta analogía entre las propiedades de los seres animados, el ingenio ha de descubrir entre unas y otras mil relaciones diversas: las composiciones de los poetas así lo demuestran. Homero comparaba á Aquiles con el león enfurecido, y Milton á los ángeles arrojados del cielo, con las hojas que caen de los árboles en el Otoño. También se concibe cómo, reuniendo varias cualidades esparcidas entre objetos diversos, se forman esos tipos cuyo original no se halla en el mundo real. Tales son la muerte y el pecado descritos por el mismo Milton en su célebre poema; y por punto general, los personajes alegóricos de que tanto uso suelen hacerse en las obras de los poetas.

Siendo la *imaginación* una de las facultades que se modifican más en su gradual desenvolvimiento, nada sería tan interesante como seguir su historia, caracterizando al par sus épocas sucesivas así en el individuo como en la humanidad; pero ciñéndonos á lo que permite un artículo, sólo haremos una brevísima reseña. Arriba el hombre á la existencia por la sensación: sus primeros pensamientos son impresiones; sus primeros deseos son apetitos: su *imaginación* entonces no viene á ser en sustancia sino la memoria imaginativa, este espejo del mundo sensible, que no refleja todavía ni el menor rayo de esa luz que se llama idea. Después, cuando la inteligencia propiamente dicha despierta ya, y mezcla sus primeras concepciones con las impresiones sensibles, la *imaginación* comienza á entrever lo ideal confusamente, al través

de las imágenes de la realidad: he aquí su primer momento. Entonces confunde lo ideal y lo real, lo invisible y lo visible, lo infinito y lo finito en un todo concreto, y no teniendo aún el sentimiento claro y distinto de lo ideal, ni el tipo cabal de lo bello, adopta sin elección las formas que se le presentan, y las reproduce en sus obras sin haberlas depurado.... Tal es, por ejemplo, la imaginación de los primeros pueblos del Oriente: llega de ordinario á lo sublime; pero se coloca raras veces en lo bello.

Cuando el caos de las facultades primitivamente confundidas ya iluminado, muestra distintamente cada una de ellas, dejándolas ver dentro de sus respectivas órbitas, la *imaginación* rasga poco á poco el velo que la cubre, y lo va separando al mismo tiempo de las impresiones sensibles que la ofuscaban y de la inteligencia á quien corrompían. Adquiere la conciencia de sí misma, y se reconoce en su carácter propio, esto es, en el de una facultad puramente estética: comprende entonces que su objeto directo no es la verdad sino la belleza, esto es la verdad en segundo término, y que sus representaciones van encaminadas á la admiración y al gusto, menos que á la convicción y á la creencia: abandona el dominio de la religión y la filosofía que había invadido, y viene á reconcentrarse definitivamente en la poesía y en las artes. Mas no concluyamos de aquí un divorcio entre estos dos objetos y la filosofía, por que sería muy repugnante á la naturaleza de las cosas; sino una concentración metódica relativa á su acción puramente directa, quedando en su término respectivo en orden á las demás facultades y á los demás objetos de nuestro pensamiento. La alta moralidad de las obras de la *imaginación* tiene por principio la eterna y profunda afinidad entre lo bello y lo verdadero.

---



## VI

### MÉTODOS

**A**PENAS hay uno medianamente versado en la historia de las letras, que no reconozca el método como la piedra de toque en el progreso de la filosofía y de la literatura. Aristóteles es el primero entre los autores que han trabajado tratados completos de lógica; y su famoso libro que lleva por título *Organum*, es al mismo tiempo el resumen de todos los elementos de la ciencia y su exposición razonada. Este libro, explotado por mil ingenios en las diferentes edades de la filosofía, también ha sufrido muchas vicisitudes en la crítica. Exaltado unas veces hasta los cielos, relegado en otras hasta la baja esfera de lo más despreciable, se presenta siempre con caracteres misteriosas, puesto que, por solo el hilo de las tradiciones de las escuelas, no podemos llegar á formar un concepto definitivo sobre la lógica de Aristóteles.

Por lo que á nosotros toca, tenemos la persuasión de que la mayor parte de las diatribas lanzadas contra esta obra clásica y su eminente autor se deben á sus comentadores y entusiastas, más que á las ideas del filósofo que la produjo. Era muy difícil, por cierto, que los escritos y el nombre de un filósofo que llegó á figurar como una autoridad concluyente

y definitiva en las escuelas durante muchos siglos, dejaran de afectarse de las revoluciones filosóficas por donde éstas han pasado, y no sufrieran las consecuencias de la oscuridad de los tiempos, de la confusión de los comentarios de la insoportable pedantería de muchos adeptos y de la inercia y superficialidad del vulgo literario. Sin embargo, cuando se trata de resolver con buena crítica las cuestiones históricas y descubrir los primeros pasos de la ciencia ya formada, es necesario retroceder hasta Aristóteles para descubrir en su libro mencionado los primeros procedimientos de un arte que al cabo de tantos siglos ha pasado por mil vicisitudes.

Debemos al célebre filósofo la primera idea generadora y altamente filosófica de los métodos. Veámosla expuesta por él mismo. "Nosotros llegamos, dice, por caminos diferentes al conocimiento de las cosas, por la experiencia y la deducción; mas es de advertirse que aquella es frecuentemente engañosa, mientras que la deducción, aún cuando algunas veces pudiera parecerse inútil, cuenta por lo menos con la ventaja de no exponer al menor peligro ni aun al espíritu menos inteligente." *Regula ad direct, ingen. § 6.*

Ahora bien, todo procedimiento experimental es rigurosamente inductivo, y todo conocimiento deductivo es rigurosamente científico. La ciencia no es innata, la ciencia es la expresión filosófica de los trabajos de la inteligencia en sus relaciones con las ideas que va recibiendo. La ciencia presupone principios fijos y deslindados, consecuencias ya formuladas por ella misma; más la experiencia no presupone mas que al hombre en sus relaciones con los objetos que le afectan. Esto quiere decir, que la experiencia es la materia prima é indispensable de toda ciencia, y que la ciencia es la experiencia depurada por el criterio, ordenada por la filosofía y fecundada por la lógica.

No siendo ni aun concebible la ciencia sin la experiencia misma, no será nada tampoco, si la experiencia carece de un criterio infalible. Mas no falta este recurso: la experiencia tiene un criterio, como la ciencia misma un punto de partida, reglas de progreso y bases de aplicación. Entonces la razón, acrisolando sus conocimientos experimentales, puede tener acerca de ellos una certidumbre tan plena, como la inteligencia recorriendo las consecuencias que se generan rectamente de un principio. Estas dos clases de conocimientos, debidos á los dos únicos caminos por donde podemos llegar á adquirirlos presuponen garantías de certidumbre en su adquisición; estas garantías presuponen reglas bien sistemadas; cada sistema de reglas para adquirir la verdad constituye un método. Luego, no habiendo más caminos de adquisición de conocimientos que la experiencia y la deducción, no hay más que dos métodos originales, diversos y perfectos, el experimental y el científico: cada método tiene un nombre propio: el primero, se llama *método inductivo* ó simplemente *inducción*; el segundo, *método deductivo* ó *exacta deducción*.

La *inducción*, elevada hasta la clase de un método, tuvo una idea vaga en la mente del filósofo griego; pero fué necesario que pasasen muchos siglos, para que viniese á figurar como un hecho en la historia del espíritu humano. Aquel, reconociendo la parte que tiene la experiencia en los conocimientos del hombre, no creyó que ella fuese reducible hasta los términos exactísimos de una ciencia ó arte, y plégándose á la simple deducción, dejó sin garantías, por explicarnos de esta suerte, toda la parte fenomenal de los tres mundos, es decir, todos los hechos que fijan la observación, provocan el examen, é inician y dilatan entre los hombres los reinados magníficos de las ciencias y de las artes. Reservado estaba, sin duda, para el célebre Francisco Bacon, Barón

de Verulamio, gran Canciller de Inglaterra, poner una mano fuerte sobre la antigua corriente de las ideas, para levantar las esclusas que de muchos siglos atrás parecían detener el curso del pensamiento por los caminos francos de la investigación. Débese pues á Bacon, la primera forma del método inductivo, como se debió á Aristóteles la primera forma del método deductivo.

En vista de esto, no tememos presentar á estos dos filósofos como las dos antorchas de la ciencia en la historia de los métodos; mas por una ley, ó si se quiere, por un destino al parecer inevitable del espíritu humano, todo sale como en bosquejo del talento filosófico, y por mucho que se haya hecho, queda todavía más por hacer para fijar el carácter y conducir á su perfección las ciencias y las artes. Si el discípulo de Platón hubiese llevado sus investigaciones y aplicado sus trabajos hasta el método inductivo; si el filósofo inglés, menos severo, hubiese reconocido el alto influjo que podía tener en la ciencia el método de Aristóteles, no sabemos hasta qué punto habría progresado aquella. Pero no fué así, tal vez porque era preciso dejar el teatro abierto á la brillante aparición de otros genios, y porque la gran reforma filosófica debía presentar asociados en los tiempos modernos los nombres para siempre célebres de Bacon, Descartes, Newton y Leibnitz. Sea de esto lo que fuere, desde la aparición de estos hombres, la ciencia de los métodos no ha podido prescindir de sus nombres, y á pesar de sus errores mismos, es necesario recurrir á ellos para resolver una gran parte de las dificultades históricas y filosóficas que aquella presenta frecuentemente á la crítica.

Descartes cifró en la duda la primera base de la investigación; pero esta duda no tardó mucho en perder sus condiciones metódicas, para figurar como un derecho radical y crear más tarde una especie de escepticismo. Bacon fijó el método inductivo, pero

excluyendo con tenacidad el aristotélico y arraigándose en el orden puramente sensible, zanjó los cimientos de la filosofía sensualista, que tantos impulsos recibió más tarde de Locke, Condillac y Bonet, hasta facilitar á Cavanis y Tracy cuanto era necesario para suplantar con el materialismo todos los atributos nobles y espirituales de la ciencia.





## VII

### LA FILOSOFIA ESCOLASTICA

---

**N**O intentamos trazar un bosquejo histórico de la filosofía escolástica desde su origen hasta nuestros días. Basta á nuestro propósito recordar que sobre la autoridad de Aristóteles ella rigió por mucho tiempo los estudios, fue por algunos siglos la forma de la disputa y de la demostración entre los teólogos, invadió los dominios de la política, y ocupa algunas líneas en los códigos de la legislación civil. Ella llegó, principalmente en los tiempos de Santo Tomás de Aquino, hasta el apogeo de su poder y de su gloria, sobrepujando sin duda en influjo y esplendor á lo que había sido en los más hermosos días de la filosofía antigua. «Ciega, empero, dice Franck, con tantos triunfos y honores, no se contentó con marchar paralela; sino que quiso suplantarse á la filosofía que la había adoptado, ó cuando menos pasarse sin ella. Sin pretender salir de la forma exterior del pensamiento, sin retirar los límites en que Aristóteles había encerrado la lógica, concedieron los escolásticos á esta ciencia un maravilloso poder; imaginaron que, mediante la combinación de ciertos términos y el empleo de un corto número de figuras, llegarían no solamente á expresar la verdad, sino también á descubrirla, á obligarla á responder á todas las cuestiones posibles, á evocarla, en suma, por todos esos medios artificiales que con harta razón pudieran

compararse á aquellas palabras vacías de sentido, á aquellos diseños mágicos con que se creía en otro tiempo tener el poder de evocar los espíritus.»

No hay pues para qué negar que la lógica escolástica ocupa muchas páginas en la historia de los abusos y de los extravíos del espíritu humano; que los tuvo en todos géneros; que invadió el estudio de las ciencias naturales, creando, para servirnos de las frases de un historiador moderno, otro mundo, otros cielos, otra naturaleza; que traspasó sus límites, aspirando á los honores de la invención y á la omnipotencia de la disputa; que desnaturalizó las formas antiguas y lógicas, cediendo sus dominios á una invasión de términos, figuras y combinaciones bárbaras; que esterilizó los talentos, forzándolos al prolijo y penoso estudio de artificiosas bagatelas y sutilezas innumerables; que trajo por último á la más humillante degeneración, las cuestiones más graves de las ciencias, haciéndolas espirar sin nombre y sin gloria entre las distinciones, los términos equívocos y las disputas de palabras. Mas no se concluya de aquí la necesidad de proscribir en lo absoluto la lógica de Aristóteles, depurada de todos sus abusos, ilustrada con útiles é importantes observaciones, y sometida, por último, al imprescriptible criterio de los principios.

En efecto, las formas escolásticas tienen cierto círculo de aplicación dentro del cual pueden producir y de hecho producen los mejores resultados. Lo que importa es determinar su objeto y sus condiciones peculiares, para colegir de aquí la importancia que pueden tener todas las necias declamaciones de un siglo preocupado y ligero, contra los derechos de este método, bajo el que se han formado los filósofos más insignes y los hombres más eminentes de cuantos figuran en la historia de las ciencias y de las letras.

La filosofía escolástica, tal como figuró en sus más bellos días, tal como se cubrió de gloria, desprendida de todos los abusos, á salvo de todas las exageraciones, depurada de todo ese tecnicismo bárbaro que ella mismo sacudió como un traje postizo, desde que fue ya libre para volver sobre sus antiguos principios, es otra cosa muy diversa de lo que aparece bajo el pincel de sus detractores. No entra nunca en la célebre cuestión de si deben separarse los métodos de invención y exposición de la verdad: suponiendo la verdad descubierta, reduce sus procedimientos metódicos á perfeccionar los medios de enseñarla y difundirla, pues para ella la palabra INVENCION, que no entra en su sistema ni en su cálculo, sólo tiene un significado histórico.

En las escuelas hay descubrimiento de la verdad, pero un descubrimiento activo, profesional, Á PRIORI; y no un descubrimiento pasivo, como sucede en los caminos individuales de la inducción. En las escuelas el maestro descubre la verdad, que ya posee, para que la vea el discípulo, que no la conoce; y el discípulo á su turno, no encuentra sino que recibe la verdad de los labios de su maestro. La verdad escolástica lleva por tema el abandonar á los genios extraordinarios los intrincados caminos y desconocidos rumbos de la investigación Á PRIORI; espera siempre y aprovecha todas las colectaciones que el estudio puede hacer en la carrera de los descubrimientos, para ocuparse tan solo en el arte bien importante de transmitir, mediante una enseñanza regularizada, todas las ideas adquiridas, todas las invenciones felices, todas las verdades atesoradas ya en el común depósito de los conocimientos humanos.

Para los escolásticos dignos de su alta profesión los destinos intelectuales del género humano están co-

metidos á la tradición de las ideas, al buen sistema de la enseñanza, á la demostración deductiva, bajo sus varias formas, y no á lo que propiamente se llama INVENCIÓN. Las adquisiciones felices de esos talentos agigantados, de esos genios de la ciencia que se lanzan con su propia luz en las profundidades inaccesibles y tenebrosas de lo desconocido, para sorprender al mundo con la revelación de sus varios descubrimientos, estas adquisiciones, repetimos, cuando aparecen, atraen hacia su primer dueño todos los homenajes de la admiración y el reconocimiento; pero sin detenerse mucho en esta estación de celebridad, pasan luego á los libros y á las escuelas á colocarse bajo la acción del magisterio escolástico y aumentar las riquezas que pueden atesorarse con el estudio. Ellas empero, en clase de simples invenciones, no entran por decontado ni en el cálculo ni en los recursos del hombre que aspira con el estudio al título de sabio. Las escuelas son, pues, establecimientos de enseñanza, y no teatros de invención: luego el primer carácter del método escolástico consiste en que la invención está sustituida con el aprendizaje, y sus procedimientos reducidos exclusivamente á la exposición de la doctrina, demostración de la verdad y reglas de la disputa.

El teatro de este método está pues representado en una escuela; y una escuela contiene dos partes que constituyen el todo, el magisterio y el aprendizaje: maestros que enseñan, discípulos que estudian. Como éstos no saben nada, y aquellos lo saben todo en su línea, el referido método presupone igualmente la autoridad del magisterio y los derechos de la demostración.

La autoridad del magisterio funda, durante el tiempo necesario, el título de maestro para ser creído bajo su palabra; los derechos de la demostración ligan la inteligencia al conocimiento de la verdad. Resulta de a-

quí que en el método escolástico hay dos órdenes de conocimientos; tradicionales unos, y demostrativos otros. Este método que ha sufrido tantos ataques por lo que tiene de tradicional, y ha precipitado en tantos delirios á muchos de sus detractores, es, sin embargo, el único que puede llamarse hijo de la naturaleza; porque es el único posible para atender á todas las necesidades de la enseñanza y de la educación. El hombre, y con más razón el niño, ha menester de un fondo histórico y tradicional; porque de otra suerte no abandonaría nunca la tartamudez de la infancia. Sígase la carrera del hombre intelectual, desde que brillen los primeros destellos de su razón, hasta que sorprenda al mundo con la fecundidad de su genio y con el poder de su lógica: ¿cuál es el término proporcional que van guardando entre sí sus conocimientos tradicionales y sus conocimientos demostrativos? Quanto aprende durante su niñez, bajo el magisterio de los mismos autores de sus días, es acaso todo tradicional. En las escuelas de primeras letras, recorre el alfabeto, combina las letras, lee; traza las líneas, forma los caracteres, escribe; junta los números, comprende su valor, cuenta; y todo lo hace bajo la fe de su maestro y de una manera histórica y tradicional. Esto mismo va sucediendo en toda su carrera, porque el hombre siempre es niño junto á la inmensidad de la ciencia. El poder de la demostración es un poder parcial; el poder de la tradición es un poder total. Los conocimientos tradicionales son la basta materia que ejercita las fuerzas del talento: sin ellos el desarrollo de aquel será precario, pues le sería preciso ser tan viejo como el mundo, y reunir las luces de todas las generaciones que han dado su contingente á las ciencias, para que llegase á dominarlo todo sin los recursos de la tradición. Colígete de aquí, que el carácter tradicional del método escolástico, lejos de ser un borrón que pudiera

empañar su lustre, debe reconocerse como uno de los más nobles atributos del arte de pensar.

Lo que se admite sobre la palabra de otro, es del resorte de la memoria; lo que se admite sobre su raciocinio, lo es de la inteligencia. El método escolástico desarrolla pues, como cualquiera otro, ambas facultades; pero asociándolas, esto es, fecundando la inteligencia é ilustrando la memoria. En efecto, en las escuelas la memoria no sólo recoge los hechos, sino que posee doctrinas y verdades; pues el discípulo, rindiendo á la autoridad de su maestro el debido tributo, atesora con sus lecciones un cuerpo de doctrina, verdades adquiridas y concatenadas, una teórica comprobada en la experiencia y de fáciles aplicaciones; mientras el simple investigador, sin escuela, conserva en su memoria las ideas como un metal en bruto, cuyo valor ignorado no vendrá á aparecer, sino cuando el raciocinio le haya descubierto y la crítica le haya comprobado.

Siendo el método escolástico de rigurosa exposición, presupone la ciencia hecha en todas sus partes, y el oficio del magisterio se reduce á mostrarla tal como aparece después de formada. La acción del magisterio escolástico es, poco más ó menos, la de uno que muestra un edificio ya hecho. Comienza presentando la idea total, la forma confusa, por decirlo así, de todo él; continúa describiendo cada una de sus partes y refiriéndola siempre al todo; pero ni se acuerda de la confección de la mezcla, de la manera con que se labraron las piedras, de los andamios, escaleras, palancas, máquinas y aparatos empleados para su construcción, ni de lo que habrá de ser aquel edificio después de algunos siglos. Así el maestro en las escuelas, órgano fiel de las antiguas tradiciones, relega á la erudición los remotos orígenes de la ciencia, y á las generaciones que vienen el cuidado de fecundarla, limitándose á enseñar

á sus discípulos la ciencia misma tal como la ha encontrado él á su paso por la vida. Ya se comprenderá, en vista de esto, por que las vías singulares, las puramente inductivas, son desatendidas y frecuentadas entre los escolásticos; y por que también el sistema de sus procedimientos se desarrolla en sentido inverso del análisis, descendiendo de lo más universal, donde está representada la ciencia ya formada, á lo más particular, donde está figurado lo cuestionable. Los escolásticos atienden, reflexionan, comparan, juzgan; pero cambian para esto la localidad de las ideas, andando siempre otro camino del de los genios puramente analíticos.

El procedimiento indicado, viene á compendiarse todo en el silogismo, pues aun las otras formas argumentativas de la escuela no son en sustancia sino las variaciones que admite la forma silogística. Esta forma, elevada por Aristóteles al rango de un método por su hábil artificio, y á la condición de una ciencia por la demostración filosófica de sus reglas, no es mas que el desenvolvimiento práctico de este principio especulativo: "las cosas que son iguales á una tercera son iguales entre sí." Luego el método silogístico no viene á ser sustancialmente sino la aplicación de la identidad percibida entre dos extremos comparados con un medio, al progreso de la demostración.

De cuanto acaba de indicarse se colige rectamente que el objeto directo del método escolástico es la demostración, la cual comprende en su segundo término el único sistema de invención de que son capaces las escuelas, esto es, el «sistema docente,» en que la invención se confunde con el aprendizaje, y no es una invención propiamente dicha.

Ya se verá, por cuanto llevamos dicho, lo que debe juzgarse de esa viva y tenaz oposición que por más

de un siglo se ha hecho al método de las escuelas, combatiéndole con todo género de armas, aun aquellas que reprueban justamente la civilidad y la decencia. El método escolástico, reducido á los límites de su objeto y apareciendo bajo sus formas naturales, lejos de merecer tantas diatribas, debe reputarse como la expresión de lo más exacto, de lo más oportuno y adecuado que se ha podido imaginar para la difusión de los conocimientos. Estos, lo mismo que los hombres, tienen dos condiciones diversas en la vida, la condición individual y la condición social. Ambas condiciones se gobiernan por leyes muy diversas, porque de un modo se forma el individuo y de otra suerte se forma la sociedad. En cuanto al primero, sin decidirnos por el purismo del análisis y el exclusivismo de la inducción, bien convendremos en que no es el método escolástico el más adecuado medio que se deba preferir para instruirse; pero tratándose de la difusión de conocimientos de una manera social, nos basta saber lo que significan las palabras, y tener sentido común, para reconocer la evidencia de estas dos verdades: primera; la difusión de los conocimientos en un sentido social, sólo puede verificarse por medio de escuelas ó establecimientos públicos de enseñanza: segunda, el método de las escuelas no puede ser el análisis ó la rigurosa inducción, sino la síntesis ó la demostración deductiva, esto es el método escolástico.

En efecto, una reunión más ó menos numerosa de alumnos ofrece al profesor, por explicarnos de esta suerte, tres grandes necesidades á qué atender, la de la clase ínfima, la de la clase media y la de la clase superior. No pudiendo ser atendidos en igual grado estos intereses, como á primera vista se percibe sólo pueden serlo en un término proporcional. ¿Cuál será éste? Adecuar la explicación á la clase media que toca

á la ínfima y á la suprema. Este término medio en el objeto, debe aparecer en la forma, y está representado en la síntesis. Un profesor, colocado entre el texto y sus alumnos, allana por sí todas las dificultades, empleando á propósito todos los procedimientos ó medios complementarios que exigen las diferencias de los talentos y las oscuridades de los libros.

De esta suerte, todos los ejercicios prácticos tienden á ilustrar los conocimientos más importantes y la memoria, ocupada sólo en lo preciso, esto es, sirviendo sin embarazar, retiene los principios y las verdades de primer orden, bajo sus fórmulas sintéticas á disposición del talento, que ya lo ha comprendido todo en aquellos ejercicios, á fin de que llegado el caso desarrolle, explique y demuestre, como quien domina la materia, y no como quien recita un capítulo que ha aprendido de memoria.



## VIII

### LA MEDICINA DE LOS ANTIGUOS HEBREOS

---

**A**NTES de la caída del primer hombre, Dios le había preparado en el árbol de la vida un preservativo contra la muerte; el fruto de este árbol debía conservarle en una juventud y vigor p rpetuo, si hubiera permanecido fiel   las órdenes del Criador, que al mismo tiempo le prohibía comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, pero habiéndole comido por una criminal desobediencia, fué despedido del paraíso terrestre en que estaba el árbol de la vida, quedando privado de este fruto vivificador, y sujeto él y toda su posteridad   las enfermedades y   la muerte.

Los hebreos atribuyen   Adán la invención de la Medicina. Habiendo el Señor conservado sus miras de misericordia sobre el primer hombre, aun después de su pecado, no quiso hacerle morir inmediatamente; sino que le conserv  la vida, dándole tiempo para que expiara su crimen con la penitencia. Le dejó una parte de los conocimientos especulativos de que había llenado su espíritu, y Adán se sirvió de ellos útilmente para domar los animales y cultivar la tierra; para prevenir las enfermedades y curarlas. La larga duración de sus días le facilitó los medios de aumentar sus co-

nocimientos con el uso y con la experiencia, cosas que sobre todo son esenciales en la teórica y en el ejercicio de la Medicina.

No se duda de que Adán comunicase sus secretos á sus descendientes; pero la Historia no nos conserva ninguna noticia de ellos. Moisés, aunque nos enseña que desde antes del Diluvio se había inventado el arte de apacentar los rebaños, de tocar los instrumentos de música, de fundir y trabajar los metales, nada nos dice de médicos ni de remedios, sino es en la muerte de Jacob. Luego que este patriarca murió, mandó su hijo José á sus médicos que lo embalsamasen, lo que se ejecutó al estilo del país que nos describe Herodoto y Diodoro de Sicilia.

Es cierto que ya entonces y aun mucho tiempo antes, se usaba la medicina en Egipto, y que los embalsamadores de que habla Moisés, se dedicaban á curar los enfermos, tanto como á embalsamar los cuerpos. Muchos antiguos han creído que Hermes ó Mercurio Trimegisto fué el autor de la Medicina y este Mercurio es el mismo que Taut egipcio, hijo de Cam. Este último es el padre de los Egipcios por Mesrain, y de los Cananeos ó Fenicios por Canaan. De todo lo cual se deduce que el origen de la Medicina es muy antiguo. Taut ó Mercurio era, según se dice, conxero de Crónos, ó Saturno ó Noé, porque estos nombres significan una misma persona. Diodoro de Sicilia dice que aquel era secretario de Osiris y de Isis, los cuales se califican el uno de hijo mayor, y la otra también de hija mayor de Saturno, y rey y reina de Egipto. Otros atribuyen la invención de la Medicina á los mismos Osiris é Isis. Esta, en una inscripción que se veía en la ciudad de Nisa en Arabia, se llama hija de Crónos, esposa de Osiris, discípula de Taut y madre de Horus. San Clemente de Alejandría y San Cirilo O-

bispo de la misma ciudad atribuyen esta invención á Apis; mas Plutarco sostiene con los Egipcios que Apis y Osiris son una misma persona.

Apis tuvo por discípulo á Esculapio, el más célebre de los médicos; y en cuanto á Isis, Diodoro de Sicilia dice expresamente que ella inventó muchos medicamentos, y que era muy hábil en Medicina; que por eso fué puesta en el número de los dioses; que se le invocaba públicamente en las enfermedades, y se creía tener bastantes pruebas de su poder para curar muchas de ellas.

Isis comunicó su arte á Horus su hijo, como Osiris lo había comunicado á Esculapio y he aquí según los antiguos el origen de la Medicina en Egipto. Este arte era muy honrado en aquel país y se cree que Moisés al instruirse en todas las ciencias de los egipcios no desatendió la Medicina. No se puede negar que este legislador era muy hábil, no sólo en las cosas que conciernen á la religión y al gobierno, sino también en las naturales. Lo que nos dice de la lepra, de las incomodidades de las mujeres, de la distinción de los animales puros é impuros son otros tantos testimonios de los conocimientos que había adquirido sobre estas materias.

Diodoro de Sicilia dice que los médicos Egipcios tenían ciertos libros sagrados, en donde se contenían los preceptos que se debían seguir; de suerte que si por las reglas de Medicina señaladas en esos libros, no lograban curar á los enfermos, estaban exentos de toda reprensión; pero si se apartaban de ellas, aunque consiguieran su objeto eran castigados de muerte. Homero parece decir que todos los Egipcios son médicos y los más hábiles del mundo. Herodoto asegura que todo aquel país está lleno de médicos, porque cada parte del cuerpo y cada enfermedad tiene el suyo propio.

Unos son para los dolores y males de cabeza, otros para los ojos, otros para los dientes, otros para el vientre; pero esto se refiere á tiempos muy distantes de Moisés; y Strabon observa que antiguamente tenían la costumbre de exponer sus enfermos en la plaza pública, á fin de que los que pasasen pudiesen decir si sabían algún remedio que los aliviara.

Después de los Egipcios son los Caldeos y los Fenicios con quienes los Hebreos han tenido más comercio, y de quienes pudieron recibir el arte de la Medicina. Los Fenicios veneraban á Cadmo como inventor de este arte en su país. Baco era honrado en la Asiria, en la Libia y en la India por la misma razón. Cadmo vivió hacia el tiempo de Moisés; pero Baco es mucho más antiguo. Esto demuestra que la Medicina era muy antigua en el Oriente antes que apareciera en Grecia el famoso Quiron que fue el maestro de Hércules, Aristeo, Teseo, Telamon, Tencro, Jason, Peleo, Aquiles, Patroclo y Palamedes. La época de estos héroes no es desconocida y se sabe que algunos de ellos concurren al sitio de Troya. Veamos ahora si los Hebreos tuvieron médicos desde el principio, y cual era su método de tratar las enfermedades.

En toda la historia de los patriarcas no se lee una palabra de médico ó de medicina, aunque se habla algunas veces de enfermedades, como las de Isaac, Abimelie, Raquel y otros; y lo más notable es que no se diga que José enviase médicos á su padre enfermo, cuando luego que murió puso el cuerpo en sus manos para que lo embalsamaran. En las leyes de Moisés hay dos cosas que parecen pertenecer á la medicina; la primera es lo que dice en el Exodo, «que cuando riñan dos hombres, y uno de ellos quede herido de muerte, y se vea precisado á guardar cama, si llega á sanar, y sale afuera con su bastón, el que haya herido no será

castigado de muerte, pero le restituirá lo que haya gastado en su curación, y lo que haya perdido en el tiempo que haya estado sin trabajar».

La otra cosa en que Moisés parece marcarla también con bastante claridad, es lo que dice de la lepra. Explica sus diferentes especies, los signos, los síntomas; describe las señales de una lepra comenzada, inveterada y curada. Pero en todo no se ve que se prescriba ningún remedio, y aún parece por el mismo Moisés que no le había.

El ejemplo del hombre herido que acaba de citarse, puede probar que había algunas personas que tuviesen cuidado de componer los miembros dislocados, de cerrar una herida, ó de aplicarle remedios calmantes. Nosotros llamamos á esto cirugía; pero entonces y mucho tiempo después no había otra medicina. Quirón, Macaon, Podalio, Peon y el mismo Esculapio no eran más que buenos cirujanos. Su medicina tenía por objeto la curación de las heridas como dice Plinio. Celso advierte que Podalio y Macaon hijo de Esculapio, habiendo acompañado á Agamenón á la guerra de Troya, jamás fueron empleados contra la peste ni contra las enfermedades interiores, sino sólo para curar las heridas.

Los Hebreos no hablan jamás de remedios cuando se trata de males interiores, de fiebres, de debilidad, de dolores de cabeza &c., sino sólo cuando hay herida, fractura ó contusión. Cuando Asa se vió atacado de la gota en los piés, se dirigió á los médicos, y la Escritura le reprende de haber puesto en ellos toda su confianza sin buscar á Dios. Toram herido en una batalla se retiró á Jezrael para que le vendasen. Ezequías aflijido de una apostema, fué curado por Isaías que le puso una cataplasma de higos. Salomón que había escrito sobre las propiedades de todas las plantas, había

sin duda descubierto muchos secretos de la medicina; y es admirable que los Judíos no hayan conservado alguno de sus remedios, no se haya seguido su método en aquella nación, pues en los escritos de los profetas posteriores á él, no vemos sinó llagas vendadas, calmadas con el aceite y remedios tópicos, hechos con las resinas y las plantas ó yerbas saludables y medicinales. Salomón dice que un corazón sano es la vida de la carne, y que una lengua sana es como un árbol de vida. Este sabio habla también de las incomodidades que traen consigo la incontinencia y el excesivo uso de los placeres, y habla de él como de una enfermedad que roe y consume los huesos y la carne.

En los males interiores y aún en muchas enfermedades penosas y difíciles de curar, no se pensaba en recurrir á la medicina. La ignorancia que había de la verdadera causa de aquellos males, hacía que los más piadosos se dirigiesen á Dios ó sus profetas para lograr su curación, y que los otros recurriesen á remedios supersticiosos, á los mágicos, á los ídolos, á los encantos y también á la música. La enfermedad de Job era sin duda un golpe de la mano del demonio; pero éste no hizo ningún milagro para herirle, sino que empleó medios naturales que redujeron á aquel hombre santo á un estado espantoso. En tal situación, ni él ni sus amigos pensaron en hacer ningunos remedios, conviniendo todos en que no debía esperarse su curación sino del Todopoderoso, y aplicándose á descubrir la causa moral de la enfermedad, á saber, si eran sus pecados los que se la habían atraído, ó si le había sido enviada para probar su virtud y para que en él resplandeciese en el poder del Señor. Job, fastidiado de los discursos de sus amigos y del estilo con que parecían insultar su desgracia, les dice que SON MÉDICOS DE NADA. La lepra que era tan común y peligrosa entre los He-

breos, no tenía remedio, ni médico propio. Desde que el mal se declaraba, el leproso era abandonado á sí mismo, separándole de los demás hombres para impedir el contagio.

Habiendo caído Amnon hijo de David, en una languidez causada por el amor que tenía á su hermana Tamar, no se habla de medicamentos ni de médicos para su curación; pero Amnon pidió que su hermana viniese á hacerle hojaldras diciendo que las tomaría gustoso de su mano. Abia, hijo de Jeroboam, rey de Israel, cae enfermo, y Jeroboam envía á la reina su esposa disfrazada, á consultar al profeta sobre la salud del joven príncipe. Ocosias, también rey de Israel, habiendo caído de la azotea de la casa á la sala que estaba debajo, envió á consultar á Belsebub, dios de Accarón, sobre su caída y curación. Joram, rey de Judá, fue atacado de una disentería que le atormentó por el espacio de dos años y de la cual murió. En todos estos ejemplos de enfermedades de personas de la primera distinción, no se hace mención alguna de remedios ni de médicos. No los había entre los oficiales de los reyes de Juda, ni en el reinado de David, ni en el de Salomón, ni en los de sus sucesores. No concluiremos de esto que no los hubiese en el país, sino solamente que eran muy raros, y que su arte casi no se extendía sino á componer la dislocación de los miembros, y curar y vendar las llagas.

Había entre los Hebreos otra clase de médicos que eran los encantadores, quienes se vanagloriaban de encantar las serpientes y de impedirles que mordiesen, ó de curar sus mordeduras con encantos y hechizos. Nada había inventado la medicina contra la mordedura de los animales venenosos.

Se empleaba también la magia contra otras incomodidades corporales. Zoroastro, á quien se cuenta

entre los inventores de la medicina, era un famoso mágico. Circe y Medea, que también se colocan entre los médicos, y que son célebres por las bellas curaciones que se les atribuyen, son todavía más conocidos por su magia. Orígenes refiere que los Egipcios reconocían treinta y seis dioses del aire que habían dividido el cuerpo del hombre y dominaban sobre las treinta y seis partes de que estaba compuesto; y añade que los Egipcios sabían los nombres de estos dioses en la lengua del país y que invocando al que correspondía según la parte enferma, lograban su curación.

Píndaro asegura que Esculapio curaba toda suerte de fiebres, úlceras, heridas y dolores con dulces encantos, con bebidas calmantes y remedios exteriores, ó en fin por incisiones. Homero dice que por medio de los encantos se detuvo la sangre que corría de la herida de Ulises. Algunas veces se encantaban los males con simples palabras ó con ciertos versos mágicos. Catón nos ha conservado los que se pronunciaban para curar un miembro dislocado. Otras veces se grababan las palabras sobre ciertas cosas que se aplicaban á las partes enfermas, ó se llevaban al cuello, y esto es lo que llamaban TALISMANES, AMULETOS Ó FIDELACTERES.

La música parecía un remedio más sencillo y más inocente. Muchos sabios médicos reconocían la virtud de la música en la curación de las enfermedades del cuerpo causadas por el trastorno del espíritu. Galeno afirma que tiene mucha experiencia de esto: hemos curado, dice, muchas personas calmando los movimientos desarreglados de su espíritu que causaban la enfermedad de su cuerpo. Si fuese preciso, añade, apoyar este método con alguna autoridad, citaríamos una muy considerable, la de Esculapio, el dios de mi patria, que tenía la costumbre de consolar con cancio-

nes y por medio de melodías, á aquellos cuyo espíritu perturbado enardecía el temperamento de su cuerpo más de lo conveniente.

Los efectos admirables que entre los Hebreos se cuentan de la música, nos persuaden fácilmente que no está exagerado lo que se lee sobre esto en los autores profanos; donde se nos citan frenéticos curados con el sonido de los instrumentos; se nos dice que la música hizo volver al uso de la razón á algunas personas que la tenían turbada, que aplacaba á los furiosos, y calmaba las pasiones de los violentos y sediciosos. Nada de esto es increíble, puesto que la Escritura nos dice de Saul, que cuando David tocaba la lira en su presencia, se le mitigaba la negra melancolía que se había apoderado de él. Tampoco admiraría que Alejandro el Grande haya corrido á tomar las armas cuando el músico Artigénides comenzó á tocar cierta composición; y las haya dejado, cuando el tocador tomó un tono más dulce y tranquilo: y que Pitágoras mandando á los músicos que tocasen una pieza grave y seria, haga soltar las armas á unos jóvenes aturdidos, que iban á romper una puerta y á violentar la casa de una mujer honrada.

¿ Pero de qué proviene, se dirá, que hoy no produzca ya la música efectos de esta clase? ¿ Depende de ella misma, de los músicos ó de los instrumentos? ¿ Será acaso porque nosotros somos menos tiernos y menos sensibles que los antiguos, porque estamos más prevenidos contra los movimientos de las pasiones, y porque una larga habitud ha engendrado en nosotros cierta insensibilidad estoica que se ha hecho como natural? En efecto, podía ser que nosotros fuésemos menos susceptibles de conmociones que nuestros antepasados, y que la habitud y la educación hubiesen causado alguna mudanza, ó por mejor decir algún disfraz

en nuestras pasiones y sentimientos; pero en el fondo somos siempre los mismos, por que el corazón, y el carácter de las pasiones no se mudan. Es cierto que hay algunos que por reflexión resisten á los movimientos del alma; pero hay otros muchos que se entregan á ellos, que desean ser movidos, y que oyen la música con este solo objeto; y sin embargo lejos de sentir alguna conmoción agradable sólo experimentan molestia y fastidio. Es pues necesario buscar en la misma música otra causa más real de esta diferencia. Hace más de mil años que se le vitupera el no producir los efectos que en otro tiempo, y desde entonces se conoció que el defecto estaba en ella misma.

Vosio, en su tratado del CANTO DE LOS POEMAS Y DE LA FUERZA DEL RITMO, hace ver extensamente que la decadencia de la música antigua, y el poco efecto que produce en el día, no provienen más que de haberse descuidado de la buena poesía, de la cantidad de las sílabas, de la medida del tiempo, y de la exacta proporción entre la letra y el canto: de haberse despojado la letra de lo que hería con más fuerza, y hacía más impresión en el alma, esto es, de la verdadera pronunciación y de la cadencia exacta en el verso. Se cantan confusamente canciones, cuya letra nadie entiende; y por este motivo, aun cuando sean muy tiernas y patéticas, no conmueven, por que aunque el oído se excita con los encantos de la melodía, el alma errante é incierta no sabe donde fijar su atención: el placer no es completo, el corazón queda vacilante, y la impresión imperfecta.



## IX

### LA FELICIDAD

---

**E**NTRE todos los pensamientos y afecciones diferentes que ocupan el espíritu, ninguno hay por ventura, ni más arraigado ni más dominante que el deseo de la felicidad. El hombre se siente continuamente arrebatado hacia ella como el acero al imán, discurre para conocerla, obra para conseguirla. Se equivoca las más veces, cuando abraza un objeto que le atrae; pero siempre le busca y abraza, porque se ofrece á su imaginación bajo el aspecto y con el bello colorido de la felicidad. ¿Qué es, pues, la felicidad? No nos importa por ahora definirla, pues ni necesitamos al presente de otra cosa que de recordar á nuestro propósito lo que todo el mundo sabe, y es que la palabra felicidad, que anda en los labios de todos, corresponde á un estado de goces, á un bienestar indefinido, cuya posesión forma el voto común de toda la especie humana.

El que practica grandes virtudes, y el que se abandona á los crímenes enormes; el que cultiva las ciencias y las letras, y el que permanece siempre dado á los trabajos mecánicos del cuerpo; el hombre de gabinete y el sencillo labrador, el niño, el joven, el

hombre y el anciano, todos piensan por conocer la felicidad, todos obran por alcanzarla.

Siendo, pues, el deseo de la felicidad el sentimiento común, activo y poderoso, y como el gran vínculo que une los intereses de todo el género humano, es claro que á él se refieren todas nuestras ideas, inclinaciones y sentimientos, nuestro instinto y nuestra razón, nuestro entendimiento y nuestra voluntad.

Si el entendimiento se afana por extender sus conocimientos y adquirir el mayor número posible de verdades, no lo hace por una mera especulación, sino porque aquellos conocimientos ilustran los caminos, y estas verdades muestran los caracteres del bien. Para sentir toda la exactitud de este concepto, basta observar que nuestras ideas se extienden y multiplican á medida que nuestra atención se ejercita y perfecciona y que nuestra atención sigue siempre la razón directa del interés que tenemos en pensar; y siendo este interés el deseo que sentimos de conseguir una cosa que miramos como un bien, es claro que buscamos la verdad, impulsados por el deseo de adquirir un bien.

Hace muchos siglos que está proscrito del teatro de las ciencias cuanto no contribuye á mejorar la suerte del individuo y de la sociedad. Así es como los grandes descubrimientos y las producciones insignes, que tanto ilustran la historia del entendimiento humano, tienen, á los ojos de una buena crítica, un valor siempre relativo á los bienes que han difundido en los pueblos. Ninguna de las ciencias, ninguna de las artes deja de presentar siempre los bienes que produce, como otros tantos derechos que tiene á la universal estimación. Las mismas bellas artes, que á primera vista parecen destinadas únicamente al ornato y el recreo, aunque con solo esto probarían que se cultivan como otros tantos medios para conseguir algún bien, tienen efectivamente una

positiva utilidad; y basta un mediano conocimiento en la historia, para saber el grande influjo que han ejercido la pintura, la arquitectura, la música y la poesía, en suavizar las costumbres y extender la civilización.

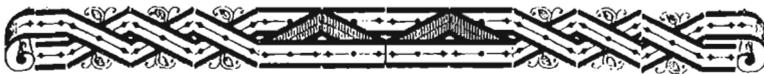
Por otra parte, sabido es que la voluntad sigue por lo común las inspiraciones del entendimiento, que éste ha sido hecho por aquella; que para querer una cosa, es necesario conocerla; y que por lo mismo, concurren igualmente en la libertad, como elementos esenciales de ella, el entendimiento y la voluntad; el entendimiento que delibera, y la voluntad que abraza el objeto preferido. Mas ¿qué busca el entendimiento en los objetos, cuando los examina con el fin de proponérselos á la voluntad? ¿Qué caracteres debe reunir el objeto preferido entre dos ó más objetos comparados? Consúltese á la experiencia propia y ajena, y se verá que se busca primeramente un bien, y se elige lo que parece mejor. Resulta de aquí, que el entendimiento no es mas que la guía constante de la voluntad, y que la verdad no es otra cosa que la manifestación del bien.

Cuando el alma es poseedora de un bien, experimenta, como todo el mundo sabe por experiencia propia, un sentimiento más ó menos intenso y prolongado de placer, de delicia; siente un verdadero goce y un perfecto bienestar; pero como este bien, según tenemos advertido, puede ser verdadero ó aparente, el placer que causa es seguido, no pocas veces, del dolor que acompaña al desengaño, y el hombre pasa de un bienestar momentáneo al arrepentimiento. Pero siempre se ve, que al buscar el objeto, le mira como un bien positivo, y espera de su posesión el gozo, el placer.

El hombre se llama feliz cuando goza: calcula su felicidad por el número y la intensidad de sus placeres, así como se llama infeliz cuando padece, y calcula su infelicidad por el número y la intensidad de

sus dolores. Resulta de aquí, que la felicidad consiste en el placer, y la infelicidad consiste en el dolor; y como la voluntad, siempre que obra, trata de alcanzar el primero, ó huir el segundo, se infiere naturalmente, que busca el bien como una posesión que le pone luego en un estado de goce y de placer; y como semejante estado constituye la felicidad, esta será duradera, si fuese verdadero el bien poseído y completa cuanto poseamos el sumo bien.





## LA POBLACION

---

**L**AS leyes de aumento ó disminución de la población, los efectos que produce, según el modo con que se multiplica son cuestiones á cual más interesantes, y sin embargo están muy lejos de haber alcanzado una solución completa. Los economistas se han dividido en este punto como en otros, asentando cada cual ciertos principios, á los que en su opinión estaban subordinadas la naturaleza y la sociedad.

¿Es saludable el aumento de la población? no creemos que á esta pregunta pueda responderse sin hacer algunas distinciones. Si la población nueva ha de escasear del alimento necesario, si ha de carecer de los medios para recibir la competente educación, y por consiguiente, si aumentándose la población, deben aumentarse proporcionalmente la miseria y la inmoralidad es decir los males del cuerpo y del espíritu, entonces mejor será que no haya tal incremento; pues que hombres miserables y malos, mejor fuera que no hubieran nacido, ya atendiendo al bien

de la sociedad, ya al de esos mismos infelices. En lo dicho se hallan acordes la razón y la religión; pues que á una existencia que no trae sino daño al mismo que la tiene y á los demás, es preferible la no existencia.

No es necesario elevarse á consideraciones de alta filosofía para comprender la verdad de estas observaciones; basta el buen sentido. ¿Qué dice un hombre cuerdo al oír que trata de contraer matrimonio un individuo pobre y díscolo por añadidura? “Esto es aumentar el número de los desgraciados, es un germen de males para la sociedad: ¿qué provechos pueden resultar de que tenga hijos un infeliz que solo puede darles dos consejeros tan pésimos como son hambre y escándalo?” Resulta de esto, que no puede establecerse en general que el aumento de la población sea un bien; pues que aun cuando no median otras consideraciones, las precedentes bastarán para convencer que en ciertos casos es un mal, y un mal gravísimo.

No siempre se verificará que el resultado probable del aumento de la población se presente con tanta claridad como en la hipótesis anterior: pero de propósito hemos escogido un extremo para que nos sirviese de norma, pudiendo graduar con respecto á él, lo más ó menos bueno ó malo que será el aumento de la población, según tienda más ó menos á producir aquel funesto efecto. Casos hay en que el resultado pernicioso no se palpará inmediatamente; y entonces toca á la prudencia del legislador, ó de aquellos que por cualquier título ejerzan influencia sobre la sociedad, el precaver á tiempo el daño, no promoviendo imprudentemente un desarrollo progresivo, antes impidiéndole por medios racionales, legítimos y sobre todo morales.

Cuando, por ejemplo, un país agricultor se halla saturado de población sin que sea dable aumentar el producto de las tierras, ¿no dicta la prudencia

que se procure mantenerla estacionaria, si para ello hay algún medio? ¿no fuera insensato el empeño de aumentar el número de los hombres para aumentar en la misma proporción el de los infelices? Hállase entonces la sociedad en el mismo caso de una familia, que teniendo los recursos necesarios para vivir con decencia y comodidad, desease una desmedida multiplicación de sus individuos, hasta el caso de no sufragar para su subsistencia los medios de que dispone. No creemos que á verdades tan sencillas y tan claras pueda oponerse nada sólido ni razonable siquiera. La naturaleza ofrece á la humanidad un magnífico bienestar; pero sujeto á ciertos límites, á ciertas condiciones: si aumentamos indiscretamente el número de los convidados en este ó aquel punto, nuestra será la culpa cuando la escasez produzca efectos desagradables.

Infiérese de lo dicho, que no pudiendo establecerse en tesis general que el aumento de la población sea saludable ó dañoso, pues que traerá bienes ó males según la suerte que haya de caber á los nuevos individuos, y los efectos que produzca sobre los existentes anteriormente, lo que principalmente debe investigarse es, cuáles serán esta suerte y estos efectos, dado que una vez resuelto la segunda cuestión, lo quedará también la primera.

Los economistas no han sabido convenirse en lo concerniente á la utilidad ó á los perjuicios que acarrea el aumento de la población, tampoco han señalado un principio que pudiese servirnos de regla segura para conocer la ley á que están sometidos, ni ese aumento ni el decremento. Se ha dicho repetidas veces que la población es proporcional con los medios de subsistencia; de lo que se inferiría que donde estos abundan debe aquella crecer hasta tocar el límite que los mismos le prescriben; y que en menguando éstos, debe ella disminuirse hasta que se establezca el correspondiente equilibrio.

A primera vista, nada más sencillo, ni más espe-

cioso que aquel principio; pero en realidad no parece que pueda sostenerse, al menos sin algunas limitaciones. Es cierto que en los Estados Unidos donde por largo tiempo han sobreabundado los medios de subsistencia, la población ha crecido asombrosamente; pero no lo es menos que en Irlanda donde el hambre devora anualmente millares de víctimas, la multiplicación ha continuado de una manera notable. ¿Cómo es que la población no se haya disminuido hasta nivelarse con los medios de subsistencia? Ni vale el replicar que estos medios existen, pero escasos y groseros; pues que á más que esto es falso, como lo demuestran los que perecen de hambre, esta reflexión podría servir para probar que en todos los países del mundo la población ha de multiplicarse como en Irlanda, dado que no hay ningún habitado del cual no pudiese decirse lo mismo.

Es necesario también observar, que al tratarse de medios de subsistencia, no se habla tan solo del alimento indispensable para la precisa conservación; sino que se comprende en esta palabra, todo cuanto el individuo necesita, no sólo para no morir de miseria, sino para vivir con algún desahogo y comodidad. El vestido, la habitación, los medios para curarse de las enfermedades, son cosas que la subsistencia del hombre ha menester; y cuando éstas falten ó escaseen, no puede decirse con propiedad que tengan lo necesario para subsistir. Entre perecer de hambre ó andar desnudo, y el vivir cual conviene para conservar la salud, las fuerzas y la energía, hay una extensa escala en la cual se hallan distribuidos los necesitados. Verdad es que no pueden señalarse á punto fijo cuando llegan las privaciones al límite de que no puedan pasar; pero hay un cierto espacio en que la prudencia no se equivoca, cuando los conceptos dañosos, colocando al que los padece en la clase de aquellos de quienes puedo afirmarse que no tienen los medios de subsistencia.

El principio que estamos analizando, adolece del inconveniente de todos los demasiado generales; en los que acontece muy á menudo, que aun cuando parezcan muy verdaderos si se los considera en abstracto, al probarlos con la piedra de toque de la experiencia, resultan ó falsos del todo, ó al menos muy inexactos. Es cierto, que si para determinar la ley que rige en el aumento ó decremento de la población, atendemos tan sólo á los medios de conservarse, se presentará el indicado principio como indisputable; pero si reflexionamos, que no solo debe tenerse en cuenta la conservación sinó el número de nacimientos, y que éste depende de muchas causas independientes de los mayores ó menores medios de subsistencia, echaremos de ver que abundando de esos medios puede no verificarse un aumento tan grande como sería de esperar; y que escaseando, es dable que concurren otras circunstancias que impidan al decremento el llegar al punto que sería menester si cumplirse debiera la proporción contenida en dicho principio.

La verdad de las observaciones que preceden se ve frecuentemente confirmada. Vemos á cada paso que familias pobres en extremo, abundan de hijos, mientras otras que disfrutan de pingüe fortuna, ó no tienen ninguno ó los cuentan en número muy reducido. Aquí se presenta un ejemplo muy obvio para evidenciar que es cuando menos inexacto el decir que el aumento de la población sea proporcional con los medios de subsistencia; pues en este caso no se hallan en razón directa, sino en inversa. Si se objetase que esto no sucede generalmente hablando, y que los efectos de una que otra excepción quedarían compensados con el curso regular de la totalidad, responderemos dos cosas; 1.º que dudamos mucho de que esto sea excepción rara, antes la creemos muy frecuente, y que talvez podría decirse que la excepción está en sentido contrario: 2.º que por más gene-

ral que sea la regla, y aun cuando fueran no muy comunes las excepciones, siempre deberían tenerse en cuenta para averiguar, cuales serán los casos en que resultará fallido el principio; pues que es evidente que suponiendo una sociedad en que se reúnan circunstancias análogas á las que producen en una familia el aumento en desproporción con los medios de subsistencia, se verificará de una manera semejante en aquella lo que acontece en ésta.





## XI

### INSTRUCCION PRIMARIA

---

UNO de los primeros cuidados que han de ocupar á las autoridades locales, y á todos los que teniendo alguna influencia directa ó indirecta sobre la sociedad se interesan por el bien de sus semejantes, es sin duda la instrucción primaria. Si ésta se halla arreglada, si presiden á la misma la religión y la moral, resultarán los hombres más instruidos y menos viciosos, porque la generalidad de ellos no se forma con el estudio de elevadas ciencias ni está destinada á carreras literarias, sino que viviendo en una condición modesta conservan en el resto de sus días lo que se les ha enseñado en la primera edad, sin que tengan ocasión de añadir al caudal de sus luces otra cosa que las lecciones de la experiencia.

Es más difícil de lo que á primera vista pudiera parecer el que los maestros sean á propósito para desempeñar su misión. Quien no haya examinado las cosas de cerca fácilmente se persuadirá que el enseñar á leer y escribir, el dar algunas nociones elementales de la religión y de la moral, el instruir en los rudimentos de la aritmética y otras cosas por este tenor, son tareas al alcance de cualquiera, y que bas-

ta una diligencia regular para adquirir maestros excelentes. Sin embargo, la experiencia está mostrando todos los días que lejos de ser así se tropieza con muchas dificultades, y que el fruto que de las escuelas se saca no es ni con mucho el que fuera de desear.

El enseñar á un niño exige más laboriosidad, más tino y discreción del que comunmente poseen los destinados á esta carrera. No acudiendo á escuelas donde ellos puedan formarse antes de tomar sobre sí el cargo de formar á los demás, proceden frecuentemente á la ventura, siguiendo cada cual el método que le parece más bien, ó que mejor se adapta á sus ideas y carácter. Aun cuando el maestro no tuviera más en qué ocuparse, que en la instrucción de un niño, fuérale menester ser muy discreto y entendido para hacerle progresar sin perder tiempo. ¿Qué será, pues, habiendo muchos, tal vez hasta centenares á cargo de un maestro y un ayudante? ¿Cuánto cuidado, cuánto método, cuánto tacto y paciencia no les será preciso emplear si quieren enseñar de manera que se aprovechen así los más aventajados como los de menores alcances; así los de índole apacible y dócil, como los tercos y obstinados; así los de atención y laboriosidad, como los distraídos y perezosos?

En nuestro juicio una de las cosas que no debe olvidar nunca el maestro de instrucción primaria es que la infancia se distingue por dos calidades muy notables, y que según como se proceda con respecto á ellas los resultados serán muy provechosos ó muy estériles, muy buenos ó muy malos. Estas dos calidades son: 1.<sup>a</sup> facilidad de recibir toda clase de impresiones: 2.<sup>a</sup> dificultad de comprender muchas cosas á un tiempo.

Estas dos calidades si las tuvieran presentes continuamente los maestros podrían adelantar mucho más en la enseñanza y producir mejores efectos

en el corazón de los niños. La facilidad con que éstos reciben toda clase de impresiones hace ante todo indispensable el más escrupuloso cuidado en las doctrinas y en los hechos concernientes á la religión y á la moral. La experiencia de cada día nos está enseñando que el hombre se resiente toda su vida de las impresiones recibidas en la primera infancia, y si nos fuera dado seguir el hilo de muchas vidas encontraríamos un asombroso encadenamiento que conduce al individuo por la carrera del vicio ó de la virtud, del crimen ó del heroísmo, y cuyo primer eslabón arranca de los ejemplos que se ofrecieron á sus ojos, ó de las palabras que oyeron en la escuela ó en el hogar doméstico.

Fuera de desear que los maestros de primera educación no sólo profesasen principios religiosos y morales, sino que también los pusiesen en práctica, es decir, que sería menester buscar para estos destinos hombres sinceramente morigerados, porque de otra suerte no es posible que los niños no presenciaren repetidas veces escenas que los escandalicen. Quien no está adherido de corazón á las creencias religiosas podrá aparentar religiosidad por interés propio, por consideración á los demás, y quizás hasta por el deseo de que los otros, sobre todo los de tierna edad, no se aparten de la fe que él tiene perdida. Mas, como la verdad es el estado normal del hombre, y la ficción continuada no es posible, resulta que á lo mejor se olvidan esta clase de actores de que están representando su papel y hablan ú obran conforme á sus erradas doctrinas. El niño que casi siempre tiene fija la vista sobre sus superiores, que recoge con avidez las palabras que ellos pronuncian tal vez sin advertir lo que dicen, que observa todos los actos de las personas que ejercen sobre él alguna autoridad, y que además tiene una fuerte inclinación á referir todo lo que oye y á imitar todo lo que ve, considera como de poca importancia lo que ha llegado á

notar que es reputado como de escaso valer por aquellos á quienes respeta: así como venera profundamente lo que ha visto venerado por las personas que le gobiernan.

La otra calidad de los niños, á saber, la dificultad de comprender muchas cosas á un tiempo, indica cuán necesario es que se emplee en la enseñanza un método sumamente sencillo, pues que jamás se cuidará lo bastante de remover los obstáculos que detienen la marcha de una inteligencia que da los primeros pasos.

El entender no sólo las cosas sino también la razón de ellas se juzga comunmente tarea superior á la comprensión de los niños, y esto acarrea que no se les enseñe la razón de nada de lo que practican ó aprenden: bien que á decir verdad esta errada costumbre proviene en gran parte de la ignorancia de los maestros. ¿Qué inconveniente habría, por ejemplo, en que al enseñar los principios de aritmética se procurase hacer comprender á los niños con observaciones claras y sencillas la razón de las reglas que practican? Semejante descuido produce el fastidio que naturalmente engendran tareas en que se procede del todo á oscuras, y hace además que se olvide con tanta facilidad lo que se ha aprendido con tanto trabajo. Ateniéndonos al mismo punto que hemos indicado, todos sabemos lo que comunmente suele decirse, de que nada se olvida con tanta prontitud como la aritmética: y no es raro ver jóvenes que habían adelantado bastante en ella, y que sin embargo ni aún recuerdan las cuatro reglas fundamentales. Y esto ¿por qué? Porque se les ha enseñado la rutina de la numeración sin hacerles notar las razones que explican su hermoso mecanismo; se les ha enseñado á practicar las reglas de sumar, restar, multiplicar y dividir sin explicarles por qué los datos se colocan de esta ó de aquella manera, por qué se hacen con ellos estas ó aquellas operaciones. De suer-

te que en no teniendo el niño una memoria tal que pueda retener exactamente todas las reglas, que es felicidad poco común, no sabe á donde volverse tan pronto como ha perdido de vista los casos en que se ejercitó en la escuela.

No es verdad que la aritmética si llega á comprenderse, no sólo su práctica sino también la razón de sus reglas, sea tan fácil de olvidarse como ordinariamente se cree; al contrario, sus principios son tan claros, las consecuencias que de éstos dimanán son tan sencillas en sí y tan evidentemente enlazadas con los axiomas, que una vez se haya fijado la atención sobre estos objetos y se haya ilustrado la inteligencia con algunas aplicaciones á ejemplos variados, se graban fuertemente en la memoria las reglas principales, y si alguna vez se olvidan basta una ligera reflexión de quien las ha de emplear para que se renueven desde luego.

Notamos á cada paso que un niño á quien se propone un problema de sumar ó restar en que los sumandos ó los términos de sustracción contengan un número desigual de guarismos, sino se lo escribimos en el orden conveniente, se equivoca con mucha facilidad colocando los guarismos de distintos órdenes en una misma columna. ¿De qué dimana ese error? Dimana de que en su cabeza hay la mayor confusión de ideas, ó mejor diremos, no hay ninguna idea sobre el motivo por el cual el primer guarismo de la derecha que expresa las unidades se ha de colocar debajo del otro guarismo de la derecha que expresa cantidades de un mismo orden.

Todos sabemos por experiencia la confusión que nos causó en nuestra tierna edad la multiplicación y división de los números denominados. No podía uno formarse idea de lo que venía á ser aquello de multiplicar varas, y pies, y pulgadas por pesos fuertes, reales y maravedises; aquella combinación de cantidades tan disparatadas que nada tenían que ver entre

sí, dejaba el entendimiento sumamente confuso; y si bien se aprendía maquinalmente la regla se olvidaba tan pronto como se dejaba de practicarse. No sucedería así teniéndose el cuidado de dar una idea bien clara de lo que son los números denominados, y del motivo por que se les combina en diferentes operaciones para obtener resultados de que á cada paso necesitamos en los negocios comunes de la vida.

¿Qué confusión no producen en el entendimiento del niño las reglas de los quebrados? No es raro oír á personas adultas que jamás han podido comprender dichas reglas, que se les olvidan fácilmente y que en ofreciéndoseles una cuenta donde entren quebrados ya no saben como salir del paso, y que tienen que valerse del auxilio de un amigo.

Y ¿es por ventura que la inteligencia de los quebrados sea tan difícil como suele decirse? Ciertamente que no: explíquese bien su naturaleza, fíjense luego las ideas sobre lo que expresan el numerador y el denominador, establézcanse los principios en que se funda la variación que el quebrado sufre por las alteraciones de uno cualquiera de sus dos términos, y entonces no costará trabajo, ni aun á las inteligencias más medianas, el comprender la razón de todas las reglas que se dan para las operaciones sucesivas.

Con estos ejemplos se echa de ver que el secreto de ahorrar tiempo y fatiga, no es adelantar mucho de una vez haciendo practicar al niño crecido número de reglas en pocos días, para que mil veces vuelva sobre ellas y otras mil no las entienda. Estamos persuadidos que si se trabajase algo más en el desarrollo de la inteligencia de los niños, no recargando demasiado su memoria, sin dejar por esto de ejercitarla lo suficiente, se obtendrían resultados más sólidos y provechosos. Una inteligencia desarrollada á tiempo produce mejores frutos, no sólo porque le queda más espacio en el brevísimo trecho de vida

que nos ha sido otorgado, sino también porque desenvolviéndose sus facultades intelectuales al par que las físicas, se evita el inconveniente de que las pasiones absorban la razón, y con el crecimiento del cuerpo permanezca como adormecida y sepultada el alma.

Es cierto que así para el espíritu como para el cuerpo no conviene una precocidad excesiva, y que es menester en la educación de la niñez recordar aquella máxima de que el tiempo no respeta nada de aquello en que no ha tenido parte; pero esta consideración muy fundada y prudente en nada se opone al desarrollo suave y oportuno que estamos aconsejando. Deseamos únicamente que se destierren de las escuelas esos métodos rutinarios en que todo se hace maquinalmente. Queremos que las escuelas de instrucción primaria al paso que sirvan para comunicar á los niños las nociones propias de su edad, sean también un semillero de ideas más aventajadas y de orden superior, no precisamente porque estas se las deban enseñar los maestros, sino por lo que pueden contribuir con métodos oportunos á desenvolver aquellas tiernas inteligencias que esperan para desplegar el calor de otra inteligencia más formada, como la flor que abre su capullo al tocarla los rayos del sol.

---



## XII

### SCHILLER

---

**L**AS tragedias alemanas, y particularmente las de Schiller, contienen perfecciones que suponen siempre una alma fuerte. Así se expresa la Baronesa de Stäel, hablando del poeta cuyo nombre encabeza este artículo.

Nació Juan Cristóbal Federico Schiller en Marchbot (Wurtemberg) el 10 de noviembre de 1759, y dedicado al oficio de cirujano, bien pronto dió á entender que tan modesta como prosaica ocupación no se avenía con sus aficiones, ni podía bastar á satisfacer la aspiración que sentía su alma de elevarse sobre el pequeño escabel que la fortuna le había deparado. Entonces Schiller, como dijo el Eminentísimo Cardenal Monescillo en las honras fúnebres de Calderón, «lanzó á los campos tropas de bandidos en forma de héroes de comedia,» atrayéndole este trabajo el odio del duque de Wurtemberg, que llegó á encarcelarlo, hasta que el poeta logró escapar, huyendo á Manheim. Diose pronto á conocer en esta ciudad por su numen aventajado, logrando con sus apasionadas estrofas ser considerado en edad temprana aún, como uno de los mejores escritores de Alemania, en el mismo tiempo en que Goethe trastornaba el juicio de no pocos sesudos

germanos. El poeta mostrose ardientemente republicano en «Los Bandidos, Guillermo Tell, La Conjuración de Fiesco y Cábala y amor:» tiernamente romántico en «La Doncella de Orleans y María Stuardo:» apasionado hasta la injusticia en «Don Carlos,» y siempre melancólico, amigo de la libertad, ilusionado en «La Desposada de Messina y Wallenstein.» Su fama como dramático quedaba asegurada con el éxito alcanzado por estas obras en que se confunden bellezas de primer orden con defectos inexcusables; pero Schiller, á semejanza del discípulo de Kletemberg, del célebre autor del «Fausto,» se sentía con alientos para cultivar otros géneros; y para demostrarlo prácticamente, escribió diversas poesías, sobresaliendo entre todas la magnífica «Canción de la Campana,» una de las mejores de la lírica moderna; y habiendo sido nombrado catedrático de historia, dió á luz en 1790 su «Historia de la guerra de los treinta años,» que con la «Separación de los Países Bajos de la monarquía española,» fueron los más importantes que en este ramo de literatura debiéronse á su ingenio.

Hablando en general, los dramas de Schiller valen más que las ideas que vertió en sus trabajos sobre la ciencia de la belleza, y para nosotros no ofrece duda que mucho de lo que escribió en sus disertaciones «Sobre la gracia y la dignidad, y Sobre lo sublime,» así como en sus cartas y opúsculos, como «Los dioses de Grecia y la educación estética del hombre,» fue arrastrado por las corrientes filosóficas que á la sazón predominaban en Alemania, y sin que él, envuelto en aquella atmósfera, se diese entera cuenta de lo que hacía.

Schiller, hombre honrado, que odiaba á los tiranos, ya ciñeran regia diadema, ó vistiesen popular toga; espíritu noble que confesaba su respeto á la Iglesia católica y admiraba con envidia nuestra legislación

sublime, no ocultando la repulsión que le inspiraba la demagogía, aunque algunas veces, sin saberlo, pareciera algo más que un revolucionario, llegó á admitir de la Convención el título de «ciudadano francés,» al que correspondió escribiendo «La Doncella de Orleans.» El vate wurtemburgués fue testigo de todos los desmanes de la revolución más sangrienta que han presenciado los siglos, muriendo en Weimar el 9 de mayo de 1805, cuando el afortunado Napoleón había ya ceñido á sus democráticas sienas la corona imperial, y Alemania entraba en un corto período de calma relativa con los tratados de Campo-Formís y Presburgo, que erigia en reino el antes ducado de Wurtemberg. Alemania recordando con orgullo la gloria de Schiller, celebró no ha mucho en su honor suntuosas fiestas, elevándose en Stuttgart una soberbia estatua en la que el inspirado cincel de Alberto Thorwalsen ha logrado representar, en opinión de los inteligentes, con exactitud admirable, los rasgos fisionómicos del célebre poeta.

El estilo de Schiller, singularmente galano, cautiva por la elocuencia de su lenguaje y la animación de sus descripciones. En la pintura de los caracteres creados por él es exacto, por más que en ocasiones resulta exagerado; la trama escénica, hábilmente combinada, y alguna vez irrepresentable; respeta muy poco la historia cuando conviene á sus creencias políticas; más dramático que cómico, brilla especialmente en las situaciones conmovedoras, en que se muestra elevado y digno, identificándose con algunos personajes cuyas desgracias interesan vivamente. Hecha excepción de algún drama y de algunas escenas, no es inmoral con la frecuencia que Goethe. Si no iguala en lo terriblemente dramático á Esquilo, ni á Sófocles en la pintura de las pasiones, ni en lo sombrío y trágico-

co á Shakespeare, ni á Calderón en la verdad de la doctrina, es apreciableísimo, no obstante, en medio de sus defectos, descartándolos imparcial y prudentemente.

Vivió Schiller en una época de tan gran descreimiento, que no parecía sino que la virtud de la fe se había visto obligada á huir de Europa. La Enciclopedia informada en principios panteistas unas veces, y en los del materialismo con más frecuencia, difundía las doctrinas más erróneas, deslumbrando con el brillo de la novedad á inteligencias preocupadas. Voltaire fundaba sobre una máxima infernal toda una escuela, y, aprovechando el talento que á Dios debía y el gran número de años que vivió, complaciase en combatir con satírico empeño cuanto encontró de noble y elevado. Rousseau trastornaba los cerebros con las utopías de su pacto social. Laplace negaba, en nombre de una ciencia orgullosa, al Señor, cuyas glorias narran las innumerables estrellas del cielo; el barón d'Holbach atacaba la moral con desenfado inaudito; D'Alembert, Condorcet, Montesquieu, Lametrie y otros coadyuvaban con sus escritos á extremar más y más el desquiciamiento de las ideas, mientras Mirabeau lanzaba desde la tribuna los rayos olímpicos de su elocuencia, que venían secretamente á disiparse en las larguezas y bondades de los reyes que atacaba. La política, de ciencia nobilísima que procura el bien de los pueblos y la salvación de las sociedades, estaba convertida en arma vengadora de los ambiciosos, y arte seguro que dictaba los medios de escalar codiciadas posiciones.

Nunca las máximas de Maquiavelo fueron tan fielmente practicadas. En medio de su pretendido filosofismo y de su amor á la humanidad, la mayoría de los soberanos de este siglo, como Luis XV, verdadero

sultán de Occidente, el grande Federico de Prusia, la parricida Catalina II y el autócrata José II de Austria no hicieron mas que inspirarse en el monstruoso absurdo jurídico: «Quod Cæsar vult, legis habet vigorem,» ideado por los palaciegos cesaristas y traducido enérgicamente por Luis XIV en aquella frase célebre: “El Estado soy yo.” Y donde los reyes fieles todavía á las enseñanzas de la Religión, comprendían que la trascendental dificultad de su misión estriba en ser verdaderos reflejos de la justicia divina y padres solícitos y amorosos de los pueblos. los políticos educados en la escuela del secretario de Florencia, contrarrestaban en parte los generosos propósitos de los monarcas, conduciéndolos por torcidos senderos en que entraban de buena fe; y de este modo cuando el rey se llamaba en Portugal José I. gobernaba en su nombre el marqués de Pombal, y cuando todos esperaban que continuase la era de próspera tranquilidad inaugurada por Fernando VI, gracias á las bellas cualidades personales de su sucesor Carlos III, el conde de Aranda mancha la memoria de tan bondadoso soberano con un acto de intolerable injusticia.

Nada tiene, pues, de extraño que un malestar general y un descontento espantoso se notara en todas partes, cuando los destinos de las naciones estaban encomendados á hombres de talento, sí, pero tan poco escrupulosos como don José Carballo, el abate Dubois, el atolondrado duque de Choiseul, el cismático obispo Pistoya Scipión Ricci y otros de este jaez. Una sociedad donde el mal ejemplo de los de arriba se reflejaba centuplicándose en los de abajo; una sociedad minada por todo género de disolventes teorías; una sociedad donde la negación y el escepticismo y los odios encarnizados, y la inmoralidad corroedora, imperaban por completo; una sociedad que se divertía con las des-

vergüenzas de Pigault Lebrun y con las jácaras eróticas de Diderot, no era más que una mina dispuesta á reventar á la aproximación de la más débil llama; no era otra cosa que un infecto pantano que, al ser removido por la causa más insignificante, asfixiaría á cuantos respirasen los miasmas deletéreos de que estaba saturada la atmósfera. Y el sacrificio del desgraciado Luis XVI, y las jornadas sangrientas del 2 y 3 de septiembre, y las matanzas horribles de Tolón y de Arras, de Nantes y de Leon, el recuerdo del Terror, y el estruendo y atropellado caer de gobiernos y de Estados, y la guerra europea, y todo aquel cúmulo inmenso de desastres que no hay para qué recordar, fueron las consecuencias lógicas é inevitables de aquella situación escepcional.

Nacido Schiller en el seno del protestantismo, y educado en el odio á los Pontífices y á la Iglesia Católica, creció en medio de una sociedad cuya delustrada pintura queda hecha con pálidos colores en el párrafo anterior; y fácilmente puede colegirse desde luego, que, á menos de un prodigio de la Gracia, tampoco el poeta en tales condiciones colocado, habría de distinguirse por la fuerza de sus doctrinas religiosas, ni era lo más probable, que, sin tiempo, tranquilidad, ni estudios suficientes, se decidiera á dejar la religión de sus padres, religión que ningún sacrificio en sentido alguno exigía de él, para abrazar una que, como la que por dicha profesamos, tanta abnegación requiere, si se ha de practicar de la manera que Dios manda.

Pero como es gloria inmarcesible del catolicismo haber contado en el número de sus adeptos á las más preclaras inteligencias que han existido en el mundo de diez y nueve siglos á esta parte, arrancando á los pocos sabios que no se han alistado bajo su bandera las más sinceras confesiones en su favor, pues el po-

der de la verdad es irresistible, Schiller no pudo menos de fijarse en una institución que, siendo calificada de débil y caduca, y por añadidura incompatible con la civilización y con la libertad, atraía sin embargo la mirada de todos los hombres pensadores y era la constante pesadilla de todos los sectarios.

Mal se compaginaba aquella afirmación con este hecho; y Schiller debió observar que aquella Iglesia que tenía sobre sí el peso abrumador de cerca de diez y ocho centenares de años, desafiaba como invencible titán en la plenitud de su vigor, todos sus innumerables enemigos, oponiendo el argumento á los sofismas, el perdón á las injurias, el ascetismo á la disolución. Lejos de acobardarse ante tan desigual lucha, tronaba con insuperable energía contra los vicios multiplicados, y conminaba con terribles penas, lo mismo á los poderosos sin conciencia que á la plebe sin moral, cual si tuviese de antemano asegurado un triunfo que presentaba por demás dudoso. Y Schiller, á pesar de que sentía embargada toda su alma por el brillo deslumbrante de la antigüedad clásica, cuyas ficticias grandezas le habían enamorado por completo, no pudo impedir que germinase lozano en su pecho un sentimiento de admiración hacia la Iglesia santa, objeto de tamaños embates.

Si no puede afirmarse, pues, como algunos lo aseguran que Schiller se hiciera católico, quizá por no poder sustraerse á la influencia maléfica de la atmósfera que respiraba no obstante, con varonil entereza y noble sinceridad dió público testimonio de sus ideas en materia tan delicada. Si bien es cierto que, con solo unir párrafos de las obras de Voltaire, del Emilio de Rousseau, del ensayo sobre la pintura, de Diderot y hasta del mismo Diccionario de Beyle, sin aditamento extraño ninguno, se podría escribir la más bella apo-

logía de la religión, tampoco deja de ser una verdad menos clara la de que, por razón de sus estudios más profundos, estos filósofos tenían que rendirse muchas veces, bien á su pesar, á la evidencia: mientras que Schiller, aun cuando se dedicara á más serios trabajos que los de la poesía, nunca fueron de la importancia y trascendencia de los ya citados. En las confesiones de los enciclopedistas franceses hallamos más de una vez la imposición de la verdad; en las del dramático wurtemburgués hay una espontaneidad manifiesta, y parecen percibirse en ella los fuertes latidos de su corazón, subyugado por las grandezas divinas. No otra convicción se adquiere leyendo aquella tierna y delicadísima escena séptima del acto quinto de su drama «María Stuardo.» La lamentación de la desgraciada reina tiene un encanto que en vano se hubiera esforzado en comunicarle, á no haber sentido emociones algo semejantes. “El corazón no se basta á sí mismo, dice; la fe reclama una prenda material para tomar posesión de los bienes del cielo. Por esto Dios se hizo hombre, y dió forma visible en el misterio á los invisibles dones celestiales. La Iglesia, la santa y sublime Iglesia, establece el lazo de unión entre el cielo y nosotros, y es llamada católica y universal, porque en ella la creencia de todos fortifica la creencia de cada uno. Cuando millares de fieles adoran y rezan, la llama se eleva de la hoguera, y el alma desplegando sus alas, vuela al cielo ¡oh!.....! Felices los que se congregan para rogar en la casa del Señor!..... Ornado el altar, resplandeciente de luces, suena la campana, se esparce el incienso; el celebrante revestido de su inmaculada túnica, toma el cáliz, lo bendice, proclama el sublime milagro de la transustanciación, y el pueblo, persuadido y fervoroso, se posterga ante un Dios presente. ¡Ay de mí! Solo yo, excluido de esta comunidad no veo llegar has-

ta mi calabozo la bendición del cielo!” Qué lenguaje tan diferente al que emplean muchos que, al renegar de su religión creen con razón quizás, que también deben romper con los preceptos del decoro y las reglas del buen gusto.

Presenta Schiller en este drama á un personaje con quien parece identificarse por completo. El simpático Mortimer, el admirador entusiástico de la infortunada reina de Escocia, al referir la historia de su conversión al catolicismo, bien podría ser que trazara á grandes rasgos mucho de lo que debió sucederle al joven cirujano de Marchboth, que con toques tan magistrales lo presentaba en escena. Oigámosle, y descansarán en tanto nuestros lectores de nuestra prosa sin aliño: “Contaba veinte años, señora, exclama, dirigiéndose á la desventurada hija de Jacobo V; había sido educado en severos principios, me había nutrido con el odio al Papado, cuando un invencible deseo me llevó al continente. Dejé á mi espalda las sombrías predicaciones de los puritanos y abandonando mi país natal, crucé rápidamente Francia, y corrí con ardor á visitar la famosa Iglesia. La Iglesia celebraba por entonces solemnes fiestas; hallé los caminos que hube de atravesar atestados de peregrinos, las imágenes de los santos coronadas de flores: parecía que la humanidad entera se dirigía en peregrinación al cielo. El torrente de esa muchedumbre de fieles me arrastró consigo, y me condujo á Roma. Ignoro qué fue de mí, señora, cuando vi elevarse ante mis ojos aquellas columnas, aquellos pomposos arcos..... cuando el esplendor del Coliseo cautivó mi alma y el genio de la escultura desplegó en torno sus maravillas. Yo no había sentido nunca la magia de las artes: la religión en que había sido educado las desdeña, y no tolera imágenes ni nada que hable á los sentidos; solo quiere la palabra seca

y concreta. ¡Cual sería, pues, mi emoción al entrar en la iglesia al oír la música que parecía descender del cielo.....al ver en los muros y bóvedas aquella multitud de imágenes representando al Todopoderoso, al Altísimo, que parecían moverse á la vista! Contemplé arrobado los cuadros divinos de la Salutación del Angel, el Nacimiento del Salvador, la Santa Madre de Dios, la Divina Trinidad y la brillante Transfiguración.....! presencié, por fin, el sacrificio de la Misa, celebrado por el Papa, que en todo su esplendor bendecía al pueblo.—¡Ah! ¡Qué valen comparados con tanta magnificencia, el oro y las joyas de los reyes del mundo? Sólo él se ofrece, ceñido de divina aureola; su palacio parece el reino de los cielos, que lo que allí se ve no es cosa de este mundo”. Quien de este modo se explica, parece increíble que pudiera permanecer sumido en los errores del protestantismo. Aquella relación tan natural de su primera educación, la impresión que le causaron las ceremonias augustas de la Iglesia, todo está descrito de mano maestra; pero si su corazón se rindió, no así su extraviada y rebelde inteligencia. Todavía quiso buscar el convencimiento en la discusión científica, para ver si de ella brotaba la luz como del célico concierto de las bellas artes. No fue una conversión irreflexiva, apasionada.

No sabemos si Schiller llegaría alguna vez á intentar esto; pero en boca de Mortimer pone unas palabras que explica perfectamente el cambio de ideas que en este personaje se operó, merced á los razonamientos del cardenal de Guisa, que remataron la obra que el esplendor del culto comenzara. Hablando de dicho príncipe eclesiástico, á quien enzalsa y pondera, se expresa así: «Este hombre excelente se dignó descender desde las alturas de su doctrina para disipar las dudas de mi ánimo: mostróme cómo las sutilezas de la razón condu-

cen siempre al error; que los ojos deben ver lo que el corazón debe de creer, y la Iglesia tiene necesidad de un jefe visible.....que el espíritu de la verdad presidió á las sesiones de los concilios.....Las locas presunciones de mi adolescencia se desvanecieron ante su persuasión y victoriosos argumentos. Entré en el seno de la Iglesia católica, y abjuré en sus manos mis errores.»

Así hablaba el dramaturgo alemán, republicano por convicción y protestante por nacimiento; y en medio de las rugidoras tormentas de odio que estallaban contra la Iglesia, no vaciló en dejar oír su voz en este sentido tan explícito, que no podrá decirse que obedecía á las exigencias dramáticas, toda vez que tan largas narraciones no eran necesarias ni de seguro efecto. No sabemos que, públicamente al menos, abrazara el catolicismo, ni que en los momentos supremos de la muerte detestara los errores religiosos en que vivió, como lo hicieron sus secretarios Boulanger y Montesquieu, Bayle y Fontenelle, Lametrie y Toussaint, con muchos otros; y por esto mismo son más valiosas sus confesiones, entre las que descuellan las ya copiadas. Si Schiller hubiera vivido en otro siglo más piadoso y en otra sociedad menos corrompida y trabajada, indudablemente la Iglesia lo hubiera contado entre sus hijos más predilectos.





## XIII

### LAS INCLINACIONES

---

**A**SI como en el orden intelectual hay siempre un motivo que determina nuestros juicios, así también en el orden moral hay siempre un motivo que, poniendo en juego nuestras facultades activas, impulsa nuestras acciones. Todo en el hombre muestra desde el principio su rango en la creación. Su cuerpo mismo necesita estar separado del alma para bajar á la condición de los objetos puramente materiales. Las leyes comunes de los cuerpos, como la gravedad, la extensión, la impenetrabilidad, entran de una manera muy secundaria en el estudio del cuerpo humano, cuyo aprendizaje tiene por punto de partida la organización, y por supuesto la sensibilidad y la vida.

Los mismos instintos, único elemento, al parecer, en acción con que arriba el hombre á la existencia, se anuncian desde el principio con una cierta elevación de nobleza que basta para distinguirlos perfectamente de los instintos del bruto. Combinanse de tal suerte con los elementos morales que se van desarrollando en su crianza y educación primera en el pensamiento y tierna solicitud del padre y de la madre, que ya no acertamos á distinguir en el niño los simples impulsos de la naturaleza de los primeros móviles de la inteli-

gencia y de la libertad. De esta manera, hasta en las primeras propensiones é instintos de la especie racional, empezamos á ver lo que no vemos jamás en el bruto, una especie de idea moral, un destello de inteligencia, un poder de voluntad que nos hace columbrar toda la grandeza moral del hombre desde su misma cuna.

Mas estos primeros impulsos de la naturaleza son siempre anteriores á todo raciocinio, son innatos, son, digámoslo así, el anuncio del hombre en la tierra, y abrazan todas sus relaciones consiguientes al orden espiritual y material, en que figura por la doble sustancia que constituye su ser. Obsérvese con detenimiento cuanto el hombre piensa, quiere y elige y se sorprenderá que cada una de estas cosas tiene un primer eslabón en sus propensiones y en sus instintos, lo que bastará para convencernos de que allá debemos recurrir para sorprender los elementos primitivos de su moralidad. En el orden físico el hombre tiende á la propia conservación, busca el alimento, huye lo nocivo, grita cuando padece, y se muestra contento cuando sus necesidades están satisfechas, y ninguna causa de las alteran su bienestar material le han anunciado su presencia. En el orden intelectual, busca la realidad antes de poseer un criterio: la curiosidad en él parece instintiva, y lo es de facto á lo menos en los primeros pasos de su carrera. La ignorancia tiene tendido sobre sus ojos una especie de velo; mas no tan denso que deje de transparentarse para descubrir las formas vagas de ciertos fenómenos que hiriendo su alma con viveza, desarrollan en ella una severa agitación para descubrir el resto del cuadro: esta secreta agitación es la curiosidad, que bien analizada, debe reputarse como el primer móvil del entendimiento para sorprender la realidad de las cosas y descubrir el or-

den y el enlace de sus causas. Por esto ha dicho un filósofo, que todos los conocimientos humanos se deben en su principio á la ignorancia, á la curiosidad y á la admiración. No es de nuestro propósito desarrollar analíticamente este pensamiento, trabajo tal vez utilísimo para la ciencia, y que bastaría por sí para explicar con facilidad ciertos fenómenos y evitar una infinidad de cuestiones caprichosas que han agitado los ideologistas al discurrir sobre el origen de los conocimientos humanos: trátase tan sólo de señalar á la razón ó á la inteligencia su primer móvil, esto es, la CURIOSIDAD: móvil que puede probarse históricamente, que tiene ya una primera página en el Génesis y una crónica más ó menos complicada en la vida intelectual de los individuos y en la civilización y cultura de los pueblos.

En el orden moral sorprendemos el primer móvil de las ciencias en el amor de sí mismo que desarrolla el instinto del bien, buscando el placer y huyendo el dolor que engendran el temor y la esperanza, plantando con él los dos ejes inmensos sobre que gira todo el orden moral. Nunca se mueve el hombre gratuitamente, nunca se mueve sino porque quiere, y nunca quiere sino lo que puede servir á producirle un goce verdadero ó aparente, pero que mira bajo el primer aspecto, y nunca por último busca este goce sino porque se ama. Sígase la filiación de las pasiones, y mediante un análisis bien ejecutado podrán sin inconveniente alguno referirse todas al amor de sí mismo y al instinto del bien, como se refiere una serie de consecuencias y de actos á la unidad de un principio universal y fecundo en el sistema de sus aplicaciones.

Resulta de lo expuesto, que todo lo que en sí contiene y encierra nuestra vida moral, esto es, cuanto atañe al entendimiento, á la libertad y á la conciencia,

tiene un principio de acción innato en el hombre; que este instinto sin multiplicarse se diversifica en su acción; que en el orden físico se llama «tendencia á la propia conservación;» en el orden intelectual «tendencia á la realidad, y en el orden moral «tendencia al bien;» que esta triple tendencia es la expresión de un sentimiento también innato, el amor de nosotros mismos; y por consiguiente, que este amor anterior á todo se anuncia en esas varias tendencias que van poniendo en juego á su turno los elementos físicos, intelectuales y morales del hombre.

Nosotros le hemos dado el nombre de «inclinaciones,» pero muy lejos de controvertir con este motivo, aceptaríamos cualquiera otra denominación que pueda subsistir á salvo del orden completo de las ideas. Sin embargo, para elegir este nombre no nos ha faltado una razón de suma importancia en el orden lógico y gramatical. He aquí: la propensión es una tendencia de la naturaleza en que no tiene parte alguna la inteligencia ni la voluntad; es un cierto predominio de nuestro modo de ser ó de estar según nuestra constitución física, nuestro temperamento, nuestro carácter ó alguna situación transitoria. El instinto elementalmente considerado no implica todavía, sino de una manera vaga, nuestras facultades intelectuales y morales: por lo mismo nunca pudiera servirnos de base para discurrir sobre la conducta, sino en el caso de que la especie animal fuera susceptible de imputación en sus actos, y admitiera, por fuerza del instinto, una especie de código. Nosotros comenzamos donde las propensiones y los instintos empiezan á revelar al hombre, donde no sólo se escucha el grito de la naturaleza, sino que se advierte ya una vislumbre de inteligencia y se siente un impulso de voluntad hasta cierto punto motivado. En este primer grado de procedencia moral están las

«inclinaciones». Dentro del instinto parecen andar juntos el hombre y el bruto: la propensión y la tendencia parecen términos convenidos para llamar á su examen común el sistema fenomenal, donde entra todo, desde la piedra inerte hasta el hombre. Sólo la «inclinación» manifiesta una situación moral que el hombre puede ilustrar con su inteligencia y dominar con su libertad; degradarla y envilecerla en el torbellino de las pasiones y en el fango de los vicios, ó encumbrarla también mediante el sacrificio hasta el heroísmo de la conducta y el rango de las virtudes.

Nótese cómo el naturalista, cuando se propone seguir los caracteres y las tendencias del bruto, habla sólo de instintos; cómo el físico, cuando se propone analizar los fenómenos de la naturaleza para explicar sus leyes, habla sólo de tendencias; y cómo el médico, cuando quiere limitarse á estudiar los estados diversos del cuerpo humano relativamente á la conservación ó reparación de la salud, habla sólo de propensiones. Mas cuando ya se trata de esa contienda que se forma en la voluntad á la luz de la inteligencia, todos los intereses de la virtud ó las propensiones del vicio se reducen al término simple de «inclinaciones». Estas pues, son en realidad el punto de partida para el moralista, porque de ellas á los actos humanos no media sino una simple progresión recta ó curva, según que se trate de las virtudes ó de los vicios. Mas entre los instintos y los actos humanos median las inclinaciones; entre las propensiones y los actos humanos median las inclinaciones, es decir, media una cosa que no es todavía moral, pero que tiene inmediatamente eslabonado en sí todo el orden moral.

\* \* \*

Desde el momento en que la voluntad movida por el instinto, estimulada por una tendencia ó propen-

sión, ó afectada talvez por la reflexión misma, comienza á «inclinarse» á tal ó cual objeto, experimenta una fuerza impulsiva que la arrastra hacia él. Ahora bien, si esta fuerza obrara sola, la voluntad se decidiría siempre en su sentido; si empero hay otra fuerza, es necesario calcularla para graduar en cierto modo el movimiento de la voluntad. Mas hay dos fuerzas que mueven la voluntad humana; la de los instintos y propensiones ó sea la de la simple naturaleza, y la de la reflexión, ó sea la de la naturaleza ilustrada y gobernada por la razón. Estas dos fuerzas pueden ser opuestas ó análogas, porque en materia de actos humanos nada hay indiferente. En el segundo caso, la voluntad se decide á obrar con todo el poder de sus instintos, de sus propensiones y de su razón: en el primero, obra en el sentido de la fuerza que prepondera; esto es, ú obra según sus propensiones, ú obra según su entendimiento.

Las propensiones no siempre son contrarias á los verdaderos preceptos de la moral, ni el juicio de la inteligencia sigue siempre la razón de la verdad y del bien. Resulta de lo expuesto que el sólo hecho de que una acción sea determinada por la propensión ó propuesta por el entendimiento, no se sigue que deba efectuarse ú omitirse. Luego ni la inteligencia ni la inclinación bastan para decidirse en tal ó cual sentido. Es necesario un criterio, esto es, una regla segura en que se pruebe la bondad de la inclinación, ó la justicia de lo que el entendimiento propone. Este criterio es la «conciencia».

Defínese la «conciencia»: «un dictamen práctico de lo que es bueno ó malo en las acciones humanas.» Concurren como datos á ilustrar este juicio el conocimiento perfecto de la regla y el de la acción. Es visto pues, que la conciencia no debe ser considerada en un senti-

do rigurosamente psicológico, cuando entra en el número de los elementos morales. La conciencia ilustrando la voluntad, le indica cual es el extremo que debe seguir cuando se siente impelida por la inteligencia y la «inclinación». ¿Pero la voz de la inteligencia es decisiva? Lo es de la imputación, pero no del hecho. Obrar contra el dictamen de la conciencia es aceptar un cargo legítimo contra la moral de la conducta. Obrar en el sentido de la conciencia es aprovechar ó sufrir las consecuencias diversas de una conciencia bien ó mal caracterizada. Porque hemos de estar en una cosa, y es que, si la conciencia tiene el derecho de no ser nunca contrariada, no tiene el de ser siempre seguida, puesto que á veces procede con error ó ignorancia en el hecho ó en el derecho, se afecta de las preocupaciones y suele ser dominada por el carácter. Pero estas vicisitudes accidentales de la conciencia nada concluyen contra la infalibilidad de su criterio, cuando ella tiene todos los requisitos ó condiciones indispensables para formar un criterio moral.

Basta lo expuesto para determinar en qué sentido consideramos la conciencia como uno de los elementos morales, y cómo su voz puede contrarrestar la fuerza de las propensiones y las falacias de la inteligencia en todas las cuestiones prácticas de la conducta.

\* \* \*

Acabamos de ver cómo no basta la voz de la conciencia para fijar la voluntad; pues esta puede obrar y obra muchas veces, arrastrada por las inclinaciones ó seducida por los sofismas contra la voz de la conciencia y los intereses bien entendidos de su felicidad. ¿Por qué así? Porque á más de las inclinaciones y la conciencia, el alma tiene otra facultad, la de obrar ó

no obrar después de haber deliberado, la de obrar en éste ó aquel sentido entre los varios que se le propongan, la de obedecer á la inclinación, seguir la inteligencia y aun decidirse por el capricho, la de practicar el bien ó hacer el mal. Tal es la libertad en toda su extensión, ó por mejor decir, con los defectos é imperfecciones con que el hombre la posee. Mas como la libertad presupone la inteligencia, y la voluntad presupone la conciencia, en este caso la acción de la libertad gira siempre entre las inclinaciones y la conciencia y por lo mismo de ella nace para el hombre el merecimiento del premio ó la razón para el castigo; y e l buen ó mal uso de la libertad es el dato definitivo y seguro para decidir en las graves cuestiones de la conducta, del temor y de la esperanza.

Las inclinaciones, la conciencia y la libertad, considerados como elementos morales, no merecen calificación alguna favorable ni depresiva para el hombre mismo, sino en tanto que éste ha verificado libremente una acción. Esto quiere decir que moralmente hablando, las inclinaciones no son en sí malas ni buenas; no son más que inclinaciones: la conciencia bajo el carácter de tal, no es más que conciencia porque es indispensable que aconseje en tal ó cual sentido, para ver si es recta ó errónea, laxa ó estricta, recta ó probable. La libertad considerada como una simple facultad de nuestro espíritu, no es más que la libertad, pero decidiéndose ya en tal ó cual sentido, será una libertad bien ó mal dirigida, conspirará al bien ó precipitará en el mal; en suma, sólo cuando la libertad obra podrá ser moralmente calificada.

Las inclinaciones que, cuando están muy desarrolladas, arrastran con más ó menos vehemencia nuestras facultades físicas, intelectuales y morales hacia un objeto dado, suelen llamarse «pasiones», porque al

mismo tiempo son activas y pasivas: son activas, porque ponen en juego nuestras facultades; son pasivas, porque hacen padecer el alma por la privación del objeto á que tienden ó la presencia de los obstáculos que de ordinario se les oponen. En este sentido pueden usarse promiscuamente las palabras inclinaciones y pasiones. Son pues las pasiones los deseos vehementes y al parecer irresistibles, que convierten nuestras facultades todas á la adquisición de un objeto que miramos como bueno, aun cuando no lo sea, ó á la repulsa de otro que miramos como malo aun cuando en efecto tampoco lo sea. Estos deseos fuertes tienen su fundamento en nuestra misma naturaleza y en nuestras relaciones con el objeto; tienen su motivo en la influencia de estas relaciones sobre nuestros instintos, sobre nuestras necesidades, sobre nuestro sistema de goces; tienen también sus caracteres y sus grados de intensidad en consecuencia de nuestro temperamento, de nuestra situación y de las modificaciones que sufre nuestro ser moral, en razón de la preponderancia relativa que en él ejercen la razón y la voluntad.

Infiérense de aquí varias consecuencias importantes: 1ª, que las pasiones son una condición esencial de nuestra naturaleza; pretender destruirlas sería clamar por el aniquilamiento mismo de nuestro ser: segunda, que las pasiones afectan esencialmente el sistema moral: tercera, que si ellas esencialmente han de tener algún objeto, porque sin él no hay deseo posible, el que tengan éste ó aquel objeto determinado es accidental: esencial es al cuerpo, la figura; accidental el que tenga esta ó aquella determinada; cuarta, que el motivo y el objeto es, rigurosamente hablando, lo que da á las pasiones un carácter determinado en el orden moral: quinta, que el carácter moral de las pasiones estará siempre en razón de sus motivos y sus objetos:

sexta, que pudiendo estos motivos ú objetos ser conformes ó contrarios á nuestra perfección, conspirantes ú opuestos á nuestra felicidad, buenos ó malos en suma; buenas ó malas, útiles ó perjudiciales, favorables ó adversas, precursoras del bien ó elementos del mal, podrán ser las pasiones.

Dedúcese de todo lo expuesto, que el principio, el objeto y la dirección de estos impulsos vehementes de la voluntad, que llamamos inclinaciones ó pasiones, son, digámoslo así, los que, según el tono y el carácter moral que les dieren, las hacen figurar ya como medios, ya como obstáculos. ¿Qué cualidades han de tener el principio, el objeto y la dirección de nuestras inclinaciones para que figuren como medios? El principio debe ser noble, el objeto debe ser digno, y la dirección debe ser prudente.

La nobleza del principio viene á identificarse en cierto modo con el motivo de la inclinación; y para que el motivo sea noble, es indispensable que nuestras facultades se muevan á impulso de un deseo recto y sincero de llegar á nuestro fin último por medio de la perfección moral. No debe pues el hombre determinarse á obrar por motivos extraños á su último fin; porque todo lo que de este fin se aparte, se resiente de esa bastardía que caracteriza los actos de una naturaleza pervertida. Pero es muy fácil engañarse á sí mismo acerca de la fuerza de los motivos, dejándose dominar de las preocupaciones ó arrebatado de sentimientos exajerados, aunque buenos en sí. Sea cual fuere pues la intensidad de la fuerza con que nos sintamos impedidos á obrar, es indispensable, ante todo, adquirir la calma conveniente para juzgar sin preocupación y sin entusiasmo, del carácter propio de los motivos que nos determinan; porque sólo de esta suerte podremos ad-

quirir la seguridad necesaria de que nuestras inclinaciones morales tienen un principio noble.

La dignidad del objeto supone que tenga estas relaciones directas ó indirectas con la perfección moral, ya considerado en sí mismo, ya principalmente en sus particularísimas relaciones con nuestras inclinaciones. Las riquezas, por ejemplo, pueden fijar nuestras inclinaciones, pero en muy diversos sentidos, esto es, ó como unos elementos subsistencia honrosa, de beneficencia etc., ó como unos instrumentos de corrupción, ó finalmente, como unos objetos de satisfacción, y de placer. En el primer caso, se dignifican y moralizan; en el segundo y tercero se prostituyen y corrompen; porque en el primer caso sirven á los designios de la Providencia y conspiran al movimiento de la virtud, en el segundo nos arrastra hasta el fango de los vicios, en el tercero forman el carácter del avaro, que mira en las riquezas un objeto de idolatría. En suma, para que el objeto sea digno, es necesario que no tenga ninguna malicia intrínseca considerado en sí mismo, que no sufra extravío en su relación, que no monopolice, digámoslo así, todas nuestras facultades físicas, intelectuales y morales, usurpando los derechos que exclusivamente corresponden á Dios como nuestro último fin.

Mas no basta que el principio sea noble y el objeto sea digno. Digno es el honor de Dios, noble es el celo por su gloria; mas ¿bastaría uno y otro para excusar los arrebatos de un celo indiscreto, ó disculpar la insoportable apatía de una caridad mal entendida? No: es necesario moverse, y moverse en regla: lo primero condena la inercia del espíritu; lo segundo condena las exageraciones á que suele entregarse en su movimiento moral. Moverse de la nobleza del principio á la dignidad del objeto es dirigir la inclinación; moverse sin in-

clinar á ninguno de los extremos dirigirla bien. Como la prudencia consiste precisamente en concertar todas nuestras facultades dentro de aquel medio que dista igualmente de los extremos, la calificación que merece la buena dirección de nuestras inclinaciones en el sentido dicho es la de «prudente».

Resulta de todo lo expuesto, que cuando nuestras inclinaciones tienen un principio noble, un objeto digno y una dirección prudente se convierten en medios más ó menos eficaces según su grado de perfección, pero siempre directos, para conseguir nuestro fin.

\* \* \*

El útil empeño de concertar todos los elementos morales de nuestra conducta en el sentido riguroso de nuestro fin último demanda el empleo de un doble trabajo: el de allanar los obstáculos y el de arreglar, perfeccionar y multiplicar los medios. Este doble sistema de procedimientos presenta sin duda más dificultades bajo el primero que bajo el segundo de ambos aspectos; pues es una cosa bien sabida que la inclinación á la virtud es general y no sería tan estéril, si á este extremo no la redujesen los vehementes impulsos de las pasiones, los extravíos de la conciencia y los abusos de la libertad.

Tan cierto es esto, que la lucha entre los vicios, y las virtudes ha sido casi el asunto perdurable de la elocuencia y aun de la poesía moral. Desde el celoso Apóstol San Pablo que consumía sus vigiliyas y agotaba las fuerzas de su naturaleza en la empeñada y heroica tarea de convertir á los gentiles, hasta el último de nuestros oradores evangélicos, no se ve otra cosa que la lucha tenaz entre las inclinaciones vehementes que nos arrastran al vicio, y los nobles sentimientos que

nos solicitan á la virtud. «Yo siento dentro de mí, decía el Apóstol, dos leyes que pugnan: la ley de mis miembros y la de mi espíritu: una que me arrastra ó quiere arrastrarme incesantemente al mal que no quiero, y otra que me impele al bien que quiero, y tal es la fuerza de esta contienda y tal es el impulso que obra esa ley del pecado, que me siento dispuesto á no hacer el bien que quiero, sino á ejecutar el mal que no quiero.»

Los mismos filósofos y poetas gentiles, que se hallaban tan lejos de la luz y de las inspiraciones del Evangelio, deploran con harta frecuencia esta lucha interior de la naturaleza humana: Ovidio decía:

«Mientras reconozco y apruebo lo mejor,  
Admito y ejecuto lo que es peor.»

Uno de los rasgos más bellos que se admiran en las páginas de Racine, un rasgo que produjo una conmoción vehemente en los espectadores, y una sensación profunda en Luis XIV, es este:

¡Oh Dios, qué guerra crüel!  
¡Dos hombres yo veo en mí!

Esta lucha, según la doctrina teológica y aun las luces que nos suministra la filosofía de la historia, es un hecho de forzosa consecuencia, supuesto el pecado original. Pero sin subir á las investigaciones á donde podría conducirnos la historia de la degradación de la especie humana, sin llevar nuestras miradas al pecado original, hecho que puede por sí solo dar una perfecta solución á todas las dificultades de la ciencia, nos basta entrar en nosotros mismos, examinar detenidamente lo que allí pasa, subir á las causas y seguir los efectos de esa perpetua lucha que el hombre sostiene

consigo mismo, y en que parecen tomar á cada paso un carácter contradictorio todas las facultades, todas las potencias, todos los elementos en fin, de su miseria y de su prosperidad.

Se sabe muy bien que los sentidos pretenden subyugarnos, sometiéndonos sin restricción á la influencia de los objetos materiales que nos rodean; que si les diéramos un libre curso, caeríamos por una parte en muchos errores, entraríamos por otra en una penosa inercia de las facultades activas de nuestro espíritu, jamás podríamos dominar en las regiones del pensamiento, ni menos elevarnos á las contemplaciones sublimes de Dios, de la inmortalidad y de la virtud. Es igualmente notorio que las primeras inclinaciones de nuestra voluntad, cuya buena dirección pudiera disponernos con la práctica más constante del bien al goce tranquilo y pleno de una verdadera dicha, se convierten por lo común en objetos indignos, tuercen de ordinario su marcha natural, se trasforman en pasiones, degeneran en vicios, y de esta manera comenzando por extraviarnos, acaban por perdernos. Cuando el hombre está dominado por las pasiones, dirige constante y tenazmente todas sus facultades al objeto de ellas; sus sentidos, sus facultades pasivas, sus potencias intelectuales, sus deseos, sus conatos, cuanto siente y cuanto tiene se concierta para obedecer al movimiento de las pasiones. Hé aquí un hombre dominado por un principio, sintiendo según él, pensando según el obrando según él. Mas por muy tiranizado que esté de sus pasiones, por muy espesas que sean las tinieblas que le circunden, el hombre tiene siempre dentro de sí un estímulo secreto que le solicita á la virtud, y una luz cuyos rayos tenues ó vivos, según los estragos que hayan hecho las pasiones, le alumbran constantemente su deber, presentándole al vi-

vo su conducta y le dan una idea bastante clara de su extravío para que vuelva sobre sus pasos.

De aquí la necesidad imperiosa de ilustrarnos y prevenirnos para conocer y allanar los obstáculos que se opongan á la realización gloriosa de nuestro destino por medio de la virtud constantemente practicada.





## XIV

### OBSERVACIONES CRITICAS SOBRE EL DISCURSO DE CICERON

#### EN DEFENSA DE AULO LICINIO ARCHIAS

---

**S**I HEMOS de buscar en los discursos de Cicerón uno que principalmente descubra su carácter oratorio, ninguno más á propósito que el pronunciado en defensa de Aulo Licinio Archias. Las vehementes acusaciones de Verres, Antonio y Catilina, donde vemos levantarse á incomparable altura el genio del orador latino, materia muy vasta nos suministran para admirar la fecundidad más prodigiosa de talento, y el arte maravilloso de hacer cundir el interés por todos los asuntos que toca. Mas para conocer hasta donde llega el don feliz de ver los objetos bajo mil bellas é importantes relaciones, es necesario ver á Cicerón enriqueciendo un discurso, que según la sencillez y limitación del hecho, debía ser muy estéril, con todas las ampliaciones de la razón analítica, con todas las galas de una variada imaginación y con los trasportes inefables de un entusiasmo sublime.

Si la importancia de la causa, si la extensión y dificultad del trabajo, si el carácter mismo del estilo no

nos permiten colocar la defensa de Archias en el rango de aquellos empeñados y sublimes discursos que tanto esplendor y gloria derramaron sobre el foro de Roma; los primores que á cada paso admiramos en aquella producción literaria, nos hacen reconocer en ella al primer escritor latino, y confesar al mismo tiempo, como afirma Leclerc, que sólo el autor de «La Naturaleza de los Dioses» y de «Las Cuestiones Tusculanas» podía comunicar á un simple debate judicial la magnificencia y las gracias del estilo de Platón. Cierto es que las vastas miras de política y los conocimientos profundos sobre la ciencia del Estado que con tanta admiración descubrimos en la defensa de la Ley Manilia é impugnación de la Ley Agraria, no se anuncian lo mismo en el discurso de Archias; pero hay aquí, atendida la menor importancia del asunto una igualdad completa en la parte que tiene más analogía con una discusión deliberativa. Tampoco se experimenta en esta lectura el entusiasmo que excitan las defensas de Cluencio y Milón por la fuerza de las pruebas, el examen filosófico de los hechos y la más feliz aplicación de las leyes; pero la elocuencia se eleva á toda la altura que permite la causa, y nuestro asombro crece á medida que contemplamos la dificultad suma de tratar bien un asunto tan pequeño.

Sobre todo lo que hay aquí más digno de observarse es, que la elocuencia académica no puede ofrecer al paralelo ninguna obra más profundamente pensada, ni sentida con mayor entusiasmo, ni presentada con más ornato y magnificencia, que este discurso donde vemos, no tanto una defensa judicial, como el más cumplido y bello elogio que ha podido hacerse de la bella literatura.

Aulo Licinio Archias, natural de Antioquía, se inscribió en Heracléa con el objeto de obtener, como lo

consiguió, el título de ciudadano romano; mas un acontecimiento casual vino á servir de pretexto á un tal Gracio para disputarle ante los jueces aquel importante y honroso derecho. Habíase incendiado en tiempo de la guerra social el archivo de Heracléa, y con él los registros públicos, circunstancia que no le permitía rendir la prueba auténtica de su inscripción en aquella ciudad; pero como aun contaba con el testimonio de Lúculo, los registros de Metelo y otras razones que, si bien de conjetura las unas y de conveniencia las otras, eran todas bastante fuertes, encomendó á Cicerón su defensa. Este hombre, ligado con Archias por vínculos muy antiguos y muy gratos, y que veía en su causa la del genio y la poesía, no queriendo, á lo que parece, malograr una ocasión tan bella para desahogar sus sentimientos de gratitud, su amor á las letras y su pasión por la gloria, se presenta sin vacilar ante los jueces, y abre su alocución con un exordio magnífico y sobre manera notable por la delicadeza extraordinaria con que supo guardar en él todas las conveniencias oratorias.

“Si hay en mí algún talento, jueces, y yo siento cuán pequeño es; si tengo algún ejercicio en la oratoria, en que no niego estar medianamente versado; si poseo algunos conocimientos á consecuencia del cultivo y estudio de las mejores artes, que no he dejado en ninguna época de mi vida; Licinio reúne mayores títulos que nadie para recoger con un derecho exclusivo el fruto de todas estas cosas: pues por más lejos que camine en el dilatado espacio de mi vida, y hasta reproducir las primeras memorias de mi niñez, veo ya desde entonces á Licinio distinguirse por su celo entre cuantos me introducen y guían en la carrera de las letras. Y si esta voz, animada por sus consejos y dirigida por sus lecciones, ha contribuido á la conservación

de algunos, debo yo sin duda reunir todas mis fuerzas en auxilio y defensa de este mismo, principalmente, de quien he recibido cuanto era necesario á fin de proteger y salvar á los otros. Y no extrañéis verme aquí tributando un homenaje de gratitud á los talentos de Archias, porque él y yo nos hemos ejercitado en ramos tan diversos: recordad que yo mismo nunca me he consagrado exclusivamente á la oratoria, y que todas las artes de la imaginación y del sentimiento tienen cierto vínculo común y se estrechan entre sí, como los hijos de una misma familia.»

«Y á fin de que á ninguno de vosotros cause admiración que yo en una cuestión de Estado, en una causa pública defendida ante el pretor del pueblo romano, es decir, del varón más recomendable y escogido, en presencia de los jueces más respetables, use de un lenguaje tan peregrino en los tribunales, como ajeno del estilo forense; os pido que en el asunto me concedáis una gracia, la más conforme al carácter del acusado, y según me lisonjeo, no molesta para vosotros, y es: que al defender un poeta esclarecido, á un hombre consumado en la literatura, en medio de los primeros humanistas, siendo tan delicado vuestro gusto, como digno el magistrado que preside, cuente yo con vuestra benevolencia para extenderme con alguna libertad sobre la excelencia de las humanidades y de las letras; y que tratándose de un hombre que por su vida tranquila y estudiosa no ha tenido ocasión de versarse en los procesos, ni en compromisos de esta naturaleza, me sirva de un estilo casi nuevo y desusado en el foro.»

«Si llego á convencerme de haber obtenido esta gracia de vosotros, os manifestaré ciertamente que Aulo Licinio, no sólo no debe ser excluido de entre los ciudadanos, siendo como es un ciudadano; sino que aun cuando no lo fuese, debería obtener este derecho.»

Nos interesan de ordinario tan poco las circunstancias privadas del individuo cuando no se ligan de algún modo con nuestros intereses, que difícilmente nos prestamos á una reseña histórica de sus cualidades, y más aún si con ellas se pretende forjar algún elogio. Tal era la situación de Marco Tulio en la defensa de Archias, pues haciéndola consistir principalmente en el mérito de éste, tenía que luchar con la natural indiferencia de sus jueces. No se extrañará, por lo mismo, que mencionemos como una grande prueba de su talento, el que haya sabido captarse de un modo tan completo como nuevo y sorprendente la benevolencia, atención y docilidad de los jueces; tres triunfos graduales que iba consiguiendo á medida que propagaba las ideas de su exordio. El primero de ellos es debido á las causas por que se identifica con su cliente y al modo con que lo hace; el segundo, al género de oratoria que introduce en su discurso; y el tercero, á la singular destreza con que obliga á su auditorio á tomar parte en la causa. Mas como cada una de estas cosas inspira tan grande interés y está desempeñada con suprema delicadeza, merecen todas nos detengamos en ellas muy particularmente.

Se recomienda en general que el orador hable con modestia de sí mismo; pero este precepto vago es tan estéril, como útil y fecunda su aplicación en ciertos casos. No siempre conviene hablar de sí mismo, y aun cuando la personalidad es útil, no siempre debe tocarse de la misma manera. Cicerón, que hablaba en un foro en que podía tenersele á mal el desempeño de una causa pequeña, no solamente puede aquí, sinó que debe en efecto justificarse de haber tomado á su cargo la defensa de Archias. Era éste, sino el verdadero maestro y el gran modelo que había tenido Cicerón, á lo menos un hombre que había tomado el mayor empeño en sus ta-

lentos oratorios durante el curso de sus relaciones literarias.

En cuanto al modo con que habla de sí el orador, baste decir que es tan ingenioso y delicado en cuanto al estilo, como á propósito por su destreza para obtener una prevención favorable de parte de los jueces. Un hombre arrogante habría dicho: «á Licinio pertenece recoger el fruto de mis talentos, de mis estudios y de mi erudición.» Un hombre menos reflexivo y filósofo habría dicho: «no soy nada, carezco absolutamente de méritos y de luces; mas el influjo de Archias en lo que soy, exige mi consagración actual á su defensa.» Pero Cicerón, situado exactamente en el medio de la arrogancia y de una torpe hipocresía, dijo: «Si hay en mí algún talento, etc.» La feliz distribución de las palabras latinas «quid ingenii, qua exercitatio, ratio, aliqua,» contribuyen no poco á la destreza de la atenuación: el «non inficior», despierta dos ideas: primera, el concepto público que no podía desmentirse por una negativa del orador, sin hacerlo caer en un extremo todavía más pernicioso que la arrogancia misma; segunda, la de cierta especie de rubor con que parece confesar su mérito, sólo á impulso de la notoriedad: «non inficior mediocriter esse versa tum.»

Intenta el orador disminuir sus talentos á los ojos del auditorio, y se expresa de esta manera: «si quid est in me ingenii, iudices.» Por no inferir alguna violencia al idioma castellano, hemos vertido el «quid ingenii,» algún talento, convencidos no obstante de que la versión es inexacta. Quien dice «algún talento», dice mucho más que «quid ingenii»: pues «algún talento» siempre expresa un todo, al paso que «quid ingenii» se limita á una parte, y no como quiera, sino á una parte imperceptible. Esto era ya mucho; pero el orador aún vacila para expresar de un modo tan absolu-

to la pequeña idea de sus talentos: así es que aún los pone en duda, valiéndose de la expresión condicional «si» y añadiendo todavía el más solemne testimonio de su conciencia: «quod sentio quam sit exguum». Esta última palabra disminuye por sí notablemente la idea, puesto que reúne en un punto los dos extremos de lo pequeño y de lo débil; pero añadiendo á ella la expresión ponderativa «quam,» viene á quedar todo, por decirlo así, en la clase de una nulidad absoluta, de una nada disfrazada. No es tan rigorista tratando de su ejercicio en la oratoria, pues al fin causa menos rubor confesar el trabajo que la pericia; menciona, pues, aquel de un modo más positivo: «qua exercitatio dicendi;» pero dando á entender, como decíamos, que se explica así á causa de la notoriedad, (non inficior) y siempre con la precaución de disminuir algo de su versación en el foro con la palabra «mediocriter». Pasa de aquí á los resultados de su talento y de su ejercicio, escogiendo de propósito las expresiones más vagas: «hujusce rei ratio aliqua». La palabra «rei» no nos permite saber si se trata del talento ó del estudio; la palabra «ratio» no nos deja entrever ni la clase ni la extensión del resultado; y la palabra «aliqua,» hace todavía más vaga la idea de «ratio». Sin embargo, sea lo que fuere, el orador tiene cuidado de ocultarnos sus talentos, atribuyéndolo todo al estudio y á la excelencia misma de las letras, de que no había podido desprenderse sin disgusto: «aboptimarum artium studiis et disciplina profecta, á qua nullum confiteor oetatis meae tempus abhorruisse.»

La proposición que cierra esta cláusula, circunscribe el pensamiento dentro del objeto del discurso: «Archias, dice, debe escoger el fruto de todas estas cosas». Pero hay aquí de notable una idea que hace más feliz aún la atenuación que precede; y es que al mismo tiempo trasladamos, que si habla Cicerón de sus

talentos y literatura, es por atribuírselo todo á su cliente, á quien defiende como un poeta de primer orden.

La segunda cláusula desenvuelve la razón de que Marco Tulio proclame á Licinio dueño casi exclusivo de los resultados que ha recogido aquel en la carrera de las letras: puesto que no puede echar una ojeada sobre la historia de su vida, sin descubrir en Archias el principal agente entre cuantos le conducen y guían por la serie de sus estudios. No era, pues, justo que para él solo estuviese muda una voz que, formada por él, había contribuido á la conservación de tantos ciudadanos. Este pensamiento, admirablemente presentado en la tercera cláusula del exordio, acaba de justificar á Cicerón de haber dicho una palabra sobre su mérito literario y de haber admitido la defensa de un hombre á quien estaba ligado con el más fuerte de todos los vínculos, con el vínculo del reconocimiento. Un orador que se explica en tales términos, arrastra necesariamente la benevolencia del auditorio, puesto que muestra reunidas la modestia, el desinterés, la amistad sincera y la memoria continua de los beneficios recibidos. Nada importa ya el tamaño de la causa que se versa, porque desde aquí la vemos convertirse en causa de interés general: no es ya la causa de un hombre privado, sino la causa de Cicerón, la causa del genio, la causa de la gratitud.

Pero ¡qué! ¿era capaz un poeta de formar los talentos del orador, de influir en sus pensamientos y dar perfección á su estilo? ¿No era de sospecharse que un exceso de celo por su causa arrastrase á Cicerón más allá de la verosimilitud, al tributar un homenaje tan completo al genio de Licinio? Hé aquí una observación al parecer muy natural y poco favorable á la causa del poeta, para que su ilustre y previsivo defensor la hubiera dejado sin contestar. Muy habituado á penetrar en el



Si Cicerón hablaba con un auditorio ilustrado, debió éste por lo mismo quedar muy satisfecho con un pensamiento tan grande como bello, puesto que establece los vínculos que unen tan estrechamente las artes diversas que emanan del sentimiento, de la imaginación y del racioncinio y forman el sistema general de la bella literatura. Era imposible disponer mejor al auditorio para contar con su benevolencia; pero todavía nos sorprende más el ingenioso modo con que arrebató su atención y consigue su docilidad.

Para esto le basta sostener el tono de modestia con que se ha introducido, y desplegar toda la riqueza de dicción y toda la magnificencia del estilo, pintando con suprema delicadeza y energía el teatro que se ofrece á su vista. ¡Qué interés no derrama sobre su causa! Es una cuestión de Estado, y muy digna bajo este respecto de elevarse hasta la majestad de la tribuna, puesto que se trata nada menos que de los derechos políticos: es una causa pública, y por lo mismo de grande importancia en el foro: en fin, va á ser tratada en un estilo tan peregrino en los tribunales, como extraño al idioma judicial: «quod non modo á consuetudine judiciorum, verum etiam á forensi sermone abhorreat.

Para fijar la atención, basta herir la curiosidad; ¿y podía imaginarse un medio más á propósito que este anuncio? Sin embargo, quítese la preparación, y él entonces, lejos de avivar la curiosidad, arrancaríala la risa del menosprecio. Para introducir esta novedad en el foro, sin aventurarse cuando menos á la diferencia del auditorio, se necesita de un talento capaz de adquirir antes varios triunfos graduales. Reflexionemos ahora que quien habla es Cicerón, el primer orador de su patria, el juez más competente en la materia; que este orador habla con harta moderación de su mérito, y no

más que por manifestar cuánto le debe á su cliente; que hace visible la fraternidad íntima que hay entre la elocuencia y la poesía, y sólo hasta entonces se resuelve á proponer la novedad que va á introducir á la elocuencia; que este anuncio es muy artificioso, pues por una parte supone como una cosa muy natural la extrañeza de su auditorio, y por otra se limita á pedir encarecidamente á los jueces una gracia, y sólo por mirarla como indispensable para el mejor éxito de su causa, y como más conforme al carácter del acusado. Mas á pesar de hallarse íntimamente convencido de que es utilísimo y hasta cierto punto necesario relajar un tanto la severidad del foro en el estilo de su elocuencia, no le propondría, ¡tanto así es el respeto que profesa á los tribunales! si creyera disgustar con esto al que debe juzgar la presente causa. Pero él todo lo tiene calculado; y sabiendo que la severidad de los magistrados está suavizada por su eminente literatura, se atreve á esperar que su nuevo estilo no será desagradable á sus jueces. ¡Qué filosofía, cuánto gusto, qué talento tan admirable para guardar todos los miramientos oratorios no resplandece en esta preparación! Ella y sólo ella pudo haber hecho que el anuncio de un estilo desusado y nuevo despertase la curiosidad y fijase la atención de los magistrados y del público.

Veamos ahora el ingenioso modo con que Cicerón interesa á los jueces en el buen éxito de la causa y los dispone á proteger con sus votos el talento de Archias. Primero había ponderado el severo carácter de su auditorio diciendo, que hablaba ante el más recomendable y escogido varón, [lectissimum virum] á presencia de unos jueces muy respetables, (apud severissimos iudices) y lo que es más, en presencia de un concurso numeroso. La enumeración de estas circunstancias era muy necesaria, pues de otra manera podía sos-

pecharse que el orador intentaba sorprender á los magistrados, suponiendo en ellos alguna ligereza. Si el pretor y los jueces eran hombres llenos de madurez; si se hallaban rodeados de un inmenso concurso, cosa que tantos miramientos exigía no sólo de parte de aquellos, sinó aun del mismo orador, no podía ciertamente aspirar éste á su indulgencia con motivo de la novedad que iba á introducir en el foro, sino por causas muy graves y legítimas, como en efecto las tenía. El acusado era un hombre constantemente aplicado á las tareas pacíficas del estudio, sistema de vida nada conforme con la perpetua y activa fogosidad que distingue al hombre público en los debates del foro: «ejusmodi persona quae propter otium ac studium mínime in judici periculisque tractata est»: era un gran poeta, un hombre consumado en la literatura, cualidad importante que debía recomendarle eficazmente á los jueces, y que autorizaba también la libertad que el orador quería tomarse al hacer su defensa. ¿Y qué obstáculo podía ofrecer aquel inmenso concurso, para que el orador derramase por toda su oración los encantos y primores de un estilo florido? Muy grande, si él hubiera estado compuesto de una gente inculta y grosera; pero ninguno, cuando se habla entre los primeros humanistas de Roma; «hoc concursu hominum literatissimorum»; ninguno, cuando se hablaba entre los eminentes apreciadores del mérito literario, entre unos hombres tan sensibles á los hechizos de la imaginación, como á los trasportes sublimes de la gloria que la poesía se encarga de inmortalizar, como dice Horacio; (1) ninguno, finalmente, cuando el tribunal estaba presidido por un ciudadano cuyo más cumplido elogio está comprendido en la expresión enfática de un pronombre demostrativo: «Hoc denique praetore exercente iudicium.»

---

(1) Dignum laude virum musa vetat mori.

mos, pues, cómo el tribunal más grave y más severo se transforma, sin perder estas cualidades, en un tribunal bastante flexible á la causa de un poeta esclarecido. ¡Tal es el triunfo de las conveniencias oratorias! Benevolencia, atención, docilidad; todo está conseguido desde que se presenta un orador tan admirablemente diestro para reunir en un exordio tan acabado, el recuerdo de su mérito, el interés de su gratitud, la importancia de la causa, el decoro y lustre del auditorio, la circunspección, gravedad, sabiduría y literatura de los magistrados.

«No bien hubo salido Archias de entre los niños, y de aquel género de enseñanza con que la edad pueril suele disponerse al cultivo de las humanidades, cuando se consagró todo á las tareas de la composición; y ya desde entonces su patria, la noble, opulenta y célebre Antioquía, aquella ciudad tan fecunda en los más bellos estudios como poblada de literatos y de sabios, le vio levantarse sobre todos por la gloria de su genio. ¿Y qué diremos de las otras partes de la Asia y de la Grecia toda? Tan Grande era el entusiasmo que causaba en sus habitantes el anuncio de este nombre, que la expectación pública superaba tanto á su celebridad, como en su advenimiento excedía siempre la admiración á la expectativa general. Habíanse derramado con tal abundancia en aquel tiempo por la Italia las artes y literatura de la Grecia, que su cultivo era más esmerado aquí que en los países donde habían ellas nacido; y la misma Roma, entregada entonces á todos los placeres de la paz, estaba muy distante de verlas con menosprecio. Este era el estado de las letras cuando los tarrentinos, reginos y napolitanos le concedieron los derechos de ciudadanos con las demás prerrogativas anexas á este título, y le juzgaban siempre digno de su hospedaje y amistad cuantos eran capaces de calificar

á los grandes ingenios. Precedido de una reputación tan brillante, y cuando su fama le había dado á conocer aún á los ausentes, vino á Roma, gobernada á la sazón por Catulo y Mario, circunstancia muy grata para él, pues el primero de estos cónsules podía brindar á su talento con las más heróicas proezas, y el segundo no sólo con hechos ilustres, sino con un gusto exquisito y un oído ejercitado. Aún no había dejado la pre-texta, cuando lo recibieron los Luculos en su propia casa; y es muy digno de notarse que esta casa, donde pasó su juventud, haya sido igualmente el asilo más ordinario de su vejez; porque tan distinguida predilección es debida no sólo á su ingenio y literatura, sino también á su carácter y á su virtud.»

«En aquel tiempo era muy agradable, por su trato, á Quinto Metelo, el Numídico y á su hijo Pío; era escuchado con gusto por Marco Emilio; vivía familiarmente con los dos Catulos; recibía mil demostraciones de Lucio Craso; y con la urbanidad y finura de sus maneras tenía tan obligados á los Luculos, y á Craso, y á los Octavios, y á Catón, y á toda la familia de los Hortensios, que gozaba de la más alta consideración, pues le ofrecían sus homenajes, no sólo aquéllos que anhelaban realmente por oírle á fin de sacar algún provecho, sinó, lo más notable todavía, aún los mismos que únicamente lo aparentaban.»

«Al cabo de un largo trascurso, y después de haber partido con L. Luculo á Sicilia y regresado con él de esta provincia, vino Archias á Heraclea; y habiendo querido inscribirse en ella, por verla disfrutar de tan plenos derechos en virtud de nuestra alianza, lo consiguió de los heraclenses, ora fuese por su mérito particular, ó ya por el crédito y protección de Luculo. Publicóse en estos días la ley de Silvano y Carbón, la cual otorgaba los derechos de ciudadano á los que

estuviesen inscritos en las ciudades confederadas, con tal que tuviesen domicilio en Italia al tiempo de ser publicada la ley, é hicieran su declaración ante el pretor dentro de sesenta días. Archías tenía ya muchos años de domiciliado en Roma, é hizo su declaración ante el pretor Quinto Metelo, uno de sus más íntimos amigos.»

Sin dejar de ser muy á propósito para una defensa judicial, figuraría con el mejor éxito esta narración en un discurso del género demostrativo. Para referir el orador que Archías fue célebre en toda el Asia y la Grecia, tiene cuidado de pintarnos antes el estado de la literatura en todos esos lugares: sabe muy bien que si una débil llama brilla en medio de la oscuridad, para resplandecer donde todo está iluminado, se necesita de un torrente de luz. Si Archías arrebató con su genio la universal admiración, no fue entre pueblos idiotas sino en el centro de la cultura; preparación importante para juzgar de su mérito á vista del entusiasmo que causaba y de los homenajes que donde quiera recibía. Una narración tan bien distribuida en orden á los hechos, brilla tanto por su extrema concisión, como imita con su rapidez la celeridad con que se propaga por el mundo la fama de un hombre extraordinario. Es magnífica y completa, y nada echaría de menos la crítica literaria, aún cuando sólo se tratase de elogiar en una academia el mérito de alguno de sus miembros más esclarecidos.

Pero lo que hay aquí de notable es que ella encierra toda la defensa, reducida, como se ha visto, á un hecho bien sencillo. Por la ley de Silvano y Carbón se concedió el derecho de ciudadanos á los que estuvieran inscritos en alguna de las ciudades confederadas, viviesen en Italia é hiciesen su declaración ante el pretor; Archías estaba inscrito en Heraclea,

ciudad confederada, vivía hacía muchos años en Roma y había hecho su declaración ante el pretor Quinto Metelo. Su derecho está por lo mismo suficientemente comprobado.

Tiene, pues, razón el orador para decir en consecuencia: “si no se trata sino del derecho de ciudadano y de la ley, no diré otra palabra más: la causa está defendida”. Pero era necesario rebatir objeciones, y esto es lo que hace inmediatamente.

Todos los hechos que acaban de referirse, están comprobados por la declaración de Lucio Luculo y el testimonio de los habitantes de Haraclea. Cierto es que, habiendo perecido los registros del archivo de esta ciudad, no puede rendirse la prueba de documentos; ¿mas por ventura son éstas las únicas que deben admitirse? “Es el colmo de la extravagancia y ridiculez, prosigue Cicerón, no decir nada contra las pruebas que rendimos, para exigir las que no podemos tener; despreciar con un silencio maligno las declaraciones de los testigos, para reclamar documentos por escrito; y cuando tenéis á la vista el testimonio de un hombre tan autorizado, el juramento y la fe de todo un municipio, desechar estas pruebas que de ningún modo pueden ser falsificadas, para insistir en unos registros que, como tú misma confiesas, suelen serlo todos los días.”

Por lo demás, Archias tenía ya muchos años de vivir en Roma cuando se dio la ley é hizo su declaración en los registros de Metelo, los únicos generalmente reconocidos por auténticos. ¿Y á la vista de unas pruebas tan robustas, y cuando aquél se inscribió también en otras ciudades, podrá desconocerse su derecho? Regio, Locres, Nápoles y Tarento, que prodigaban este título á unos simples comediantes, ¿le habrían rehusado acaso á un hombre coronado con la

gloria del genio? Muchos se introducían, arrastrándose, en los registros de estos municipios á fin de pasar por ciudadanos; ¿y Licinio Archias, que ni había querido servirse de aquellas ciudades, contento con la de Heraclea sería el único privado de estos derechos? Este ligero extracto de un argumento de conjetura, manifiesta cuánto importan estas inducciones filosóficas en el buen éxito de los negocios forenses, y tienen una fuerza muy grande para convencer á los jueces de la justicia con que contaba para su cliente el defensor de Licinio.

Pasa de aquí á rebatir otra objeción sacada de la falta del nombre de Archias en los alistamientos de la ciudad. Rebátela victoriosamente con hechos incontestables. En dos empadronamientos estaba Licinio ausente con Luculo, y en los tiempos de Julio y Craso no se alistó ninguna parte del pueblo. ¿Podía inferirse algo de aquí contra el derecho que se defendía? Para concluir su refutación y con ella la primera parte, hace mérito el orador de que en los tiempos en que se dice que Archias no había observado la conducta de ciudadano, testó varias veces conforme al derecho de Roma, heredó á varios ciudadanos romanos y fue colocado por Luculo, pretor y cónsul, entre los beneméritos del erario. “Buscad, pues, nuevas pruebas, exclama Cicerón, que Archias no será vencido jamás ni por su conducta propia, ni por la de sus amigos”.

He aquí una idea de la primera parte de este discurso. Es demasiado corta y puede tenerse como toda la defensa; pero aquí mismo tenemos ocasión de alabar, aunque en pequeño, los talentos de Cicerón, y aprender á calificar los hechos, darles todo su mérito oratorio y aplicar al mismo tiempo las leyes con una exactitud filosófica. Tan bien sostenidos y enlazados

aparecen aquí los argumentos, que los unos van preparando á los otros, y el conjunto causa la más plena convicción. Sea que demuestre con hechos la justicia de su causa, sea que use de la prueba inductiva, sea que forme conjeturas aproximadas, todo satisface á la razón y despierta con eficacia el interés. Si Licinio despreció por Heraclea todas las otras ciudades, es por el grande aprecio y consideración que aquella gozaba entre los romanos; si no estuvo presente al empadronamiento de los ciudadanos, es porque acompañaba entonces á un general romano, yá cuando éste mandaba el ejército, ya cuando desempeñaba en Asia el cargo de cuestor. En fin, no presenta un solo testimonio sin haberlo revestido antes de todos los caracteres propios para hacerlo respetable y decisivo. Si no es, pues, la oración en defensa de Archias el más bello ornato del genio de Cicerón, ninguno sino éste era capaz de sacar más partido de tan limitado argumento.

## II

Aunque la primera parte del discurso de Cicerón en favor de Archias pudiera tenerse como toda la defensa, no por eso ha de considerarse la segunda como inútil. Si el tono de ésta no puede avenirse con el carácter de la oratoria forense, los argumentos en el fondo son demasiado propios para robustecer en el concepto de los jueces el incuestionable derecho del acusado. Nada más natural cuando se hace una defensa, que presentar al reo adornado de aquellas cualidades y prendas que son más á propósito para hacerle estimable á los ojos del público y de los tribunales, y una práctica tan propia de todos los tiempos, lo era muy particularmente de la República en que habitaba Cicerón, pues el sistema judicial franqueaba más

recursos á los jueces para obsequiar con sus votos las nobles tendencias de un corazón ilustrado. Hé aquí la causa, sin duda, de que el orador se propusiese demostrar que aun cuando Archias no fuese ciudadano, debería serlo, y de que no malograrse una ocasión tan bella como la que se ofrecía con este plan á su talento, y una circunstancia la más oportuna para hacer más completa y brillante su victoria.

Comienza, pues, manifestando los motivos que tiene para estimar en tan alto grado las relaciones de su cliente, porque supone la extrañeza que podía causar esto al acusador. “Tal vez ¡oh Gracio! nos preguntarás ¿qué tiene de particular el trato de este hombre, para que hallemos en él un encanto tan irresistible? ¡Ah! El ofrece una grata distracción á nuestro espíritu fatigado con las contiendas del foro, y un descanso muy apacible á nuestros oídos, aturridos con las querellas judiciales”.

Hé aquí la primera ventaja que el hombre público puede sacar del cultivo de la poesía, aliviar un tanto su espíritu de las pesadas tareas de la vida pública, reponerse un tanto para no sucumbir bajo la carga, y conservar el buen humor en medio de las continuas y penosas agitaciones que necesariamente traen consigo los altos puestos. “¿Green, por ventura, continúa el orador, que podríamos bastar nosotros á la variedad extrema de negocios que diariamente estamos en el caso de tratar, ni que podríamos sostener una aplicación tan continua, si no dilatásemos nuestra alma en el cultivo de tan amenos estudios”? Segunda ventaja que pueden sacar de aquí los grandes hombres: enriquecer sus talentos, limar su gusto, pulir el estilo de sus obras, adquirir facilidad en el uso de la palabra y llevar á más alta perfección los géneros de estudio á que directamente se consagran.

Después de haber hecho palpables, aunque de un modo genérico, las ventajas de la poesía, puede afirmar, como lo hace con un tono bastante satisfecho, que si tienen razón de avergonzarse de cultivar la bella literatura, ciertos hombres que limitados á ella exclusivamente y haciéndola servir sólo á sus goces privados, no han sacado ningún provecho de aquí para la sociedad, no estaba él en este caso, pues nadie tenía derecho para dirigirle semejante reproche. El tiempo que dedican otros á los placeres, á los recreos y á los juegos públicos, lo había consumido Cicerón por el espacio de su vida en repasar sus estudios literarios, y no más que para concurrir con ellos al bien de su patria y á los compromisos peligrosos de sus amigos. “Serán pequeños é insignificantes mis talentos, decía; pero á lo menos conozco muy bien la fuente en que he de tomar la energía del estilo, la grandeza de los planes, la sublimidad de los conceptos; en una palabra, lo más esclarecido y grande que se busca y admira en los discursos del orador:” «illa quidem certe, quae summa sunt, ex quo fonte hauriam sentio».

No puede hacer un elogio ni más completo ni más exacto de la poesía, que tenerla por fuente de lo más escogido y grande que reconocemos en la elocuencia. En efecto, por mucho que la imaginación y el sentimiento concurren á los planes del orador, si éste no está familiarizado con las imágenes atrevidas y los vuelos admirables de la inspiración poética, difícilmente hará tan odioso el vicio, tan amable la virtud, tan dulce y atractiva la verdad. La feliz violencia de una versificación esmerada es para el orador la fuente de una locución dulce y armoniosa; el cuadro de ritmos variados, donde son tan visibles las faltas gramaticales, es una fuente de corrección y pureza; las licencias felices que se toma el poeta, impelido por la seve-

ridad del metro, son para el orador una fuente de fuerza y energía; la necesidad continua de locuciones figuradas á que se ve reducido por la sobriedad del idioma, son la fuente donde toma el orador las imágenes y el colorido; el arrebató de una vehemente inspiración y la diversidad de giros que exige cada período y á veces cada línea de una composición poética, son para el orador un manantial que le provee de los movimientos impetuosos de la imaginación y del sentimiento. El estro poético engendra la elevación oratoria, bien así como la elegancia de un discurso nace de la compasada y simétrica distribución de las palabras que forman una poesía. Hé aquí los servicios que á la elocuencia presta la poesía, y por qué Cicerón miraba ésta como la verdadera fuente de cuanto hay de grande y esclarecido en los discursos del orador.

Ha probado ya éste la influencia de la poesía en los progresos del buen gusto, en la perfección del talento y en los primores del estilo oratorio, para descubrir en seguida lo mucho que contribuyen las bellas letras á la moral, á la virtud y aun al heroísmo.

“Si las lecciones y escritos numerosos de tantos sabios no me hubieran persuadido desde mi adolescencia que nada en la vida se ha de anhelar con tan grande interés, cómo la gloria y la virtud, y que á fin de conseguirlas han de estimarse en muy poco todos los tormentos del cuerpo, todas las amarguras del destierro y aun el peligro mismo de la muerte; nunca por atender á vuestra conservación me hubiera lanzado á tantos encuentros, ni hecho tampoco frente á los embates diarios de los hombres más detestables. Llenos están todos los libros de aquellas máximas sublimes, llenos los discursos de los sabios y llena de grandes ejemplos la antigüedad; mas, todas estas cosas estarían hoy sumergidas en las tinieblas, si no

las hubiese alumbrado la antorcha de la literatura. ¡Cuántos caracteres de los más grandes hombres no nos han dejado en sus obras los escritos griegos y latinos, no solamente para satisfacer nuestra curiosidad, sino también para ofrecer dechados perfectos á nuestra imitación! Yo me los proponía siempre cuando tenía que dirigir los negocios del Estado; y la sola contemplación de tan excelentes modelos bastaba para sostener mi carácter y fortalecer al mismo tiempo mi espíritu.”

Todo este trozo se reduce á decir que sin el auxilio de las letras serían perdidos para nosotros la doctrina de los filósofos y los ejemplos de los grandes hombres, recursos poderosos y únicos para formar el carácter y sostener el espíritu en la práctica de la virtud; pero nótese al mismo tiempo la grandeza oratoria con que presenta Cicerón este pensamiento, cómo se eleva el tono á medida que sus ideas progresan, y cuánto interés reciben estas máximas al ofrecerse el orador á vista del auditorio como una experiencia viva de su incontestable utilidad. ¡Qué facundia y qué sobriedad á la vez en tan bella amplificación! No contento el orador con decir que «nada es preferible á la virtud y á la gloria», desciende á individualizar los accidentes más graves de la vida: todos los tormentos del cuerpo, todos los peligros de la muerte y del destierro deben tenerse en muy poco á fin de alcanzar unos bienes tan positivos y tan grandes.

Mas podía suceder que, á imitación de algunos filósofos, Cicerón estableciera principios que no hubiesen sido el motivo de su conducta, y, por lo mismo, se adelanta á decir que no había tenido más aliciente para lanzarse á todos los encuentros y arrostrar la furia de los hombres más criminales. No son estos unos conocimientos exquisitos, reservados á un corto

número de inteligentes, sino el asunto ordinario de todos los libros, el más común objeto de los sabios discursos, el designio que descubren con frecuencia los ejemplos más ilustres de la antigüedad. ¡Cuán grande interés no debían inspirar á todos los hombres estos libros, estos discursos, estos ejemplos, y cuán terrible y desastrosa, cuán funesta bajo todos aspectos debía presentarse la sola idea de su pérdida! Pues esta pérdida era infalible, segura, irreparable, si no se hubiese contado con la única antorcha que puede oponerse á las tinieblas de los siglos, con la única luz capaz de hacer visibles á la posteridad los pensamientos y las acciones de otros hombres y de otras épocas, con la antorcha de la literatura: «jacerent in tenebris omnia nisi literarum lumen accederet». Cicerón había pasado una gran parte de su vida ocupado en los negocios de la República: su desinterés, su patriotismo, su política, su infatigable celo por el bien de la patria, habían ocupado tanto á los romanos, que al través de las persecuciones y la envidia tuvo ocasión este hombre de columbrar una especie de culto público tributado espontáneamente á su mérito. Cálculése por aquí el efecto que debieron producir en el auditorio las ideas con que termina el pasaje, esta consagración al estudio de los grandes caracteres que le ofrecía la antigüedad, esta meditación constante que había sostenido su carácter y fortalecido su espíritu cuando se hallaba al frente de la República para dirigirla.

Sin embargo de todo esto, teme haber incurrido en una exageración peligrosa, recela haber dicho demasiado de las letras; y deseando no dejar motivo alguno que inspire la menor desconfianza respecto de sus principios, se propone él mismo la objeción y la satisface con tanta elocuencia como filosofía.

«Pero ¡qué! me dirá alguno, ¿esos mismos varones consumados, cuyas virtudes han sido reveladas al mundo por las letras, poseían por ventura estos conocimientos que tú exaltas con tus alabanzas? Aunque tengo por cosa difícil asegurarlo de todos, no vacilo en lo que debo responder. Confieso que han existido muchos hombres de grande entendimiento y excelentes virtudes, que sin auxilio del arte y por la disposición casi divina de su misma naturaleza, han sido eminentes y justos por sí mismos. A esto pudiera yo añadir todavía, que un feliz natural sin el estudio ha contribuido más frecuentemente á la gloria y á la virtud, que el estudio sin la naturaleza; pero así mismo sostengo que cuando á un insigne y esclarecido talento se junta cierto fondo de instrucción y cierto sistema de conocimientos, suele resultar de aquí un no sé qué de sublime y único entre los hombres. A este número pertenecen: aquel hombre casi divino á quien conocieron nuestros padres, Scipión el Africano; Cayo Lelio y Lucio Fucio, ejemplos de moderación y de virtud; y aquel prodigio de fortaleza, aquel varon tan sabio que no tuvo rival en su siglo, el viejo Catón. Si á juicio de tan grandes hombres ningunos medios proporcionasen las letras para llegar al conocimiento y á la práctica de la virtud, jamás se hubiesen dedicado todos con tanto empeño á cultivarlas».

Después de habernos hecho sentir la utilidad é importancia de la bella literatura, gusta de presentarla delante de su auditorio como el más noble de todos los recreos y como la mejor compañera del hombre en todas las situaciones de la vida. «Los demás placeres, continúa, ni son de todas las circunstancias, ni de todos los países, ni de todas las épocas de la vida; muy al contrario sucede con las letras, que alimentan la juventud, encantan la vejez, adornan la prosperidad,

abren al infortunio un asilo donde viene á encontrar el consuelo: nos deleitan en la casa, no nos embarazan fuera de ella, nos acompañan en nuestras vigiliass, nos siguen en nuestros viajes, nos embelesan en la campiña».

¡Cuántas bellezas, mil veces notadas y mil veces repetidas, siempre antiguas y siempre nuevas; y que ligadas íntimamente con la historia de nuestros goces, se reproducen siempre con nuevos y brillantes atractivos, con cierto encanto indefinido que no acertamos á explicar!

Una ojeada rapidísima sobre el hombre basta para descubrir por todas partes los límites del placer. Nada es parte á contestar la avidez inmensa de nuestro corazón, ninguna alegría conserva sus prestigios; y los placeres comunes de la vida envejecen con nosotros. La infancia vuela y arrastra consigo sus inocentes juegos; huye la juventud, y cede el campo, donde antes se animaba para divertirla el gran teatro de las ilusiones, á los roedores cuidados de la codicia, de la ambición, de los empleos y de todas las cosas que ocupan la edad madura; la vejez entre tanto nos arrebatata el aspecto del hombre formado, y entristece y angustia nuestro corazón al presentársenos á la vista circundada de dolores y de afanes, acosada por la ruindad mezquina, siempre dominada por la sospecha, siempre irresoluta por la desconfianza, siempre tímida é inerte.

¿Dónde está pues. el placer? ¡Ah! No lo busquemos en las tendencias de los sentidos, en la satisfacción de los deseos menos nobles; sino en la perfección del hombre moral, en el cultivo de la razón, en la riqueza del entendimiento; en la fuente pura de las memorias literarias. La literatura convidando á todas las edades con mil placeres que se engendran

sin interrupción y se suceden sin semejanza, derrama sobre la vida un encanto tan sublime, que nunca pueden prevalecer contra él ni los embates de las pasiones, ni los dardos del dolor, ni todas las amargas de la adversidad. Véase sino al joven prudente, previsor, ocupado en atesorar conocimientos útiles; extasiado con la perspectiva de la gloria; superior á los goces mezquinos y reprobados; tributando un culto apasionado á los grandes modelos; registrando la lira de Píndaro y de Horacio; elevándose con los cantos de Homero y de Virgilio, y participando tal vez con Demóstenes y Marco Tulio de aquellos nobles sentimientos que inmortalizaron á las antiguas repúblicas. ¿Dónde ha encontrado el origen de placeres tan deliciosos? En las lecturas, contestará él, que han sido mi ordinario alimento «*adolescentiam alunt.*»

¿Qué importan al anciano los horrores del sepulcro, cuando se animan sin cesar á su presencia las memorias de una vida magnánima cuya senda está regada de laureles? Dejemos al viejo inútil helar nuestra alma con el frío de la muerte, aislarse en el rincón de su retiro, presenciando este espectáculo bien triste: el joven que le abandona, el hombre que le compadece, el fastidio que lo consume y el círculo de sus sentimientos y de sus ideas que se recoge y estrecha sin cesar: porque arrebatada de preferencia nuestras miradas ese otro que ha comprado con las lecciones sublimes de su sabiduría el augusto título de venerable: las fuerzas corporales retardan ya sus pasos; pero no importa, porque siempre habituado á buscar en el fondo de su alma la fuente del placer, goza superabundantemente en el silencio de su misma quietud: no puede ya desafiar las tempestades del océano para ir á buscar la sabiduría en el comercio de otros hombres; pero no importa, pues al noble impulso de sus deseos,

Le sorprende en su pacífico retiro la inmensa comitiva de los poetas, de los oradores, de los sabios, en fin, de todos los pueblos y de todos los países: su edad no es una barrera que se levanta entre él y la nueva generación en que vive: su noble aspecto atrae la risa de la inocencia, y el niño se duerme sin zozobra en sus brazos: todos los jóvenes vienen á sentarse al rededor de él, y le estrechan y le urgen para que derrame entre ellos los encantos de sus memorias: el guerrero aguarda su aprobación para partir á los combates: el hombre de estado recoge incesantemente de sus labios las máximas de la prudencia: el sabio laborioso somete á su calificación los resultados de sus tareas, y el humanista proclama por todas partes la soberanía de su crítica. Todo en él es venerable, noble, apacible; su cabellera, su barba blanca, su ademán dulce y grave, la benevolencia de sus miradas, la serenidad de su frente espaciosa y despoblada donde la virtud parece haber grabado sus máximas. Esta vejez hermosa, como advierte Segur, lejos de inspirar el espanto y excitar el disgusto, atrae también el amor, y exige de tal modo el respeto, que la imaginación religiosa de los hombres la ha escogido por imagen, cuando ha querido representar al Eterno. Tal se muestra á nosotros el primer filósofo de Atenas en el instante en que muere por la verdad. Tal es el triunfo de la sabiduría, tan incomparables son los encantos que la literatura vierte en el seno de la ancianidad. «Senectutem oblectan.»

Si de aquí pasamos á considerar el influjo de la literatura en los plausibles sucesos de la vida, basta recordar que nunca nos parece tan grande la prosperidad como cuando derraman sobre ella su esplendor las letras y las artes. Pericles no habría dado ciertamente su nombre á su siglo, si Atenas hubiera visto

en él única y exclusivamente al genio de la guerra y al árbitro de sus destinos; pero tan hábil político, como excelente orador y amigo de las bellas artes, recibía el reflejo brillantísimo del Liceo y los homenajes de Sófocles y Fidias. El concurso feliz de los talentos militares con el genio de la historia, conservan la preeminencia de César entre los capitanes ilustres; y si Alejandro y Napoleón nos parecen rivales de su celebridad en la guerra, ninguno por cierto podrá eclipsar su gloria, que tanto resplandece en el maravilloso conjunto de su espada y literatura. El nombre de Mecenas ha llegado á la posteridad con tal aparato de magnificencia, menos por el favor de Augusto y los honores de Ministro, que por haber dividido con Virgilio y Horacio la gloria de la poesía con el más brillante ejemplo de protección á tan excelentes estudios. Asi es como adorna la bella literatura los acontecimientos más faustos de la vida. «Secundas res ornant.»

¿Y qué será del hombre á quien oprime el yugo de la adversidad, si no cuenta con el socorro de las letras? ¡Ay! abandonado tiránicamente á sus dolores, verá declinar en un momento la luz de su existencia, si no es que ciego por la desesperación desconozca el alto precio de la virtud perseguida, y se entre por la senda escabrosa del crimen para rivalizar con sus enemigos. Pero considerémosle cuando está poseída su alma de grandes pensamientos, y ofrecerá entonces á nuestra vista mil espectáculos maravillosos y sublimes. Tal vez desde el centro de un calabozo hará salir una obra inmortal que recuerde su nombre á todas las edades, y divierta á todo el género humano con la pintura de un extravagante aventurero que se esfuerza en perpetuar con su ejemplo las ideas caballerescas de la edad media. Tal vez en el instante mismo en que la sociedad lo desprecia y los amigos lo abandonan, su

alma se eleva á contemplaciones sublimes; la inspiración se apodera de él y le hace recorrer en espíritu regiones desconocidas, «el infierno se presentará á sus ojos bajo los colores del destierro.» (1) y entonces sorprenderá al mundo con un poema divino, y la gloria se le anunciará muy lejos de la patria. Vanos son los conatos de la persecucion para agobiar su espíritu, vanos los artificios bajos de la envidia para cegarle la fuente de los placeres; pues mientras el desprecio de las cortes, la indiferencia del pueblo, las calumnias de sus rivales, la indigencia y el destierro mismo, parecen adelantarse y decirle que ya no hay asilo ni esperanza, una voz augusta y soberana, la voz de la elocuencia, le dice: «Qué son vuestros enemigos cerca de la verdad? Eterna, mientras todo lo demás es pasajero, ella es el alimento de vuestro genio y el apoyo de vuestros trabajos. Millares de hombres insensatos, indiferentes ó bárbaros, os persiguen ó desprecian; pero al mismo tiempo, hay muchas almas que se corresponden con la vuestra de un extremo al otro de la tierra. Tened presente que ellos padecen y piensan con vos; que los Sócrates y Platones muertos hace dos mil años, son vuestros amigos. No formáis ya sino un solo pueblo y una sola familia con todos los grandes hombres que han existido ó existirán; no estáis condenados á vivir en un solo punto del espacio ó del tiempo; vivís para todos los países y para todos los siglos; y vuestra vida se extiende más allá que la del género humano.» (2) Dueños sois de la virtud y de la gloria, inestimable recompensa de las almas grandes: ¿qué son, pues, comparados con ella, «todos los tormentos del cuerpo, todas las amarguras de la adversidad; ni los peligros mismos de la muerte ó del destie-

(1) Madama de Stael. Alusión al Dante en el primer canto de "Corina."

(2) Thomas. Elogio de Descartes.

ro?» Esta perspectiva de gloria, estos encantos de la virtud, que se conocen á favor de las letras; hé aquí lo que basta para disminuir y aun hacer olvidar las vicisitudes más penosas de la vida. «Adversis perfugium ac solatium praebent.»

«Pero la literatura enemiga del mando, que acarrea tan amargos sinsabores, y amartelada de la dulce independencia, se acomoda mucho mejor con la vida privada; y en ella se recrea, y en ella ejerce y desenvuelve sus gracias. Ved sino al hombre que por inclinación natural ó por huír del estúpido silencio, de la grosera chocarrería, ó de la ruín maledicencia, se acoge á su dulce retiro: seguidle allí, y veréis cuántos encantos tiene para él la soledad. Allí restituído á sí mismo, al estudio y la contemplación que hacen su delicia, encuentra aquel inocente placer, cuya dulzura sólo es dado sentir á los amantes de las letras. Allí, en amable comercio con las musas, pasa independientemente y tranquilo las plácidas horas, rodeado de los ilustres genios que las han cultivado en todas las edades. Allí, sobre todo, ejercita su imaginación, y allí es donde esta imperiosa facultad del espíritu humano, volando libremente por todas partes, llena su alma de grandes ideas y sentimientos: ya la enternece ó eleva, ya la conmueve ó inflama, hasta que arrebatándola sobre las alas del fogoso entusiasmo, la levanta sobre toda la naturaleza á un nuevo universo lleno de maravillas y de encantos, donde se goza extasiada entre los entes imaginarios que ella misma ha creado». Tan puros é inefables son los placeres que la literatura derrama bajo el techo doméstico! «Delectant domi.»

No se contenta Cicerón con decir que la literatura nos deleita en la casa, pues añade que no nos embaraza fuera de ella (*non impediunt foris...*) Este pensamiento, que á primera vista no tiene derecho alguno

para llamar la atención, encierra un sentido tan profundo, y supone un contraste tan bello, que nos vemos obligados irresistiblemente á analizarlo. Reflexionemos que el orador viene presentando las letras por un aspecto puramente grato, é intenta demostrar que aun cuando ellas no rindiesen frutos tan copiosos para la utilidad, («quod si non hic tantus fructus ostenderetur») ni se buscara en su cultivo más objeto que el placer, («et si ex his studiis delectatio sola peteretur») debía sin embargo reputarse esta noble recreación del espíritu como la más digna del hombre, la más ilustre y magnífica de todas. Ha hecho mención de los otros placeres, y ve que son cada uno en su género muy limitados y no pueden convenir á todas las circunstancias, ni á todas las edades, ni á todas las situaciones: «Nan caeterae neque temporum sunt, neque aetatum omniun, neque locorum».

Pasa de aquí á manifestar del modo más bello lo universal é indefinido de los placeres literarios: tan dulces é intensos para el joven como para el anciano, se gozan igualmente «en todas las edades de la vida: magníficos, cuando el hombre disfruta los favores de la fortuna; tiernos, suaves, amigos y en extremo consoladores, cuando gime bajo el peso de la desgracia, nos hacen ver que saben avenirse con todas las circunstancias y vicisitudes del hombre, y que encantan de mil maneras siempre gratas nuestro retiro. Pero vamos á salir de este retiro, ó bien para respirar el aire puro de los campos, ó bien para visitar otros pueblos y tratar con otros hombres. ¿Los dejaremos en nuestra casa? ¡Ah! ¿Cómo resolvernos á ésto, habituados á vivir de sus encantos? ¡Mas por ventura necesitamos vencer grandes obstáculos para llevarlos con nosotros? Esto sería infalible si tratáramos de los otros placeres. Imagínese el más simple de todos,

el que consiste en hacer menos incómoda nuestra marcha; ¡qué de embarazos, qué de estorbos! ¿Qué sería, pues, si tratésemos de los otros deleites? Pero las letras que enriquecen el talento y la imaginación, que difunden por el alma un bienestar muy grato, las dulces y caras memorias, las bellas y grandiosas imágenes con que se engalana la poesía para cautivar nuestro corazón, lejos de embarazar nuestra marcha, la sostienen con agrado, viven con nosotros y forman una parte de nuestro sér. ¡Admirable contraste! Sin ser de todos los tiempos ni de todas las edades, los otros deleites se compran casi por lo común á costa de grandes sacrificios; dependen de mil circunstancias diversas que no siempre están de nuestra parte; nos arrebatan nuestra independencia y embarazan y atacan de mil maneras nuestro albedrío; al paso que las letras, cuyos placeres son tan sólidos, universales é indefinidos, nos acompañan siempre, se confunden con nuestra esencia y no exigen para trasladarse con nosotros ni el más pequeño sacrificio. «Nom inpediunt foris».

Si nos abandonamos al descanso del sueño, éste se transforma en dulce, benéfico y atractivo: no es el pesado sopor que embarga totalmente al hombre rústico, sino un arrobamiento suave y delicioso, que dando al cuerpo cuanto necesita para reponerse de las fatigas del día, le deja al alma todo su imperio; y entonces es cuando se sueña en un hermoso y desconocido universo, cuando sus ideas se combinan de mil maneras agradables y cuando la imaginación, este prisma del alma, le presenta los objetos que conoce bajo mil frescos y variados colores y bajo un aspecto sorprendente y casi divino. ¡Cuántas bellas inspiraciones no deberá el poeta á los prestigios inexplicables de un sueño! Cuántos movimientos sublimes no habrá sacado el orador de esta miisma fuente!

¿Y no reemplazan también estos estudios al sueño en los instantes de la vigilia? ¿No tienen cierto mágico poder para difundir en el alma y en los sentidos un arrobamiento feliz que nos arrebatara la idea del tiempo que pasamos en tan atractivo desvelo? Tan agradables cuando sostienen el pensamiento con la realidad, como cuando la embelesan con gratas ilusiones, las letras animan el universo todo en los instantes mismos en que la naturaleza reposa, y en que los hombres todos, vencidos del cansancio y la fatiga, olvidan sus cuidados y están sumergidos en el más profundo letargo. «Pernoctant nobisum.»

Cuando viajamos solos, nada dicen á nuestra razón los diversos objetos que descubrimos en el tránsito: mudas están para nosotros las bellas artes, muda también la naturaleza toda, y el único fruto de una larga peregrinación está reducida al aire que respiramos y á la impresión vaga, confusa y fugitiva de los nuevos objetos. No sucede lo mismo cuando las letras nos acompañan, porque entonces todo está vivo para la imaginación, todo está lleno para el hombre. Un horizonte terminado á lo lejos por montañas de nieve, el suave y bellissimo aspecto de la aurora, la melancólica y sublime imagen del ocaso, la pureza de un cielo apacible, las montañas escabrosas, las agitaciones continuas del océano, su inmensidad y grandeza; todo eleva el alma á los más altos pensamientos, todo la enriquece con ideas magníficas, todo la transporta con sentimientos inefables. Entre tanto, se sorprende sin percibirlo al cabo de su carrera; y después de haber admirado en diferentes pueblos las maravillas de las artes, las diferencias de los usos, el sistema de los gobiernos y la índole de las naciones, vuelve por fin á su patria embriagado de placeres y cargado de importantes descubrimientos, de útiles ver-

dades, de sublimes creaciones, de nuevos y generosos designios. Así es cómo las letras viajan con nosotros: «peregrinantur».

Pero donde la literatura franquea más particularmente sus amables atractivos, es en aquellos momentos de la vida en que fastidiados con el eterno bullicio de las ciudades, con la servidumbre de la etiqueta y los molestos y pesados negocios, volamos á la solitaria campiña. Allí recordamos con placer la dicha inefable de Titiro y los infortunios de Melibeo. Las doradas espigas, la miel sabrosa de los panales, las claras fuentes y corrientes ríos, las anchas y livianas cortezas, nos pintan y retratan aquellos dichosos siglos á que los antiguos pusieron el nombre de dorados. Allí sube maravillosamente el precio de los pensamientos grandiosos: allí ostenta mejor el espíritu su augusta soberanía: los libros, estos amigos fieles, tienen un no sé qué de nuevo y sorprendente en medio de los campos. El alma se siente más inclinada á la virtud cuando contempla la frescura de una mañana de primavera, la tarde silenciosa y sublime, el ruido misterioso del bosque lejano y el apacible y grato murmurio de la fuente vecina: allí es donde esta emanación purísima de Dios, se allega íntimamente al trono en que reside, y conversa y trata más al rey de la naturaleza, y donde el himno de la mañana y el cántico de la noche, escapándose de la lira, vuelan con el gorgceo de las aves á llevar los dulces tributos del hombre y la naturaleza al Padre de la creación. ¿Quién entonces, al volver de su retiro campestre, no exclama con Horacio:

O rus! quando ego te aspiciam, quandoque licebit,  
Nunc veterum libris, nunc somno et inertibus horis,  
Ducere sollicitae jucunda obliviae vitae?

*Horacio.*

¿Cuándo á ver tornaré tu alegre suelo		O en el sueño ó el ocio adormecido,
Quinta feliz, ó se dará á mi anhelo		De aquesta vida fatigante y dura,
De la antigüedad sabia en la lectura,		Gustar en fin el delicioso olvido?

*Traducción de Burgos.*

¿Será extraño, á vista de cuanto acaba de exponerse, que el pensamiento de Cicerón no haya perdido después de tantos siglos uno solo de sus encantos? Ninguno hay medianamente versado que no le tenga en la memoria y lo repita siempre en un transporte inexplicable, y que no le considere como la divisa de la bella literatura. El es, digámoslo así, el gran pórtico de las letras: porque comprende con admirable concisión y suprema energía, todos sus bellos atributos, todos sus primores exquisitos y todos los atractivos con que brinda á la juventud que se forma en el estudio de las ciencias. ¡Qué de imitaciones excelentes de este pasaje no cuenta la elocuencia académica y la poesía! Hemos tenido ocasión de citar algunos trozos escogidos de Thomas y Jovellanos: veamos ahora uno en que Delille presenta con todo el ornato de su rica imaginación el pensamiento del orador romano.

Beaux-arts! eh! dans quel lieu n'avez-vous droit de plaire?  
 Est il á votre joie étrangère?  
 Non; le sage vous doit ses moments les plus doux:  
 Il s'endort dans vos bras, il s'éveille avec vous.  
 Que dis-je? autour de lui tandis que tout sommeille,  
 La lampe inspiratrice éclaire encor sa veille.  
 Vous consolez ses maux, vous parez son honneur,  
 L'amour de ses beaux arts, l'espoir de son vieil âge,  
 Les compagnons des champs, ses amis de voyage;  
 Et de paix, de vertus, d'études entouré,  
 L'exil même avec vous est un abri sacré,  
 Tel l'orateur romain, dans les bois de Tuscule,  
 Oubliait Rome ingrata, etc.

*L'homme des champs.*—Chant premier.

Después de haber ostentado de un modo tan feliz los timbres de la bella literatura, tiene por lo mismo el orador mucha razón de concluir que aun cuando no pudiésemos elevarnos á tan grande altura, ni participar de sus encantos por nosotros mismos, deberíamos admirar tan preciosos talentos con solo verlos en los otros: “quod si ipsi hace neque sensu nostro gustare

possemus; tamen ea mirari deberemus, etiam cum in aliis videremus.” Esta observación es tan importante como ingeniosa. Debe suponerse que en el auditorio había muchas gentes iliteratas, las cuales, viendo hacer el elogio de las bellas letras, se creerían exonerados de tomar en ello el interés que pretendía inspirar el orador, á causa de no creerse comprendidas entre quienes gustaban de ellas por utilidad ó placer. Pero esta excusa deja de tener lugar desde que se anuncia, como una consecuencia precisa de lo expuesto, que aun cuando no seamos capaces de apreciar por nosotros mismos el mérito de la literatura, debemos admirar, sin embargo de esto, á los grandes hombres que la poseen. Esto se confirma con el ejemplo de Roscio, habilísimo actor, el cual había cautivado tanto con su talento á los romanos, que á su juicio no hubiera debido morir nunca. Justa era la estimación que hacían de este hombre, aunque todo su mérito consistía en los movimientos del cuerpo: ¿cuánto más derecho no debían tener, pues, al entusiasmo universal los movimientos increíbles del espíritu y los vuelos atrevidos del genio? Con este motivo pondera el orador el talento de Archias para improvisar, y concluye refiriendo haber presenciado tales encomios de lo que éste había compuesto esmeradamente y en el silencio de la meditación, que le parecía verle ascender hasta la gloria de los antiguos maestros. “¿Cómo, pues, exclama, no querer á este hombre, cómo no admirarle, cómo no reunir las fuerzas de mi espíritu á fin de defenderle?”

“Grandes y eruditos escritores nos han enseñado que los demás talentos se forman por el estudio, los preceptos y el arte; mientras que el poeta lo debe todo á la naturaleza, se transporta con solo el ardor de su numen, y recibe, digámoslo así, la sublime inspiración de un genio divino. No sin motivo, nuestro

“poeta Ennio, advertido por su experiencia, los llama-  
 “ba sagrados, como si viniesen á nosotros revestidos  
 “de un carácter celestial, y con algún presente de los  
 “dioses que les sirviese de recomendación entre los  
 “hombres.

“Que sea por lo mismo sagrado para vosotros, oh  
 “jueces, que sentís como nadie las delicias de la lite-  
 “ratura, este nombre de poeta, que ni la misma barba-  
 “rie ha violado jamás. Las rocas y los desiertos obe-  
 “decen á su voz: á la dulzura de su canto mil veces  
 “depone su ferocidad y se detiene el indomable bruto:  
 “y nosotros, ilustrados por los mejores estudios, ¿se-  
 “remos los únicos en permanecer insensibles á la voz  
 “de los poetas?”

La recomendación que hace aquí de los poetas el orador romano, parece poco adecuada á la majestad y al tono serio de la oratoria. Parece que el orador hubiera debido ceder al Mantuano la graciosa ficción, hablando él de un modo más verdadero y más persuasivo. Pero reflexionemos que Cicerón hablaba de la poesía y debía naturalmente tomar su lenguaje; que pretendía arrastrar hacia ella, no el interés ordinario de la utilidad común, sino el acatamiento y veneración que se deben al misterio; que una época en que todavía los poetas conservaban gran parte de sus prerrogativas sobrehumanas, le abría campo para deslizarse un tanto á lo maravilloso; que todo este rasgo debe considerarse más bien una serie de alusiones, que como una cadena de raciocinios: en fin, que Platón, cuyas obras eran reconocidas universalmente como un dechado perfecto de razón, de filosofía y de buen gusto, había dado ya el ejemplo y recomendado, por la boca de Sócrates, el genio de la poesía, como un dón sobrenatural; y el canto de los poetas, como la voz profética de un hombre inspirado.

Si se hablase hoy cuando la poesía tiene un carácter muy diferente, cuando lo maravilloso ha debido perder gran parte de sus encantos, y cuando la mitología no puede sostener ya la verosimilitud, no recibiríamos bien un pensamiento que visiblemente alude á la conocida fábula de Orfeo y Anfión, como dice Horacio :

Siivestres homines sacer, interpresque Deorum  
Caedibus, et victu faedo deterruit, Orpheus;  
Dictus ob hoc lenire tigres, rabidosque leones:  
Dictus et Amphion, Thebanae corditor arcis,  
Saxa movere sono tertudinis, et prece blanda  
Duxere quó vellet.

Intérprete del cielo el sacro Orfeo		Cual á Amphion la fama le atribuye,
De la vida salvaje y mutuo estrago		Porque de Tebas levantó los muros,
Alejo con horror á los mortales;		Que al eco de su cítara movía
Y por eso se dijo que su lira		Las piedras de su asiento y que do quiera
Logró amanzar los tigres y leones;		Con seductor encanto las llevaba.

*Traducción de Martínez de la Rosa.*

Estos versos de Horacio manifiestan, sin embargo de lo que hemos dicho, que al través de la fábula se descubre esta importantísima verdad: la poesía suaviza las costumbres, ilustra insensiblemente á los hombres; y por la melodía con que deleita el oído, predispone mejor á los pueblos á los sentimientos de humanidad: acaso esto dio motivo á la ficción mitológica.

*Dictus ob hoc lenire tigres, rabidosque leones.*

Platón había hecho la misma pintura del poeta, justificando sus ficciones como verosímiles para nosotros, puesto que para ellos constituyen la realidad y que sienten cuanto expresan, y ven efectivamente cuanto pintan y describen. Pero veamos el rasgo en su totalidad y en esta cita reconozcamos á los grandes y eruditos escritores, de quienes habla Cicerón en su discurso.

“Los cantores épicos, dice Sócrates, no deben al arte, sino á una llama celestial, á un Dios, las bellas

“creaciones de su genio; los líricos, á la manera de los  
“Coribantes, siempre fuera de sí mismos cuando ce-  
“lebran sus danzas religiosas, no cantan á sangre fría  
“sus odas sublimes; es necesario que la armonía, que  
“el ritmo los exalte; es necesario que una divinidad  
“los posea. Creemos ver en ellos á esas Bacantes,  
“que, cediendo á una santa manía, van á beber la le-  
“che y la miel al caudaloso torrente; acaba su delirio  
“y cesan sus encantos, No nos engañan los poetas  
“líricos cuando nos dicen todo lo que su imaginación  
“les presenta, cuando describen esos jardines de las  
“Musas, esas fuentes de miel, esos ricos valles en que  
“recogen sus versos, como las abejas volando al re-  
“dedor de las flores. Sí, el poeta es una cosa lige-  
“ra, volátil, sagrada; no cantará nunca sin un trans-  
“porte divino, sin un dulce furor. Lejos de él la razón  
“fría; pues desde que pretende obedecerla, acaban los  
“versos y enmudecen los oráculos..... Sólo un Dios, el  
“Dios que subyuga su espíritu, los toma por sus mi-  
“nistros, por sus oráculos, por sus profetas; y al em-  
“bargarles sus sentidos, quiere darnos á entender que  
“no son ellos los autores de tantas maravillas, sino  
“que nos las dice él mismo, haciéndose oír por su voz.  
“Y tú, que nos recitas los versos del discípulo de los  
“dioses, ¿no eres el intérprete de su intérprete? Dime,  
“cuando tu voz fiel arrebató á los que te escuchan;  
“cuando cantas á Ulises precipitándose en la tierra,  
“manifestándose á los amantes de Penélope y arrojan  
“do el carcax á los pies de ellos, ó al vencedor de Héc-  
“tor; ó las lágrimas de Andrómaca; ó los infortunios  
“de Hécuba y de Príamo; ¿tu razón vencida no cede al  
“entusiasmo, y no crees asistir á lo que cuentas? ¿No  
“ves tú á Ithaca, los muros de Ilión y todos aquellos  
“sitios á donde te llevan tus cantos? No, tú no puedes  
“disimularlo; en los pasajes tiernos tus ojos se arra-  
“san de lágrimas; en las escenas terribles y amenaza-

“doras, se erizan tus cabellos, y tu corazón palpita en “tu seno.” (4)

El trozo que precede suministró probablemente al orador romano el pensamiento con que exalta al genio de la poesía de un modo tan sublime. Esta circunstancia es muy oportuna para dar con ella una lección importante á los que se dedican á la composición. Lejos de avergonzarse el orador ó el poeta, de tomar para sí los pensamientos de otros hombres, debe servirse de ellos, con tal que sepa ofrecerlos de un modo tan apropiado á sus ideas, que no aparezca la menor desigualdad en el estilo. ¿Qué sería del escritor, sino aprovechase los preciosos trabajos de aquellos que le han precedido en la carrera de las letras; si estuviera condenado á no enriquecer sus obras con las producciones de los otros, y á ser original, talvez contra los principios del buen gusto? Recordemos que la novedad no consiste en las partes sino en el todo, y que la originalidad resplandece principalmente en el designio. Nada importa que todos los cuadros se resuelvan en unos mismos colores, con tal que su combinación se nos manifieste bajo un carácter particular; nada importa que en la «Eneida» veamos aparecer aquí y allá los grandes pensamientos de Homero: porque haciendo su lectura, simpatizamos irresistiblemente con Príamo y su familia; y á la vista de una ciudad exhalada entre el humo del incendio, no cantamos el himno de la victoria, sino que dejamos con lágrimas la dulce ribera, el puerto y los campos donde fue Troya.

Littora tum patriae lacrymans, portusque relinquo  
Et campos ubi Troia fuit..... (Virg. En. Lib. 3°)

(4) “Pensamientos” de Platón.



## ESCUELAS DOMINANTES

---

### I

**E**ntre las muchas escuelas que trabajan hoy por subyugar á la inteligencia humana, pueden distinguirse principalmente tres, así porque ellas son las que tienen más espectabilidad, como porque en su triple programa vienen á refundirse sustancialmente los principios de las otras. Estas son la escuela «sensualista,» la ecléctica y la teológica. Estas escuelas han propagado por el mundo tres doctrinas diferentes, que dividiendo las opiniones en orden á los principios de las ciencias, al método de los estudios, á las reglas de la conducta pública y privada, y aun al mérito relativo de las instituciones políticas; han producido un desavenimiento general, y puesto en duda la importancia de todos los establecimientos consagrados á la dirección literaria y moral de la juventud. Entre estos establecimientos hay unos que no han perdido su antigua filiación, y que sin ser extraños á los verdaderos progresos de las ciencias, han opuesto de continuo á las inno-

vaciones peligrosas una resistencia noble, negándose con heroica firmeza á transigir con las pretensiones absurdas de esa bastarda filosofía, que bajo formas tan diversas se ha presentado á combatir las creencias católicas, y pagna vigorosamente hoy por desquiciar en lo absoluto los fundamentos de la religión y de la sociedad. Tales son los establecimientos eclesiásticos, es decir, aquellos colegios que fundados por la Iglesia ó servidos por ella en favor de los gobiernos temporales, han hecho brillar el principio teológico en el gran sistema de las ciencias y de la moral. La verdad teológica en el respetable conjunto de sus misterios y de sus dogmas, la verdad filosófica con esa pureza y fecundidad que la comunica la unión estrecha del raciocinio con la fe, la verdad política con esa incontrastable firmeza de que será deudora siempre á la inextinguible luz y omnímodo poder de los principios evangélicos, se adunan y ligan de tal suerte por la aplicación constante del principio teológico en estos establecimientos eclesiásticos, que á pesar de las revoluciones políticas y filosóficas han triunfado en los más empeñados encuentros; y puesto á salvo de todos los naufragios los eternos é inmutables principios en que está vinculada la ciencia del hombre y de la sociedad.

## II

Para juzgar definitivamente las cualidades relativas y el mérito de estas diferentes escuelas basta considerarlas en sus resultados. El más general de todos es la versatilidad incesante de las doctrinas, la inaquiescencia de las convicciones, el desconcierto frecuentísimo entre lo especulativo y lo práctico, la anarquía perdurable en que permanece la sociedad filosófica. El espíritu de secta, que siempre ha propendido á dogmatizar extendiendo la influencia de un principio más allá

de lo que permiten la extensión y el número de los objetos á que tal principio pueda referirse, ha causado no pocos trastornos en el campo de la investigación, y desnaturalizada extremadamente el genio propio de la filosofía. De aquí esa variedad de escuelas que han ido apareciendo sucesivamente en Europa en los tres últimos siglos desde que Newton, Leibniz, Descartes y Bacon presentaron al talento esos nuevos aspectos bajo que podían ser considerados los diversos ramos de las ciencias. Los rápidos impulsos que éstas recibieron en consecuencia de una revolución tan feliz como la que debe la filosofía al poder intelectual de estos cuatro escritores, hicieron esperar, y con fundamento que, organizándose el sistema de los estudios, sobre principios más reconocidos y mejor sentados adelantaría la sociedad prodigiosamente, demarcándose con más precisión y exactitud los diversos puntos de separación y de contacto que á causa de sus diferentes objetos tienen y guardan entre sí todos los conocimientos humanos. Pero el hecho es que sucedió de otra manera: el principio material invadió los dominios del espiritualismo, trató de someter al criterio de los sentidos cuanto cae bajo la inspección de la inteligencia, y confundiendo hasta este punto los elementos del verdadero saber, no hizo más que reunir de antemano los combustibles en que más tarde habían de ser lastimosamente inmoladas la moral católica, la sana política, la sensatez de las naciones y todas las nobles esperanzas del individuo y de la sociedad. Dios quedó relegado al país de las abstracciones; y nivelado el hombre con la condición del bruto las pinzas del anatómico buscaban con arrogante solitud nuestras ideas y nuestros pensamientos en las fibras cerebrales; el fatalismo sustituyó á la libertad, el egoísmo á la justicia, la conveniencia al deber. El cultivo de las ciencias metafísicas se consideraba como una inocente locura, el

estudio de la religión cristiana como el ocio del fanatismo, la mutua protección que se debían y protestaban recíprocamente la Iglesia y el Estado, como un obstáculo insuperable para el verdadero progreso de la sociedad: el espíritu fué nada, la materia todo: por consiguiente, el interés monetario constituyó la base de la justicia, y las ciencias físicas desnudas de sus relaciones morales, el ornato exclusivo del talento y del genio.

¿Por qué triste fatalidad ha de estar la filosofía condenada siempre á las exageraciones y comprometida violentamente en el error, cuando más empeñada se muestra en extender sus dominios y hacer más practicables y seguros los senderos de la verdad? He aquí una cuestión que tienen resuelta ya y definitivamente la experiencia y la fé. Conquistarlo todo, conquistarlo por sí mismo, y no dividir con nadie los frutos de la conquista, he aquí un lema señaladísimo donde reconocemos la filosofía del pasado siglo. Queriéndolo conquistar todo, la filosofía traspasó con sus pretensiones los límites de su poder natural; queriéndolo conquistar exclusivamente por sí misma, desdeñó la cooperación de la fé, y se hizo impía, sacudió las trabas de la autoridad, y se hizo escéptica; y como ni el escepticismo ni la impiedad tienen ojos para reconocer los caracteres del espíritu, la existencia y la magestad de los dogmas y la historia siempre viva de la religión y la Iglesia, la filosofía cortó de golpe estas triples relaciones, y reducida á elegir un objeto en que pudiera ensanchar su ambición sin el sentimiento de su ineptitud, se decidió por el mundo corpóreo y se atuvo solo á los sentidos. Esta consecuencia era precisa; y no debemos extrañar que el materialismo haya venido á reemplazar aquel imponente y majestuoso conjunto de objetos que la razón íntimamente ligada con la fe había puesto á la vista del filósofo para ennoblecer sus pro-

cedimientos y dilatar prodigiosamente la esfera de las investigaciones.

¿Y qué diremos de la escuela ecléctica? Verdad es que en todas sus ramificaciones hay un fondo común de espiritualismo; verdad es, que por todas partes son llamados los espíritus á investigaciones más elevadas que las que provoca el sistema de la sensación, y que el hombre y la sociedad son aquí vistos bajo un aspecto más noble y en un sistema de relaciones más digno; pero también es cierto, que todos son racionalistas, que todos pretenden crear y perfeccionar la ciencia, regularizar las costumbres y acelerar la sociedad á su fin con abstracción absoluta de la fe, con independencia de toda autoridad docente y sin contar con otros recursos que los muy reducidos y poco seguros de la razón humana. “El racionalismo, dice Lacordaire, ha perdido á la humanidad por la duda, que parece su término natural.... Dos veces ha reinado en el antiguo mundo, en los tiempos de Pericles y de Augusto, y dos veces ha desarmado al entendimiento humano. Su reaparición en Europa tres siglos há, ha producido nuevamente el mismo resultado.” Ni podía ser de otra manera: el mismo principio que sirve de apoyo á la escuela racionalista es un elemento fecundo de división y de trastorno: porque, cifrando aquel sus derechos en la demostración y garantizándoles en el convencimiento, claro es que no queda ni misión estable ni autoridad reconocida: cuantos poseen la facultad de discurrir, alegan el derecho de proponer; y cuantos hallan interés en resistir á tales ó cuales opiniones, alegan la independencia de su razón, para no rendir al talento el vasallaje de la inteligencia. No hay medio: ó someterse á la influencia de un principio universal y divino que contenga, explique y gobierne á todo el hombre, ó dejarse arrastrar á los abismos de la duda; ó principio teológico, ú omnímota y perpetua nulidad.

## III

Mas este principio tan fecundo y grande cuando obra todo y sin violencia, aparece mezquino é impotente cuando se le tiende la mano para someterle al dominio de la razón. ¿Se quiere una prueba? Vuélvase la vista á esa misma escuela teológica. Talentos clásicos y genios de primer orden llaman á juicio la historia antigua y la historia contemporánea, la filosofía, la moral, las ciencias, las artes, la literatura, al hombre bajo todos sus aspectos, á la política en sus inmensas ramificaciones, á la sociedad en sus formas diversas é innumerables vicisitudes: ven el desconcierto universal de las opiniones, sienten de continuo el calor de las disputas perdurables, observan con asombro la rapidez prodigiosa con que se suceden los sistemas, reconocen á cada paso la esterilidad de todos los esfuerzos del racionalismo, por todas partes escuchan el estruendoso, clamoreo de los entusiastas que aplauden el «progreso» y se muestran deslumbrados por el esplendor que despiden todas las antorchas del filosofismo; pero notan asimismo, cómo gana extensión en el espacio la inmensa y tenebrosa nube que sustrae á la vista del hombre la revelación de su ser, y encubre á la sociedad el arcano de su origen, la ciencia de su acción y el verdadero cuadro de sus destinos. Entonces hojean el libro de la antigüedad, piden á la historia el secreto del orden, de la paz, del saber y de la virtud, que se han visto reinar en otras épocas—Un rayo feliz ilustra de concierto su entendimiento y su corazón..... Comprenden, por último, que todo subsiste por la fe, y que todo se arruina sin la fe..... columbran el secreto de una reforma universal..... van á ensayarla..... ¿Qué sucederá? ¡Dichosos ellos, y la sociedad dichosa, si esta y aquellos se colocan bajo el

poder del principio; pero desgraciados todos si intentan someterle al poder de la razón! Por desgracia, y muy grande, no sucedió de otra manera. Pero oigamos á este propósito, las observaciones que hace el orador que acabamos de citar. «Sobre las ruinas que el racionalismo había amontonado en rededor nuestro, hubo hombres de talento que experimentaron la necesidad de volverse hacia la fe; pero en vez de mirar á la Santa Cruz, en cuyo rededor se agolpa la multitud de los verdaderos creyentes, quisieron elevarse por su propio vuelo á la región de los misterios; y osados con el deseo de edificar, como lo habían sido en el furor de destruir, tuvieron el valor irreflexivo de enarbolarse el misticismo en medio de la capital de Francia. Ignoraban que el racionalismo puede muy bien consumir su obra á la luz del día, porque para destruir no se necesita más que la insolencia de un rudo ataque; mientras que el misticismo, aspiración desprovista de unidad, y por consiguiente incapaz de fundar un gran monumento, necesita de sombra, de silencio y de retiro, para ejercer su poder en el corazón del hombre.»

No sucede lo mismo cuando la razón, conteniéndose dentro de los límites de su luz y en la esfera de su poder, adopta, abraza y aplica el principio teológico en cualquiera de los muchos órdenes que á él están y han estado sometidos por una ley imprescriptible de la verdad. Su luz es inmensa; ilumina de un golpe la naturaleza y los misterios, revela todos los arcanos: su poder es incalculable pues pasa por el corazón para rendir al entendimiento: su extensión es infinita, pues abraza el gran sistema de las relaciones universales que ligan esencialmente á la creación con la Divinidad. Nada verdadero, sólido y justo hay en las otras escuelas que no se halle por entero en la escuela

católica; nada erróneo, vago, imperfecto, caprichoso ó maligno, que haya contaminado jamás la pureza del verdadero principio católico; porque abraza y comprende al mismo tiempo las deducciones más netas del raciocinio y las revelaciones y dogmas de la fé.

## IV

Mas qué, se dirá: ¿el principio teológico puede extenderse hasta esos ramos que giran con absoluta independencia de los misterios? En vano se ha pretendido sostener que el principio teológico es extraño al cultivo de las ciencias físicas, del Derecho general y de la Bella Literatura. Los que así discurren, pierden de vista sin duda alguna los principios generales de la ciencia y de la historia progresiva del espíritu humano. ¿Cómo han podido olvidar tan fácilmente las íntimas y maravillosas relaciones que ligan por una parte al mundo físico y al mundo moral, que estrechan por otra la religión con la política, y que han sostenido en el más dulce comercio la razón, el sentimiento y la imaginación? Estaba reservado á los filósofos modernos pronunciar un solemne «mentís» contra los sabios del paganismo, que veían escrito el nombre de Dios en los astros del firmamento, y contra el Profeta-Rey que cantaba los atributos divinos inspirado por el cuadro sublime de los cielos. Diga cuanto quiera la filosofía materialista, nosotros veremos siempre el gran cuadro del universo físico, como un reservatorio inmenso de verdades metafísicas y morales en que la filosofía, dulcemente inspirada por la religión, puede dilatar prodigiosamente el horizonte á sus miradas, é impeler al genio á la contemplación de esa verdad suma y universal de donde parten y en donde terminan

todos esos conocimientos preciosos que están distribuidos á la especie humana.

La impiedad abandonando el antiguo sistema, se ha creado nuevos recursos y ha formado, por explicarnos así, del cultivo de las ciencias físicas un inmenso fulcro para precipitar en el abismo la verdadera Metafísica, los documentos de la Santa Escritura y los principios de la Moral evangélica. Aquí vemos combatida con orgullo y con tenacidad la cronología de Moisés con los cálculos astronómicos y con las investigaciones del naturalista: allí vemos renacer el panteísmo de la fuerza expansiva que se difunde por toda la naturaleza: unas veces nos atruena la inmensa vocería de los fisiologistas conjurados contra el espíritu: otras vemos el orgullo de la ciencia desdeñar los grandes motivos que preceden á la creación y á los fenómenos, relegar al público desprecio el estudio de las causas finales, no reconocer en la naturaleza más principio activo que el de los agentes físicos ni más fuerza reguladora, que la simple sucesión de los fenómenos. Por último, cortadas así las relaciones íntimas que ligan á la tierra con el cielo, sufrieron la ley de la materia las ciencias que parecían tener con ella menos analogías. La moral no tuvo más apoyo que el interés, y las artes y el comercio vinieron á ser los resortes exclusivos del mundo político.

¿Sería prudente abandonar con el cultivo de las ciencias físicas el campo de la lid á la discreción de los impíos, en esta nueva rebelión de los naturalistas incrédulos contra Dios y su Providencia? He aquí de manifiesto por qué la Física ocupa un lugar tan distinguido en los establecimientos católicos. Basta leer el Génesis, para saber hasta dónde se extiende la inspección de la Iglesia sobre todas las ciencias.

Si de las ciencias naturales pasamos al estudio

del Derecho y de las ciencias políticas, nos bastaría sin duda recordar, que no puede haber sociedad sin religión, para demostrar á «priori» las relaciones íntimas que tienen estos conocimientos con el principio católico; y la mejor prueba de ello es el origen de donde parte la objeción que hacen contra la influencia de este principio los partidarios de las doctrinas ultraliberales. El primer conato de estos filósofos, ha sido, como es notorio, borrar de la sociedad el doble carácter que tiene de política y religiosa, para estudiarla y organizarla sólo bajo el primero de estos aspectos; excluir de la ciencia del gobierno la doctrina católica, y cortar por último las conexiones esenciales que por una ley invariable de la sociedad debe constantemente haber entre la Iglesia y el Estado. Verdad es que ellos no han podido abolir enteramente las ideas religiosas, y que los pueblos, á quienes afectan favorecer con sus teorías, han sido siempre para el desarrollo de estas el primero y más imperioso de los obstáculos: también es cierto que no pudiendo dar un paso sin facilitar medios de allanamiento con las creencias comunes, presuponen de tener en su república religión y moral; mas despojando á la primera del culto y del sacerdocio, y emancipando á la segunda de la revelación y de la autoridad docente, no han hecho más que vestir á la moda su ateísmo político y filosófico bajo el aspecto del deísmo y lo que ellos llaman «moral natural.» ¿Qué ha resultado de aquí? Mil bellos contrastes entre los designios y los acontecimientos: los políticos discurriendo constantemente nuevas teorías, y los pueblos sacudidos sin cesar por continuas agitaciones; aquellos pronunciando enfáticamente las palabras «progreso, civilización» & &, y estos sufriendo sin tregua todas las consecuencias forzosas de la diversidad y contrariedad de las opiniones y de la confusión de las doctrinas; las constitucio-

nes políticas sucediéndose como las estaciones del año, y las sociedades perdiendo irresistiblemente su constitución esencial: en fin, los políticos ultraliberales prometiéndolo todo, y las infelices naciones perdiéndolo todo.

Las revoluciones civiles corresponden exactamente á las revoluciones filosóficas: el progreso de estas será siempre un indicante infalible de la perpetuidad de aquella. ¿Dónde columbrar el término? En el acuerdo recíproco. ¿Cómo realizar este fenómeno social? Volviendo á los principios, ¿por qué medios? por las creencias. Pero las creencias nada son sin la autoridad, la aurtodad no es nada sin la universalidad, así como la uníversalidad nunca será nada sin la unidad. ¿Dónde está la unidad? En todas partes. ¿Se quiere en los seres? Atiéndase sólo al vínculo que estrecha al Creador con sus criaturas. ¿Se quiere en el poder? Relaciónese y subordinese al mismo tiempo los fines intermediarios del orden temporal con los fines extremos del orden eterno. ¿Se quiere en la sociedad? No se violente su naturaleza despojándola de su doble carácter de política y religiosa. ¿Se quiere en las facultades? Unase siempre la razón y la fé. ¿Se quiere en los conocimientos? Atiéndase al vínculo que une la revelación con la ciencia. Se quiere, por último, en el gran movimiento de la sociedad universal? Cé-dase sin escrúpulo á las inspiraciones tutelares de la doctrina católica. La consecuencia que debemos inferir es, que sin el principio teológico la ciencia política no tiene universalidad ninguna, ni la sociedad condición estable. Dígase lo que se quiera, la decadencia de las sociedades antiguas, así como la limitación de la ciencia de estado en los tiempos anteriores al cristianismo, son tan urgentes argumentos en favor del principio indicado, como los reinados opulentos y mag-

níficos, y también la pugna de las opiniones, y la confusión de las doctrinas, y los trastornos innumerables, y las no interrumpidas revoluciones que tanto nos alarman en algunas épocas muy conocidas de los tiempos modernos.

Mas para saber hasta qué punto se extiende la influencia del principio teológico en la jurisprudencia y en la política después del cristianismo, basta sin duda, considerar una y otra bajo sus relaciones históricas, científicas y sociales.

«Cuando la historia, dice el gran Bosuet, fuese inútil para los otros hombres, sería necesario hacerla leer á los príncipes; y esta necesidad, así reconocida por el escritor más eminente del siglo de Luis XIV, bien claramente nos manifiesta, que sin las relaciones históricas, la ciencia del gobierno permanecería siempre en una infancia perpetua. Si se habla de Derecho es necesario ocurrir á los libros santos, para encontrar su verdadera filiación; pues aun tratándose del más simple de todos, del Derecho Natural, nada ó muy poco adelantáramos en su importante estudio sin los conocimientos tradicionales de esa sociedad primitiva que constituía el elemento, bosquejaba las formas y presentaba el tipo racional de la sociedad civil y de la sociedad política. Si la razón bien dirigida es capaz de reconocer los preceptos fundamentales de la ley de la naturaleza, jamás por sí sola hubiera podido suplirla, así como no pudo conservarla. Pero la ley de la naturaleza, si bien fué un primer elemento de la ley general, y en su esfera de acción bastó para cubrir en su totalidad las exigencias de la sociedad doméstica, nunca podía satisfacer las necesidades inmensas de la sociedad civil y política. Desde que el padre pasó á ser gobierno, y el hijo figuró bajo el título de ciudadano, la ley debió á su turno hacer una transición, y ser escrita como lo

fué de facto. Sin embargo el carácter puramente civil no es un carácter universal.

Si el género humano en los tiempos anteriores al cristianismo carecía de un derecho común y pudo hacer sin él sus mil transiciones históricas, no sucedió lo mismo cuando un principio más espiritual, desenvolviendo sobre él un nuevo gérmen de vida que afectaba esencialmente á sus intereses, llegó á obrar en su seno una fusión universal: porque ya entonces necesitaba un nuevo código, que refundiendo á la vez la ley escrita de los judíos y los pocos restos de la ley natural que bogaban dispersos entre las opiniones filosóficas, los cultos bárbaros y los códigos diversos del paganismo, hubiese reunido cuantos elementos eran indispensables para que pudiera corresponder al último desarrollo de la sociedad y llenar el inmenso vacío que habían dejado los pueblos antiguos. Así sucedió de facto, y ese nuevo código es el Evangelio. He aquí puesta de bulto y á toda luz la influencia del principio teológico en la legislación universal.

## V

Los que se hallan medianamente versados en la historia general y particular del Derecho civil, saben dos cosas: primera, cuanto decayó la misma Jurisprudencia pagana desde Nerón hasta Dioclesiano; segunda, que los caracteres de sabiduría, esplendor y magnificencia que han hecho á todas las naciones poderosas tributarias del Código de Roma, deben buscarse por la serie de tiempos que llenan el espacio contenido entre la conversión de Constantino y la muerte de Justiniano. «Aquel, dice un escritor contemporáneo, quiso que la fundación de su nueva capital se atribuyese, no á la política humana, sino á los infalibles decretos de la Providencia, elevó un monumento eterno á la gloria

de su imperio y mudó enteramente la constitución del gobierno.»

«Después de haber ordenado la administración de justicia, dió leyes severas para contener en su deber á los jueces que hacían un vil tráfico de sus augustas funciones. Redujo el número de las legiones dando una nueva forma al sistema militar del imperio.»

«En su tiempo recibió grande esplendor la Jurisprudencia, viéndose en el Código muchas constituciones muy justas de este emperador. Aseguró la fortuna de los pupilos, constituyendo una hipoteca tácita en los bienes de los tutores. Hizo que no se pudiesen enagenar los bienes raíces de un menor sin intervención judicial. Arregló el modo de suceder en los testamentos, como se ve en las leyes última C. fam. ercis., 27 C. de inoff. testam., y en otras muchísimas que indican el amor á la justicia y la protección que le dispensó este emperador, á quien la posteridad ha dado justamente el renombre de grande.»

Pero estos no fueron, digámoslo así, sinó los primeros elementos racionales de aquel noble y elegante edificio que había de llevar á su término el esclarecido emperador Justiniano. Los códigos de Roma forman un cuerpo de legislación que ha triunfado del poder de los siglos, y grangearon al emperador Justiniano un concepto más grande que la celebridad justamente extendida por el número de sus victorias.

Este Derecho gobernaba el mundo cuando Roma ya no podía llamarse la Señora de las naciones, cuando sus águilas habían desaparecido bajo las huellas de los bárbaros. ¡Extraño acontecimiento! Las leyes sobreviven á la nación, y quedan los pensamientos antiguos para gobernar á los vencedores. ¿Qué no hizo Carlo Magno para extender y propagar el conocimiento y observancia de este Derecho en todos sus Estados? Lota-

rio II y Federico I establecieron escuelas públicas con el mismo noble objeto. El curso borrascoso de los siglos había hecho perecer gran parte de las leyes romanas; y la solicitud de los príncipes y de los sabios por descubrirlas, y su entusiasmo por extenderlas, forman una prueba concluyente de su mérito y autoridad.

«La Alemania, dice el autor citado, Bohemia, la Hungría, la Polonia y la Escocia las han adoptado como ley común. En Francia, en Italia y en nuestra España tienen una gran influencia en la legislación nacional, siendo constantemente seguidas en Inglaterra desde Esteban hasta Eduardo I, el Justiniano de la Gran Bretaña, mandando todas estas naciones estudiar á la par que las leyes patrias, las de los romanos, estableciendo que por ellas se supla el defecto de las suyas; pudiendo decir, que el tiempo que ha reducido á polvo todos los vanos trofeos de los romanos, ha respetado el noble monumento de su legislación, modelo de justicia á que se han sometido voluntariamente los mismos pueblos que sacudieron el yugo de sus armas, y muchos que nunca lo experimentaron, verificándose en esta parte la predicción que había anunciado á los romanos la eterna duración de su imperio.»

Mas no es este el único Derecho que debe sus progresos á los principios de que la Iglesia era la única depositaria: mucho tendríamos que decir si hubiéramos de analizar la Jurisprudencia de toda la Europa cristiana; pero limitándonos á la legislación que más nos pertenece, á la legislación española, nos permitimos recordar que la profunda sabiduría de la Iglesia trazó la planta, zanjó los cimientos y adelantó prodigiosamente la construcción de este noble y elegante edificio, que se ha visto y con razón, como el asiento del saber y el santuario augusto de la justicia. Para comprender hasta qué punto llegaba la influencia del

principio revelado en la formación de las leyes de Castilla, nos basta abrir en cualquier parte de los códigos antiguos. Todo poder viene de Dios, toda la justicia viene de Dios, todas las buenas máximas vienen de Dios: no hay otra moral que la del Evangelio, otra política que la unión de la virtud y la sabiduría cristiana: el soberano debe mandar lo que Dios manda; prohibir lo que Dios prohíbe: he aquí las ideas y los sentimientos cuya presencia real se experimenta en el alma con la lectura de esos códigos que se resienten, es verdad, de algunos resabios propios de las épocas en que fueron formados; pero que traen delante de sí una marca indeleble, que inspira el respeto, que reúne todos los homenajes; un carácter de autoridad que no ha venido por cierto de un origen puramente humano, puesto que tampoco le han podido comunicar á sus obras los legisladores incrédulos.

Si la monarquía española se nos manifiesta desde siglos muy atrás asentada sobre las eternas bases de la justicia; si el Derecho constitucional empieza á columbrarse desde la remotísima fecha de los primeros códigos; si ya desde entonces vemos la Magestad Real rodeada de trabas más saludables que las que podía amontonar sobre ella el temor de los levantamientos; si vemos el trono de los antiguos reyes rodeado de talentos, de virtudes, magníficamente ataviados con el esplendor de las ciencias, de las letras y de las artes; si para seguir la historia de la cultura española, hemos menester de remontarnos casi hasta el principio de la monarquía, ó cuando menos al reinado del sabio rey don Alfonso; no busquemos fuera de la Iglesia católica las verdaderas causas de tanta sabiduría, de tanta grandeza y de tanta gloria. Merced á los esfuerzos inponderables de los ministros del culto, la monarquía presentaba en el aspecto de su legislación, en las máxi-

mas de su gobierno, en el carácter franco y discreto de su política, todos aquellos indicios evidentes que sirven para pronosticar muy de antemano una larga duración á los imperios. Bien sabemos que la turba filológica no se cansa de declamar contra esta influencia del clero en los negocios de la política; pero también sabemos que la historia, siempre severa y siempre justa, opone sin cesar á las cavilaciones y sofismas de una razón superficial y orgullosa, el poder incontrastable de la experiencia, las instituciones mismas y la prueba concluyente de los hechos. Ella nos dice que por espacio de muchos siglos nada se hubiera podido conseguir sin la influencia del clero, que los pueblos hubieran sido víctimas de su propia barbarie y también de la ignorancia y crueldad de sus soberanos; que el imperio romano cambió de aspecto desde la conversión de Constantino; que la misma conducta de este emperador siguieron los gobiernos de Occidente; que España se distinguió como ninguna sociedad en procurar y aplicar incesantemente el influjo de la Iglesia; y que todo habría corrido una suerte muy deplorable sin el concurso de este poder tutelar, que gobernando la conciencia y difundiendo la luz, evita multitud de males y derrama todos los beneficios en el gran cuerpo de una nación.

No se nos crea sobre nuestra palabra: oigamos á un escritor que se aplicó muy particularmente á esta clase de investigaciones, y que no puede ser nada sospechoso para los enemigos de la Iglesia, pues que la obra que vamos á citar encierra doctrinas que la han merecido una justa prohibición.» Los Obispos ocuparon con efecto, los primeros asientos en las Asambleas nacionales, los estados y concilios se componían principalmente de prelados y abades, su voz y voto era muy acatado y prevalecía. Trabajaron con mucho celo en corregir y recopilar los códigos de leyes y obtu-

vieron entre otros privilegios la superintendencia sobre todos los tribunales; política necesaria y utilísima en unos tiempos en que no podía esperarse otra mejora. A unos príncipes y pueblos bárbaros, ignorantes y sin principios, que ni conocían los derechos de la naturaleza ni de las gentes, y cuya ciencia estaba reducida á desolar y destruir, no se les podía contener sino con el freno de la religión. La virtud, sabiduría y respetable carácter del sacerdocio cristiano, era la única barrera contra su despotismo y ferocidad.»

¿«Cuál hubiera sido la suerte de España en tan calamitosos y desgraciados tiempos, si los príncipes visigodos y suevos no apelaran á la Religión para aferrar la nave del naciente y vacilante imperio con aquella sagrada áncora? ¿Si no hubieran aprovechado las relevantes prendas del clero español, el crédito, la consideración, la virtud y sabiduría de los ministros del santuario, oponiéndola así como un dique contra la ignorancia, libertinaje é insubordinación de los bárbaros, y contra el torrente de corrupción y de tantos crímenes que inundaban el Estado, y amenazaban sepultarlo bajo sus ruinas? En tan crítica y peligrosa situación era necesario establecer leyes fundamentales y una forma de gobierno permanente y estable, dirigir el espíritu indócil de los bárbaros y templar su ferocidad, someter los pueblos al yugo de la justicia, introducir la paz, el orden y la subordinación entre los miembros de la sociedad, publicar un código de leyes acomodado al uso general y á las costumbres de las diferentes naciones que componían la monarquía; y designar magistrados virtuosos, íntegros, incorruptibles y suficientemente autorizados para hacerlas ejecutar, y castigar los transgresores.»

«Este tan noble y magestuoso edificio no se podía levantar sin grandes caudales de prudencia y sabidu-

ría, la cual estaba vinculada en el clero. Si fué loable política la de los sajones, bávaros, alemanes, lombardos y francos el haber deferido tanto á la opinión del clero y confiado á sus talentos una gran parte del gobierno; la de los godos de España fué tanto más acertada, cuanto era el exceso de la virtud y sabiduría de sus obispos sobre todos los que en esa edad florecieron en los diversos Estados de Occidente. Ninguna nación puede presentar un catálogo de hombres tan ilustrados en todo género de conocimientos como la Iglesia de España, ni una sucesión de obispos tan desinteresados, íntegros, doctos y versados en las ciencias divinas y humanas. Sus fastos, sus concilios, su colección canónica, son un monumento eterno de esta verdad. La sabiduría y varia literatura del clero español, así como su modestia, desinterés, caridad y zelo, resplandece en sus escritos, respetables todavía en nuestro tan ilustrado siglo. Las leyes fundamentales de la monarquía y el código visigodo serán en todas las edades un monumento irresistible del buen uso que aquellos príncipes supieron hacer de los talentos del clero.»

Tales son los resultados más generales que produjo en la legislación el espíritu del cristianismo. En cuanto al Derecho romano, todo el mundo sabe muy bien que él es la fuente de los otros; y es muy digno de notarse que aquel no pudo llamarse por excelencia el Derecho de las naciones, sino mucho tiempo después de haber acabado la dominación de Roma. Se sostenía pues esta jurisprudencia, no por la influencia del poder que habían desarrollado los conquistadores del mundo, sino por la profunda filosofía de sus leyes, por la justicia de sus preceptos; caracteres que brillaron, desde que se unieron el sacerdocio y el imperio, y con ellos la autoridad infalible de la revelación con las aplicaciones justas de un exacto raciocinio.



## XVI

### **¿DESCIENDEN LOS AMERICANOS DE LOS CANANEOS ?**

Ha sido un gran problema entre los sabios el origen de los pueblos de América; y las curiosas investigaciones de algunos que se han dedicado á encontrar lo, no han podido hasta el día desvanecer la grande oscuridad en que está. Como no faltan autores que han pretendido que los americanos son descendientes de los Cananeos, salidos de la Palestina, trataremos de examinar esta opinión.

Débase notar desde luego, que no están acordes entre sí los mismos defensores de esta opinión, acerca del modo con que se verificó aquel viaje; pues unos pretenden que los Cananeos habiéndose embarcado en buques sidoneos, fueron lanzados por una tempestad del Mediterráneo al Océano, y de ahí á la América; al paso que otros, notando que semejante travesía era tan larga como dificultosa han preferido la especie de que los Cananeos desembarcaron primero en África, después en las Canarias, y últimamente en América.

Las pruebas generales que se dan para manifestar el origen fenicio de los Americanos, son la semejanza de costumbres, idioma y religión de unos y o-

tros. Así es que, el dios de los Mejicanos en todo se parece al Saturno de los Fenicios y al Moloc de los Ammonitas, el cual era una figura monstruosa de cobre, que se encendía y al que sacrificaban víctimas humanas, á lo que se agrega una costumbre de los pueblos americanos, conocida en las Escrituras, y usada en otro tiempo entre los pueblos Fenicios, que consiste en saltar por encima del fuego como para purificarse con sus llamas.

Advierte Manases—Ben—Israel que los pueblos de Yucatán y de Acusainil, se sujetaban á la circuncisión; otros pueblos rasgaban sus vestidos al oír alguna mala noticia: que tanto estos pueblos como los de Tolón, mantenían un fuego perpetuo en sus altares. En la ciudad de Mereiq cada cincuenta años se celebraba el jubileo con la mayor solemnidad, y todo el mundo asistía á los sacrificios que se ofrecían todos los sábados en el templo. Reunidos todos estos caracteres, son de mucho peso á favor de la opinión de que se trata; pero se presenta la gran dificultad que consiste en saber cómo se pudo hacer tan larga travesía, y si en realidad se verificó

Huet, antiguo obispo de Avranches, de algún modo atribuye al acaso la traslación de Fenicios á América; porque habiendo pasado estos pueblos el estrecho de Cádiz para entrar en el Océano, sobre las costas de Africa ó de Europa, se adelantaron hasta ponerse bajo la línea, y arrebatados por los vientos que constantemente soplan de Oriente á Occidente fueron traídos hasta América, donde encantados con la hermosura del país, y temerosos de que les fuese fatal la vuelta, por soplar casi siempre vientos contrarios, se establecieron y permanecieron después para siempre, sin volver á saber de ellos en su país.

Opina Hornio que fueron varios los viajes que hicieron los Fenicios desde Africa y España hasta la América y prueba con Strabón, que aquellas gentes hicieron viajes dilatados en el Océano Atlántico. No

ta: siguiendo el mismo autor, que Eudocio en la navegación que hizo desde el golfo arábigo á las Indias y á Etiopía, vió en el Océano Etiópico la proa de un bajel Fenicio que había naufragado. Se adelantan á creer antiguos escritores, que los Fenicios recorrieron con su flota todos los mares y se pretende que aun es más embarazosa la vuelta de Africa que dió el Cartaginés Hannon, que el viaje de Africa á América; y Acosta sostiene, que puede hacerse el de las islas Afortunadas á América en quince días, siempre que sople un viento favorable. Y siendo cosa sabida que los Fenicios frecuentaron las islas Afortunadas ¿por qué no podrían pasar de allí á América de intento ó por acaso? Laecio hace con corta diferencia las mismas reflexiones y cree que los Fenicios pasaron de Africa á las Canarias, de allí á las Islas Azores y luego á América.

El mismo Hornio no contento con haber manifestado la posibilidad de la travesía del paso de los Fenicios á América quiere también probar, que fue real y positivo este suceso, y que se efectuaron tres viajes diferentes: de los cuales, el primero fue en tiempo de los Atlántides, descendientes del célebre Atlas, quienes viajaron por todo el Océano, que por el nombre de ellos se llama Atlántico, los que navegando por estos mares, dieron finalmente con las islas del Nuevo Mundo, que llamaron Atlántidas. Con este nombre conoció Platón á este país por noticias que tuvo de los sacerdotes egipcios, depositarios de los mayores secretos de la antigüedad. Diodoro de Sicilia confundió estas islas con las Canarias. Sospecha este autor que el diluvio cuya memoria han conservado los Americanos es el de la Isla Atlántida, de que hablaban los sacerdotes egipcios, refiriendo que aquella isla estuvo cubierta por las aguas un día y una noche.

Del segundo viaje de los Fenicios de América habla Diodoro de Sicilia de esta manera. “Habiendo

emprendido los Fenicios navegar en tiempos muy remotos, más allá de las columnas de Hércules, fueron arrebatados por la violencia de los vientos, y llevados á las regiones más distantes del Océano; y después de haber sido el juguete de la tempestad, durante muchos días, arribaron por último á una isla del Océano Atlántico, que distaba de la Libia hacia el Occidente muchos días de navegación donde encontraron tierras fértiles, ríos navegables, y edificios magníficos con cuyo motivo tuvieron conocimiento de estos países los Cartagineses y Tirreos; y como los primeros se veían atacados á cada paso por los segundos, y también por los pueblos de Mauritania, hubieron de equipar una flota, en la cual, después de pasar el estrecho de Gades, condujeron una colonia á estas tierras recientemente descubiertas, y conservaron muy oculto el secreto de este suceso, con la mira de retirarse allá, si algún día se veían obligados por sus enemigos á dejar la ciudad en que estaban establecidos. Refieren otros, que habiendo descubierto los Cartagineses accidentalmente aquella isla, se radicaron en ella muchos de estos, sin esperar las órdenes de sus jefes, lo que en lo sucesivo se prohibió con pena de muerte, para que el pueblo no abandonara poco á poco la ciudad en busca de nuevos establecimientos”.

Otro de los viajes de los Fenicios á América es el de las flotas de Salomón. Bien habiesen partido del Mediterráneo, como lo imaginan algunos, bien hubiesen partido del mar Rojo, como ordinariamente se cree, lo cierto es, que en tres años pudieron pasar á América, y la gran sabiduría de que estaba dotado Salomón, no permite dudar tuviese conocimiento de la posición de una parte tan considerable del globo, y tan maravillosa como la América. Es cosa sabida que muchos intérpretes han sostenido que la flota de Salomón iba hasta aquellas regiones. Colón encontró en ellas minas y cuevas profundísimas, de

donde se pretende fue extraído el oro de la flota de aquel monarca. Tales son los principales fundamentos que se alegan en prueba de que los Cananeos echados de Palestina por Josué ó por los Israelitas se retiraron primero á Africa de donde pasaron á América.

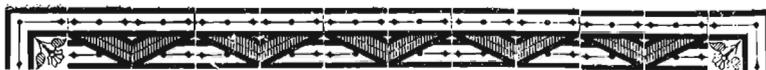
Hagamos sobre el caso algunas observaciones.

1a.—No parece posible que los Cananeos salidos de los puertos de Sidon en compañía de sus mujeres y sus hijos, pudieran ser arrastrados á América por el ímpetu de los vientos, ya porque la travesía es inmensa y muy difícil, ya porque aun concediendo que sus bajeles fueran bastante fuertes para resistir á la agitación y fatiga de semejante viaje, lo que no puede decirse de las embarcaciones de aquel tiempo, no es creíble que aquellas gentes llevasen bastantes provisiones para un viaje tan dilatado. Cuando decimos esto, hablamos de la posibilidad moral, y no de un suceso milagroso, que no estamos en la obligación de reconocer, suceso que según los sostenedores de los sistemas sobre la trasmigración de los Cananeos, se efectuó sin cambiarse el orden natural de las cosas.

2a.—Estamos de acuerdo, en que rigurosamente hablando no es imposible la travesía de Africa á América; pero también es preciso convenir, en que no se presenta una prueba cierta de que los Fenicios ó los Africanos hubiesen penetrado hasta acá: porque todo lo que dice Platón acerca de la isla Atlántida, bien que no sea talvez enteramente fabuloso, no es fácil, sin embargo, distinguir lo verdadero de lo falso en una narración tan incierta como lo es la de aquel filósofo. La isla de que habla Diodoro de Sicilia, no puede ser otra que alguna de las Canarias, á donde ninguno duda que arribasen los Fenicios, pero ya se ve la diferencia que hay entre las Canarias y la América. No se debe finalmente apoyar la certidumbre de un hecho, sobre una cosa tan dudosa, como

lo es el lugar á donde iba la flota de Salomón: y aun que se concediera que aquella flota iba á América, no se seguiría que esta estuviese poblada por los Fenicios antes y después de aquel viaje. Quedan, pues, muchas incertidumbres sobre la opinión de que la América fuese habitada primero por los Fenicios, y aun es todavía más dudoso lo fuese por los Cananeos, que huyeron de Palestina para ponerse á salvo de Josué.

No falta quien ponga en duda que los pueblos de Canaan hayan podido jamás abandonar su tierra para substraerse de las armas de los Israelitas, fundándose en que la Escritura se explica sobre el caso de una manera que nos deja en la mayor ambigüedad. Josué hizo por mucho tiempo la guerra contra los reyes Cananeos, y no quedó ciudad que no se le rindiera. Menos los Heveos que habitaban Gabaon: todas las demás ciudades fueron conquistadas por las armas ó por el designio del Señor.



## PARENTESCO DE LAS LENGUAS

En tres grandes ramos reparten los eruditos el árbol senealógico de las lenguas conocidas, que llaman monosilábicas, aglutinantes y de flexión. Las monosilábicas, como la china, siamesa, birmana, tibetana, anamita, por ser las más simples en la forma y construcción de las voces, son estimadas por los modernos las más cercanas á la primitiva. De su excelencia señalan por prueba su misma conservación en los pueblos orientales durante larguísimos siglos; lo cual no les parece tener otra causa sino la civilización vetustísima, que, señoreando los vocablos, vinculó su poder á la escritura; que donde falta el arte de escribir presto fallece el estilo del lenguaje.

El segundo linaje de lenguas comprende las aglutinantes, así llamadas por trabarse en uno diversos elementos, y guardando el principal de ellos su radical significación, exprime diversos matices y aun suema cosas del todo nuevas, conforme sean los alijos que le acompañen: así son el vascuense, el turco, el húngaro, el caucásico, el malayo, el polinesio, el guineo, el dravidico.

El tercer cuerpo abraza los idiomas de flexión ó amalgamantes cuyas palabras radican ó moderan su poder á causa de las terminaciones y desinencias, ó por la incorporación de otros particulares; tales son las lenguas semíticas.

Los filólogos modernos contestan unánimes que el tipo monosilábico, hablado en el día por 450 millones de hombres fue el primero que reinó; convienen que el tipo aglutinante, usado por 216 millones, es señal de adelantamiento; conceden que el de flexión, común entre 537 millones, denota de por sí un perfecto estado de cultura, mas no quieren argüir de estas tres suertes de idiomas diferencias esenciales de policía en los pueblos que los hablaron. Porque los chinos, aun en la celsitud de su pujanza, no dejaron de ser fieles á la simplicidad de sus vocablos; los vascos, aun en nuestro siglo, dicen sus conceptos y los rebosan por el consorcio de aquellas palabras aglutinativas; los egipcios, en su más ilustre antigüedad, emplearon la forma flexible; y así no tienen de suyo estos tipos con determinadas razas, pues que casi todos los blancos hablan idiomas de flexión siendo de castas muy semejantes.

Indicados estos preliminares, debemos presuponer que la mayor parte del linaje humano pasó en sus principios por una catástrofe de dispersión casi total. Los hijos se apartaron de la compañía de sus padres; en la soledad de su aislamiento, padres é hijos hubieron de acometer peligros, arrostrar azares, emprender viajes por conservar la vida; en medio de sus afanes acrecentaron la prole; ¿cómo podrían crearla en aquellos levantados sentimientos de nobleza antigua que en ellos se habían convertido en tosquedad y villanía? No duraría largos siglos el aislamiento total, especialmente que consta en los libros sagrados, cuán de pres-

to se multiplicaron las gentes y entraron en vías de comercio y conversación: que de no haber sucedido así, viviendo en perpetua soledad, se hubieran formado maneras de lenguas muy otras de las que hoy conocemos. Mas como quiera, los descendientes de los hijos de Noé, que se extrañaron y desviaron del centro común y se despeñaron en el abismo de la barbarie, aunque más cerriles y groseros, eran muy idóneos para entrar de nuevo en la senda de la perdida cultura en cuanto se les amaneciese la lumbre de los pueblos civilizados.

Así la familia monosilábica, antiquísima y muy imperfecta, ha sobrevivido en los confines del Oriente [China, Tibet, Indo-China] porque los fundadores de estos pueblos apartados de la cepa principal, bastardearon y perdieron la policia de sus antepasados; mas muy luego, hallando amistad y trato sincero en familias civilizadas, que habían sabido conservar su independencia y perpetuar la índole novilísima de su lengua monosilábica, recobraron aquel esplendor de cultura que desde la dispersión habían malogrado.

Es dicho común de muchos filólogos que en el centro del Asia asentó sus primeros reales la humanidad, ocupando más adelante sus miembros los demás continentes. Al rededor del centro del Asia ocurren efectivamente todos los tipos de las lenguas conocidas. Pero á Quatrefages le ha parecido que las primeras familias humanas habitaron la Siberia en la época terciaria: muy pocos son los autores que siguen su opinión, por estar destituida de pruebas y edificada sobre flaquísima base. De la cuna solariega de la civilización varias fueron las familias que, estimando en poco las ventajas de una policia ya formada y patriarcal, emigraron á países desconocidos en busca de azares sin provecho y sin ventura.

Generalmente se admite en nuestros días que los aryas, que ocuparon el corazón del Asia, fueron los primeros que ocuparon el continente europeo. Mas aun antes que los aryas fueran á habitar las regiones occidentales, era morada Europa de otros pueblos primitivos, que en tiempo inmemorial habían asentado su hogar en aquel territorio. La arqueología ha puesto en evidencia la población de esos antiquísimos europeos, mostrando armas de pedernal, hachas bruñidas, vasos de tierra, enseres de cocina, figuras, dibujos y otros pertrechos hallados en Bélgica, Suiza, Pirineos, Irlanda y Dinamarca, que no admiten linaje de duda y testifican la índole nada salvaje de aquellas primitivas gentes.

De dónde procedían, cómo vinieron á parar en Occidente, qué lazos de parentesco los unían con el resto de la humanidad, es controversia sobre complicada, obscurísima; en que da y torna á porfía la curiosidad de los eruditos. No parece dudoso que el hombre europeo fue contemporáneo del buey primigenio, del ciervo hibérico, del mamut, del elefante meridional, del rinoceronte ticorrino, del hipopótamo mayor y del oso primitivo; por esta causa nos parece, que con poco acierto Quatrefages ha distinguido seis castas de hombres en la Europa cuaternaria occidental. Pero baste para nuestro intento advertir que la lengua que hablan en el día de hoy los húngaros, vascos, turcos y siberios es aglutinante, y pertenece á la familia turánica del Turquestán.

Los turaneses, vecinos un tiempo de los aryas en el mismo corazón del Asia, al separarse de ellos, derraméronse en dos rumbos, partiéndose unos á la Mongolia y otros al Poniente, donde fijaron sus tiendas, siglos antes que los aryas abandonasen su morada asiática. Repartiéronse por las comarcas europeas las

familias turanesas, unas al Sudoeste [vascongados] otras al Noroeste [laponeses, finlandeses, escandinavos]; otras, en fin, no se apartaron del centro (húngaros). Al paleontólogo Vilanova parecele que, bien miradas las señas de industria que hasta el presente en España se han descubierto, «es muy natural suponer que del continente asiático, donde de común acuerdo, se coloca la cuna humana, llegarían hasta España, aprovechando el istmo de Gibraltar, que no se convirtió hasta más tarde en lo que hoy es Estrecho, los primeros pobladores, los cuales, salvando más tarde la cordillera pirenaica, hubieron de correrse por Francia é Inglaterra, probablemente no separadas aún por entonces.» Confirma su conjetura con la famosa calavera hallada en la cueva de Gibraltar, que da prendas de ser tan antigua como los cráneos de Canstadt y Neandesthal. A este dictamen queremos advertir que el cráneo de Gibraltar es dolicocefalo, de frente estrecha y deprimida, de nariz ancha y chata, de mandíbula inferior larga; y aunque no hay razón para afirmar que la casta dolicocefala sea inferior en ingenio y destreza á la braquicefala, y creemos que no pueden establecerse relaciones ciertas y constantes entre las dimensiones y diámetros del cráneo y los grados de inteligencia y moralidad; todavía no es suficiente el rastro de un solo cráneo para derminar el camino de toda una población; cuanto más que en otros paraderos de muy adelantada industria [cueva de la Solana, Monovas, Málaga, Alcoy y Almería], hay cráneos dolicocefalos y braquicefalos juntos y mezclados.

Queremos trasladar aquí la opinión de don Aureliano Fernández Guerra, ornamento de la Academia Española, varón lleno de erudición histórica. “El sencillo Ibero dice, primer habitante de la península. . . ., hallábase dividido muy de antiguo en dos grandes familias, que se decían vascones y vardalos, las cuales. . . . hasta ahora, y por más de cuarenta siglos, han conservado casi intacta su

sangre, lengua, libertad y costumbres patriarcales.

“Tribus jaféticas, abandonando en la edad primitiva las márgenes del Ibero, del Arrago y del Araxes [ríos que hoy se denominan Kur, Iora y Arak, entre los montes Ararat y Cáucaso], recorrieron las playas meridionales del Mar Negro, cruzaron el Bósforo de Tracia, siguieron la orilla derecha del Danubio y del Dravo, entraron por los Alpes orientales, por la Liguria, por la comarca del Ródano, por el Pirineo y ocuparon á España.”

Así derramados los turaneses, hechos señores de inmensas tierras, crecieron, prosperaron, vinieron á ser poderosos y temibles, principalmente en el corazón de Europa. El Dr. Cruel, en una obra llena de erudición y buen criterio, publicada en 1883, hecha anatomía de la lengua aglutinante que hablaban, ha demostrado la índole, vida, costumbres y civilización de esos pueblos. Conforme de este autor se infiere, en estas familias, separadas entre sí, sin ciudades ni forma de comunidad, sin leyes generales ni instrucción política, el padre era el jefe nato de la sociedad doméstica; los animales caseros eran el perro, el caballo, la oveja, el buey; no la cabra ni el cerdo. El carecer su idioma de voces que signifiquen instrumentos de labranza, persuade que no conocían la agricultura, siendo su ordinario sustento leche y carne, como dicen las voces que usaban, y su vestido común pieles, y almadreñas por calzado. Mantenían entre sí relaciones de contratación, sin por eso borrar la diferencia de ricos y pobres. No tenían por religión el politeísmo, sino una suerte de culto mal definido, que rendían por mayor y á bulto al cielo y á los genios; introduciendo en sus ceremonias, sacrificios y sacerdotes, como patentiza el género de sus vocablos. Empero es cosa muy digna de consideración que carecieran de palabras que expresasen metales, porque las empleadas para denotar oro, plata, bronce, hierro, eran del todo peregrinas y extrañas al idioma nativo; de donde se saca que ignoraron el uso de los metales, porque si los hubieran conocido, habrían dejado, al vascuense y al húngaro, lenguas derivadas, las raíces de aquellas voces: por el con-

trario, usaron armas de piedra como lo declaró a las palabras que significan hacha, cuchillo, espada, que derivan de otra que suena piedra ó roca. Lo cual no empece lo dicho anteriormente; pues sabemos que el usar piedra y no metal, no es prenda ni grado de cultura.

Tras largos años de gozar á su placer los turaneses y de recorrer pacíficamente las llanuras del Occidente, vino á ser que los aryas intentasen la misma derrota que sus antiguos vecinos, y así, enderezando los pasos al Poniente, invadieron la Europa, acampando unos al Sudoeste, otros al Noroeste, con ánimo de arrojar de su posesión á los antiguos moradores; muchos de los cuales, acosados por los aryas más poderosos que ellos, inhábiles para enfrenar los acontecimientos, se vieron forzados á poner á salvo su vida, buscando asilo, quién en las quiebras de los Pirineos, quién en los nevados riscos del Nordeste de Europa. Apoya este parecer el eruditísimo arqueólogo P. Fidel Fita [S. J.], en carta escrita á su amigo don Aureliano Fernández Guerra, diciendo: "Soy de parecer que los cántabros vinieron de Asia con su nombre nacional.... Inmensa luz puede resultar estudiando la región índica del Cántabro. Los aryas echaron de aquel suelo gran parte de la raza indígena, que se dilató por el Occidente. La que allí quedó, ó sea la tribu de los Ghonds, tenía y retiene aún costumbres políticas y creencias religiosas parecidas á las de nuestros cántabros".

De aquí nació la independencia que es proverbial de los vascongados, de los finneses, lapones y habitantes del Volga, los únicos que guardan en su idioma la forma aglutinante, y los únicos representantes de los primeros señores de Europa. En esta sangrienta lucha, vencidos y vencedores confundieron su lengua, sangre, costumbres, tradiciones; y así los europeos no fueron ya gente pura y castiza de la raza de los turaneses ni de los aryas, sino compuesta de ambas ramas entreveradas, como lo demuestran las lenguas europeas, que tienen raíces de ambas familias.

Sólo los cántabros y los finneses son reliquias

venerables de la población primitiva, independiente y señora natural. El tipo físico y la formación braquicéfala del cráneo altamente le pregonan; siendo muy de notar que la configuración que se les advierte hoy á estos pueblos, es la misma que se dibuja en los cráneos fósiles más auténticos de los primitivos europeos.

La gente vasca ha sido estudiada con particular diligencia por Virchow, Broca, Quatrefages, Retzius y Pruner Bey. La particularidad de poseer la voz *aitz* (piedra), que unida á muchísimos nombres expresa cosas de piedra, es muy significativa para inducirnos á creer que esta gente debe su origen á la más remota antigüedad y que está entroncada con finneses y laponeses. Hamard juzga que los vascongados son de la edad paleolítica, restos de la población primitiva. Algunos quieren incluir esa raza en la de Cro-Magnon, dolicocefala de los tiempos neolíticos según Mortillet; pero yerran porque los caracteres de entrambas son muy diferentes; fuera de que en Zarauz se han descubierto cráneos braquicéfalos, prueba de que en el viejo continente europeo reinaban hombres semejantes.

Viene en apoyo de este parecer el ilustrado doctor Joly, quien públicamente, en una conferencia sobre el hombre fósil, en 1865, declaraba que los habitantes europeos antecedentes á los aryas, y por éstos perseguidos, eran de mediana estatura y pertenecientes á tipo braquicéfalo, tipo calificado así por lo corto del diámetro anteposterior del cráneo, si se compara con el dolicocefalo, que tiene el cráneo prolongado hacia atrás. No hacen mucho peso en el ánimo de este escritor los distintivos braquicefálicos y dolicocefálicos; ni tampoco cree que el haber tenido los labios fruncidos y abultados fuera señal de envilecimiento; en ambas cosas prueba cordura y rectitud de juicio; mas en una yerra, y es en juzgar que los antiguos europeos eran hijos de la tierra y

no descendientes de Adán. Error tanto más grave, cuanto quien lo patrocina no es materialista ni enemigo de la teología, ni novicio en filosofía, como dan testimonio los muchos libros que ha dejado escritos.



# Indice

	PAGINA
I — Poder del Cristianismo . . . . .	1
II — La generación espontánea . . . . .	28
III — La moneda acuñada . . . . .	40
IV — Seismología . . . . .	45
V — La imaginación . . . . .	51
VI — Métodos . . . . .	57
VII — La filosofía escolástica . . . . .	62
VIII — La medicina de los antiguos hebreos . . . . .	71
IX — La felicidad . . . . .	81
X — La población . . . . .	85
XI — Instrucción Primaria . . . . .	91
XII — Schiller . . . . .	98
XIII — Las inclinaciones . . . . .	109
XIV — Observaciones críticas sobre el discurso de Cicerón en defensa de Aulo Licinio Archías . . . . .	124
XV — Escuelas dominantes . . . . .	164
XVI — ¿Descienden los americanos de los cananeos? . . . . .	183
XVII — Parentesco de las lenguas . . . . .	189

## EN PREPARACION

---

“PROSAS”, por el mismo autor.

Contendrá:

Ciencias naturales.

Los principios.

Escuelas dominantes II.

La bella literatura.

Ensayos de crítica.

La milicia de los hebreos.

Plumadas, etc. etc. etc.

